



Alberto D. Kaplan

LA MIRA EN ANDRÓMEDA



Nuevohacer
Grupo Editor Latinoamericano

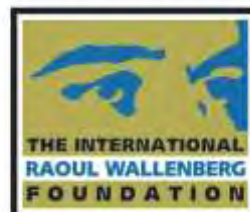
Libro Digital de la colección exclusiva editada por





Porteño como el tango, nació en tiempos del jopo, bastante después que Gardel en Toulouse. Aprendió los palotes en la escuelita de Tacural y completó la primaria en el barrio del Once, a la sombra de Rivadavia. Concurrió al Colegio Nacional de Buenos Aires, como Cané, pero bastante más tarde, y a la Facultad de Medicina, como Houssay, cuando la trasladaron del edificio antiguo al de muchos pisos. Ejerció, y ejerce, la profesión que aprendió con muy buenos maestros, y con pocos que no lo fueron tanto. Recuerda con cariño a los primeros, como Ricardo Finochietto y Earl Walker, y trata aún de olvidar a alguno de los otros. En muchos años al pie del cañón, hace lo posible por ayudar a sus pacientes y conquistar su afecto y consideración. Casado, tiene cuatro hijos y diez nietos. Contribuyó a educar a varias generaciones de facultativos y expuso su experiencia de galeno en publicaciones nacionales y extranjeras. Su libro *Memoria de un médico* mereció la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores, correspondiente al año 1993.

Edición digital exclusiva de



La mira en Andrómeda

¡Pobre multitud manipulada!
 Arisca y fatua entró en el caos a latigazos,
 se hizo trizas en la impotencia,
 dócilmente, ingenua, fue víctima de pillastres y logrerros;
 imbecilizada, creyó en el morbo del escepticismo;
 llena de fervor, se aclimató en el crimen,
 y pudriéndose en la miseria,
 volatilizadas sus quimeras,
 vive el estupor de hallarse igual que siempre.

Juan Filloy, Balada de la multitud manipulada

No quiero polemizar sobre las ideas de papá. Si hoy pudiera hablar con él, le diría que no logro imaginar a la Tierra yerta ni al Sol a punto de sucumbir. Sin embargo, sé que tarde o temprano ocurrirá aunque no percibamos los indicios. A él lo obsesionaba su propio fin porque tampoco advertía señales.

¿El mundo se extingue acaso cuando uno se va?

Lo cierto es que mi vida cambió a partir de la noche en que sonó el timbre mientras leía en el *living*, después de cenar. El reloj del campanario había dado las once y Renata y los chicos dormían. Espié por la ventana. Era un hombre delgado, de unos cuarenta años, de *jeans* y remera.

- Tengo que entregarle una documentación importante - dijo.

Abrí sin desenganchar la cadena de seguridad y deslizó por la rendija un portafolios abultado.

- ¡Mire lo que hay adentro! - me indicó.

Corrí el cierre y amontoné sobre el bargueño un conjunto de manuscritos, recortes de periódicos, una libreta de enrolamiento y muchos billetes de veinte dólares, no menos de cincuenta.

- ¿Y esto? - le pregunté.

- Es suyo. Su padre lo llevaba cuando murió.

- ¿Está seguro?

- Yo lo maté.

El inodoro

¿El mundo se extingue acaso cuando uno se va?

A los cuarenta y pico, Francisco Minicucci se casó con Mariana Zaldívar y se convirtió en el yerno del hombre más respetado del pueblo. Aunque le molestara a mucha gente, él tenía sus razones para sentirse orgulloso. Así lo reconoció la tía Agapita Segura en una carta fechada en San Antonio de Areco:

Estoy contenta de haber emprendido ese largo viaje a mi edad para asistir a la boda. Nunca pude perdonar que tu madre eligiera a un siciliano ignorante. Vos escogiste una muchacha de alcurnia y te felicito. Me di el gustazo de conocer a tu joven esposa, una beldad de quince años, y a su encantadora familia. Pero acordate que, como decía mi finado Euclides, una mujer es un jardín que hay que regar todos los días. Tenés que quererla, enamorarla y, a pesar de la diferencia de edad, estar siempre dispuesto a hacerla feliz y a darle muchos hijos.

- No puedo hablar con mamá porque no entiende estas cosas - le dijo Mariana a Griselda, la hermana mayor. - Sueño todas las noches con las caricias de Pedro. No puedo sacármelo de la cabeza aunque me abandonó y debiera odiarlo.

- Olvidate de ese canalla. Ahora sos una señora y tenés la obligación de cuidar a tu marido que será el padre del bebé. Cuando nazca, el párroco don Severino lo va a bautizar en la iglesia del pueblo, se llamará Francisco Minicucci y la gente jamás se va a enterar de la verdad.

Francisco Minicucci comenzó a progresar en los negocios. Con la ayuda del suegro, don Augusto Zaldívar, compró un local frente a la plaza y se incorporó al *Club Social y Deportivo* donde sólo admitían a las personas respetables del lugar.

Los viernes concurría al boliche de Marconi. Cerraba antes de hora y se sentaba a charlar con los parroquianos. Conocía a la mayor parte. Algunos eran aficionados a los tragos pero a él no le agradaban las bebidas alcohólicas ni siquiera el *Fernet* para abrir el apetito. Pedía un café cortado y, en verano, una *Naranja Crush*, una *Bilz* o una *Bidú*.

Al principio lo recibieron con los brazos abiertos, lo felicitaron por su matrimonio y ponderaron a don Augusto y a Mariana. Sin embargo, una semana después, don Gregorio, el dueño de la tienda, desvió la mirada para no saludarlo.

- ¡Zas, ya se enteraron! - sospechó mientras jugaba a las cartas.

Pasaron unos días y se encontró con Alfredo, un compañero de escuela.

- ¡Te felicito, hermano! - le dijo mientras lo abrazaba - Vas a ser papá. ¡Cuánto me alegro!

- Ya era tiempo de sentar cabeza. Y vos ¿todavía solterito?

- ¡No todos encontramos una novia como la hija de Zaldívar!

- Tuve suerte.

- Hablemos en serio - le contestó Alfredo mirándolo a los ojos. - Alguien me *chimentó* que el chico no es tuyo.

- ¿Y de quién va a ser? ¡Yo soy el marido! ¿No? - balbuceó Francisco mientras se ponía rojo como un tomate.

- Mirá che, esas cosas se saben pero mientras se puedan arreglar...

- ¿Qué?

- Soy tu amigo y no me interesa lo que diga la gente - añadió Alfredo. - Consultalo al doctor Funes. Decile que yo te mandé.

Francisco regresó a casa preocupado. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo aguantar el chubasco? Hasta el guacho se enteraría con el tiempo.

Esa noche dio vueltas en la cama sin conciliar el sueño. Pudo dormir una hora de madrugada aunque tuvo una pesadilla: un chico lo perseguía con una lanza y se la clavaba en el culo. Se despertó gimiendo y corrió al baño con diarrea.

- ¿Qué te pasa? - murmuró Mariana.

- Me cayó mal la comida.

- La pucha - dijo ella pero siguió durmiendo.

Abrió temprano el negocio y atendió como pudo a los clientes sorprendidos por su mala cara. Todos opinaban o le daban consejos:

- Debe ser del hígado.

- Un asiento en el estómago.

- Tómese un tecito de *peperina*. Es buena *pa* la indigestión.

- Gracias doña, ya mismito lo hago - prometió.

Cerró al atardecer y fue a visitar al doctor Funes. Afortunadamente no había nadie en la sala de espera.

- Me manda Alfredo - le dijo poniéndose colorado.

- ¿Alfredo? ¡Ah sí, me acuerdo! El pícaro me debe unas cuantas atenciones.

- Vengo a hablarle de mi mujer. Está embarazada.
 - ¿Querés que yo la atienda?
 - Sí pero hay algo más.
 - ¿En qué te puedo ayudar, entonces?
 - El chico es de otro. Acepté casarme porque soy amigo del viejo ¿sabe? No se lo pude rehusar a don Augusto.
 - ¿Quién? ¿Zaldívar? ¡Me caigo y me levanto! - exclamó recordando que casi lo echan del hospital cuando se negó a contribuir en una colecta organizada por el mandamás. - Desembuchá.
 - Debe andar por el quinto mes - contestó Minicucci bajando la voz.
 - ¡Querés que se lo saque pero, a esta altura, es como un parto y la madre corre peligro!
 - Estoy dispuesto a todo.
 - ¿Y ella lo permite?
 - No sabe nada. ¡Por Dios se lo pido! ¡Ayúdeme!
- Funes lo pensó un rato:
- Te voy a cobrar mil dólares porque sos vos.
 - ¿De dónde los saco?
 - No sé... ¿Tu suegro?
 - No me animo.
 - Arreglate como puedas. Decile cualquier cosa a tu mujer pero ni una palabra del aborto.

Francisco salió del consultorio, entró al boliche, jugó unos partidos de truco y regresó a casa a la hora de cenar.

- Quiero que te examine el doctor Funes para ver si todo anda bien - dijo mientras Mariana le servía la sopa. - No tenés buena cara últimamente. A lo mejor necesitás un *análisis*, una vitamina o tomarte la presión.

- ¡Pero si me va atender doña Comitila y todavía falta mucho!

- Una cosa es una comadrona y otra un hombre de ciencia. Las parteras no conocen medicina y te arreglan con yuyos.

- Bueno, como te parezca.

Francisco visitó a don Augusto después de comer mientras Mariana lavaba los platos.

- No me gusta doña Comitila - le explicó a solas. - Prefiero al doctor Funes. Sabe mucho más pero quiere mil *verdes*.

- ¿ Mil dólares una consulta?

- ¡No! Todo el tratamiento.

Zaldívar abrió la caja fuerte, contó la plata y la tiró sobre la mesa.

- Muchas gracias, don Augusto. Quédese tranquilo que se la voy a devolver.

Al día siguiente Francisco fue con Mariana al consultorio. Funes los recibió con una sonrisa:

- ¿En qué puedo serles útil?

- Mi marido quiere que me revise. ¡Para darse el gusto nomás!

El médico la examinó, esperó que se arreglara la ropa, se sentó junto a ella y le tomó la mano:

- Parece un embarazo pero no es - le dijo con tono dulzón. - La medicina tiene esas cosas.

- ¡Pero doctor, si hasta siento las pataditas en la panza!

- Muchas mujeres vienen a verme con la barriga hinchada porque creen que van a tener un bebé. Es el instinto maternal ¿sabés? Vos no esperás un chico. Tenés un quiste de ovario.

- ¿Y eso? - preguntó Mariana asustada.

- Es una bolsa de líquido que se pincha desde afuera y listo.

- ¿Se puede curar?

- Claro que sí.

- Es por tu bien, querida - dijo Francisco.

Funes lo hizo salir y la puso a dormir con una inyección en la vena. Dos horas más tarde, apareció con una palangana en la puerta del consultorio:

- Ponete contento, anduvo bien. Tu mujer se va a despertar dentro de un rato. Date una vuelta mañana.

El marido casi se desmaya al ver la sangre y los despojos del bebé.

- ¿Qué tengo que hacer ahora?

- Nada. Andate tranquilo. Todo esto se va por los caños.

Minicucci cerró el negocio a la hora de costumbre, se puso una camisa limpia, fue a visitar a los Zaldívar y los encontró alrededor de la mesa.

- ¿Le pasa algo a *m'hija*, que no vinieron juntos? - preguntó doña Jacinta, la suegra.
 - El doctor Funes dijo que no estaba embarazada. Era un *quistes* del ovario y hubo que sacárselo en seguida.
 - ¡Pobre mi nena del alma! ¡Cómo estará! - sollozó la madre. - ¿Tuvieron que operarla?
 - Le pinchó la barriga, sacó el agua y la curó.
 - Vamos a verla ya mismo - propuso doña Jacinta.
 - No hace falta porque se siente bien y está durmiendo. Cualquier cosa les aviso. Buenas noches - se apresuró a decir Francisco y se fue antes de que alguien más quisiera acompañarlo.
 - ¡Ya nadie me va a llamar cornudo! - pensó mientras se desvestía. - Este Funes es un fenómeno.
- Se despertó a media mañana. Había descansado como los dioses. Se puso el traje nuevo para buscar a Mariana en la clínica y la encontró llorando, sentada al borde de la cama.
- ¡La enfermera me contó la verdad!
 - Estabas mal y el doctor te devolvió la salud. Debieras agradecerle.
- Minicucci le pagó al médico, alquiló un auto y la ayudó a subir pero ella no quiso tomarlo del brazo.
- Francisco se mostraba cada vez más cariñoso y le regaló un anillo de oro para el cumpleaños.

- Era de mi mamá - le dijo. - Ahora es tuyo, para siempre.

- Gracias. Me entra justo - contestó Mariana.

Ese día él trató de hacer el amor pero ella lo rechazó:

- Es muy pronto. Todavía no.

A veces Minicucci insistía y la mujer se ponía violenta:

- ¡Todavía no, todavía no! ¡Por favor!

Antes de acostarse, Mariana esperaba que el marido empezara a roncar y se levantaba despavorida cuando él se acercaba.

Una noche se durmió cansada y soñó que Pedro la penetraba. Se sintió feliz hasta que, de mañana, descubrió que Francisco la miraba sonriendo.

Poco tiempo después tuvo un atraso y empezó a vomitar.

- Me parece que espero un chico.

- ¿Sí...? - preguntó él.

Se cambiaron para ir al consultorio. El doctor Funes la examinó:

- Es un embarazo. Los felicito.

El marido saltó de alegría. Antes de volver, ella quiso visitar a la mamá para contarle y pedir prestadas las agujas de tejer.

- Voy a ir preparando la ropa - prometió.

Francisco se fue al negocio. Cuando regresó a la hora de cenar, la casa estaba a oscuras.

- ¿Andás por ahí? - preguntó.

No tuvo respuesta. Entró al comedor, al dormitorio y prendió la luz en todas partes. El baño tenía llave.

- ¡Abrime! - gritó y empujó con fuerza una y otra vez.

- ¡*Juna* gran siete! - exclamó al resbalarse en el líquido que se escurría bajo la puerta.

- ¡Esta boluda no cerró la canilla! ¡ Cuándo va a aprender!

Forzó la cerradura con un cortaplumas y encendió la luz. Las agujas de tejer asomaban por la vagina de Mariana Zaldívar, desnuda en el piso sobre un charco de sangre, junto al inodoro.

La mira en Andrómeda

No me explico cómo diablos dejé entrar a ese sujeto sin llamar a la policía. Soy un tipo pacífico, no sé usar armas y es fácil voltearme de un puñetazo. Me obsesionaba la idea de encontrar al asesino, lo había logrado y sentía más curiosidad que odio, más asombro que deseos de venganza.

El hombre observó con atención el *living*:

- Me llamo Héctor Varela - dijo.

- ¿Por qué se le ocurrió aparecer después de tanto tiempo? - le pregunté.

- Tuve mis razones. Cuando sucedió, yo era un chiquilín que consumía cocaína *a rolete* y robaba para obtenerla. Tenía una Triumph 600 con la que corría carreras por las calles. Drogas y motos son una pésima combinación. Un día me encontré con su viejo. Fue un instante nomás. El cuerpo voló por el aire y la cabeza estalló junto al cordón de la vereda. Tuve miedo de que me agarraran, le di un tirón al portafolios y me escapé a cien por hora.

Parecía increíble. Yo soñaba todas las noches con el accidente y me despertaba bañado en sudor, a punto de atrapar al homicida. Ahora lo tenía frente a mí.

- ¿Cuánto hace que vive acá? - indagó.

No le contesté y él avanzó en el cuarto como si lo conociera. Revisó las paredes, los cuadros, la biblioteca, y se detuvo ante una fotografía de Stonehenge:

- ¿La sacó usted?

- No, mi papá.

- Yo tengo una igual - me explicó. - En el sur de Inglaterra usaban esas piedras para predecir los solsticios, los equinoccios, los eclipses y los cambios de estación.

Hojeó un par de tomos de las *Obras Completas* de Copérnico, Tycho Brahe, Galileo y Kepler, y miró con atención las reproducciones en escala de varios astrolabios y sextantes que el viejo le compró a un anticuario en Venecia.

- Nadie los quiere en estos días - le mentí.

Los examinó uno a uno y fue dejándolos sobre el escritorio:

- No me sorprenden estos instrumentos - me dijo esbozando una sonrisa. - Soy astrólogo. Como su padre.

- ¿Mi padre?

- Claro.

- Se equivoca. Nunca lo entusiasmó la astrología.

- Me consta que sí. Conocía muy bien la influencia de los astros en el destino de las personas.

Lo observé detenidamente y llegué a la conclusión de que no podía ser un forajido. Tenía los dedos finos y delicados, las uñas pulidas y un reloj pulsera con los signos del Zodíaco. Me pidió el portafolios y sacó un recorte más de un diario viejo.

- Tome. Lea los párrafos marcados.

Reconocí la manera de subrayar de papá, palabra por palabra, con una línea ondulada, y descifré con dificultad la hoja amarillenta:

La vida en la Tierra consumió ya tres cuartas partes de su tiempo. El Sol comenzará a morir dentro de 11.000 millones de años. Primero se enfriará, después perderá tamaño, se agotará el combustible termonuclear y, finalmente, se transformará en una enorme masa gris.

- Esto no prueba que a mi viejo le interesara la astrología - le dije. - Era médico y lo cautivaban todas las manifestaciones de la ciencia, el arte y la filosofía.

Ceñida historia del Calzado Espejo

...lo cautivaban todas las manifestaciones de la ciencia, el arte y la filosofía.

Estoy viejo y achacoso. Vivo con Celina en la casa de mis padres, en Villa Soldati, donde nos mudamos después del desastre. Los chicos no aguantaron el impacto y se fueron, uno a Mozambique y el otro a Kuala Lumpur. Hablamos todos los días y vemos sus imágenes, y las de los nietos, en la pantalla de *Internet*. Gozamos de buena salud pero ya no estamos en condiciones de viajar. Aun cuando pagan el pasaje y nos tratan como príncipes, las dos horas en avión espacial son un desafío para nuestros huesos.

Yo, Luis Espejo, tuve mi momento de gloria. Fui un innovador, a mi manera. No quise ser empresario, industrial ni comerciante. Desde que aprendí a hacer palotes, siempre deseé dedicarme a la literatura. Podría volverlo a intentar pero es difícil. A esta altura de la vida, empiezo a mirar hacia atrás porque el presente es efímero y el futuro no existe. Hoy, precisamente, encontré el diario que comencé hace medio siglo y tropecé, al azar, con mis anotaciones del mes de Junio de 1998. En esa época concluía un ensayo sobre la trascendencia histórica y antropológica de las vacas. Vaya uno a saber por qué.

Martes 25, 3 de la tarde. Sueño con deslizarme descalzo sobre un colchón de aire o tener alas aunque sólo sean de cera como las que hizo Dédalo para escapar del Laberinto. En cambio, me aburro mostrando zapatos y repitiendo las frases convencionales (*le queda bonito, le sienta bien, es muy elegante, hace juego con el*

color de la cartera) durante las doce horas que paso en el negocio. Tengo que ser mentiroso y adulador para ganarme la vida. Lo único que me interesa es leer y escribir :

La gente recurrió al cuero vacuno cuando escaseó la fauna silvestre y cayeron en desuso los zapatos de zorro, de león, de tigre y de elefante. En ese entonces, nadie pensaba en proteger a las especies en extinción.

En el siglo XX también se utilizó con éxito la piel humana cuando abundó, por razones conocidas, en el centro de Europa. Pero, a la larga, se comprobó que no tenía la resistencia ni la duración del cuero de vaca, y no era necesario salir con un arma para hacerse de la materia prima.

Miércoles 24, 10 de la mañana. Ayer don Félix casi me echa.

- ¡No estás aquí para andar garabateando! - dijo. - ¡Hay que trabajar! Tu viejo era un peón municipal y tu mamá sirvienta. A fin de mes tomaban mate para engañar al estómago, y sólo compraban la leche de los chicos. Te di seguridad y una posición social. ¡Así es como me retribuís!

Jueves 25, 4 de la tarde. No vino nadie. Don Félix anda de un lado a otro con la cara larga. Pero no me interesa y sigo:

Las vacas son una parte substancial de la economía porque no tienen desperdicio: la carne sirve de alimento; con la grasa se produce jabón; con el intestino, suturas de cirugía; y con el cuero, zapatos y carteras.

Ni los nazis llegaron a comer seres humanos si bien en algún momento consideraron hacerlo. El canibalismo nunca fue aceptado en Occidente aunque todavía se practique en diversas zonas del planeta.

Sábado 27, durante el desayuno. Termina la semana. Hoy dispongo de tiempo para escribir porque Celina va a visitar a sus padres. Los míos murieron. De chico yo tenía que cuidar a mis hermanos mientras los amigos se divertían. Ambicionaba ser jugador de fútbol y mi sueño se transformó en obsesión. A los catorce años, don Félix me empleó como cadete en su zapatería. Gracias a él terminé la secundaria estudiando de noche. Después vino la universidad y, a los veintitrés, la licenciatura en Letras. Sin embargo, los viejos no estaban satisfechos:

- ¡Tanto sacrificio sin sentido! Si te hubieras dedicado al deporte, tu vida estaría asegurada. Con ese título de morondanga, no vas a ganar ni para la comida.

Lunes 3 de Junio de 2002. El patrón me ascendió, me aumentó el salario, alquilé un departamento, me casé con Celina y tuvimos dos chicos. Buen tipo este don Félix. Debería tratarlo con más respeto.

Martes 10 de Agosto de 2004, de mañana. Hoy cumpla veinte años de graduado. ¡Qué manera de perder el tiempo! Mi destino es vivir rodeado de fantasías en este comercio elegante y soporífero.

Martes 10, de tarde. Me voy a comprar zapatos negros para conmemorar el aniversario sombrío. El par marrón está gastado y no brilla con el lustre. Por otra parte, don Félix me amenazó con postergar el aumento de salario si no lo hago.

- Me parece bien - dijo el patrón al conocer mis intenciones. - Te regalé un cinturón negro para tu cumpleaños y, como es público y notorio, el tono de los zapatos no puede ser distinto. Marrón con marrón, negro con negro.

Miércoles 11, de tarde. Ayer revisé todas las formas y modelos, con tiras y sin tiras, mocasines, con tacos más altos o más bajos, con adornos de metal, de cinta o sin adornos. Un cliente se sentó a mi lado pero no pude atenderlo.

- Don Félix se ocupará de él - pensé.

Después de un rato, se levantó sin comprar nada. Pasé media hora eligiendo. Me decidí y los coloqué en una caja para mostrárselos a Celina. Busqué los viejos debajo del banco pero no estaban allí. Revisé sin éxito en todas partes y sólo apareció el zapato usado derecho. Don Félix inspeccionó la estantería y me dijo sorprendido:

- Desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra.

- Mm... - contesté. - Apuesto a que se lo llevó ese señor...

- ¿De qué le serviría uno solo? - preguntó el patrón.

- ¡Quién sabe! - reflexioné. - ¡En estos días la gente roba cualquier cosa!

- Usá los negros - me indicó. - Voy a aceptarlos de vuelta si no le gustan a Celina.

- ¡De ninguna manera! ¡Déjeme arreglar las cosas a mi modo!

Me puse el zapato marrón derecho y caminé rengueando las diez cuerdas hasta mi casa. ¿A qué otro testarudo podría ocurrírsele esa extravagancia? ¿Por qué no usar el negro? Me lo impedía un detalle fundamental: llevaba un cinturón marrón. ¡Si me encontraba con algún amigo no hubiera sabido cómo justificarme!

Jueves 12, de mañana. Sigo con el incidente. Al llegar, me dolía el pie izquierdo y la media estaba destrozada. Abrí la puerta, critiqué en voz alta a la municipalidad por no arreglar las calles, y fui directamente a la cocina a besar a mi mujer:

- ¿Qué te sucedió? - me preguntó en seguida. - ¡No es posible andar de esa manera.

- Me robaron un zapato - confesé tímidamente.

- Siempre el mismo tonto. ¡Te ocurre cada atrocidad!

- Tenés razón pero es la primera vez.

- ¡Lo único que faltaba! Siempre estás distraído. Algún día te van a sacar la cabeza y no te darás cuenta.

Llevaba las de perder, cambié de conversación y exclamé triunfante:

- Me compré un par negro. ¿Te gusta?

- ¿Pero qué harás ahora con el marrón? - insistió ella.

Como impulsado por una fuerza arrolladora, abrí la caja y me puse un zapato negro en el pie izquierdo.

- ¿Vas a usar uno de cada tono? - me preguntó Celina, mirándome incrédula. -

Entonces también necesitarás un cinturón mitad marrón y mitad negro.

- ¡Eso no existe! - exclamé.

- ¡Pero se puede inventar! - argumentó Celina.

Ni corta ni perezosa fue al taller del zapatero y le hizo añadir la mitad del cinturón negro a la porción correspondiente del marrón.

Viernes 13, de mañana. Hoy vine a trabajar con un zapato marrón y otro negro. También me puse el cinturón marrón-negro preparado por Celina.

Don Félix creyó que era el colmo de la estupidez. Me llamó a su oficina y me dijo:

- ¡No puedo tolerar más tus pavadas!

Sin embargo, al primer cliente le pareció espléndido verme así y quiso llevarse un par igual al mío. Don Félix admitió no tenerlos en *stock* pero le hice señas, me fui a la estantería, cambié de lugar los zapatos de varias cajas y logré toda una variedad de modelos marrón-negros. El hombre estaba contentísimo y compró tres pares.

Lunes 23, de tarde. Se corrió la voz. El negocio está lleno de público ansioso por adoptar la nueva moda.

Viernes 27, de tarde. Aumentaron diez veces las ventas y tomamos otro dependiente. Don Félix reconoció que la combinación le agradaba, se miró al espejo, caminó de adelante atrás y de atrás adelante, le pareció bien y se llevó dos botines de distinto tono. Los demás empleados sonrieron despectivamente pero lo imitaron para no quedar malparados. De ahora en más, todos usarán zapatos de distinto color aunque ¡ajo!, debe ser negro el izquierdo y marrón el derecho. Soy el creador de esta moda revolucionaria.

Viernes 10 de Septiembre, de tarde. Es indispensable anotar lo de hoy. ¡Decidí aprovechar el calzado negro derecho! De niño me enseñaron a no tirar lo que podría ser útil más adelante. Ahora voy a colocar indistintamente el marrón a la derecha y el negro a la izquierda, o viceversa. La moda requerirá cinturones de diferente tono, según el lado del zapato. ¡Pero qué importa si así vendemos más artículos! Los clientes se vuelven locos por el nuevo *look*.

- ¿Cómo? ¿Se pusieron los tamangos al revés? - me preguntó uno.

- No, no - le expliqué orgulloso. - Es una cuestión de economía y de creatividad.

- Siempre trayendo problemas - me dijo don Félix contrariado. - Recién me habitué a lo anterior y ahora volvemos a innovar.

Lunes 10 de Septiembre de 2007. Se cumplen tres años desde la última anotación. Fue el período más trascendental de mi vida. Me conocen como el creador del *Calzado Espejo*. Le compré el negocio a don Félix. No doy abasto con la venta de zapatos y cinturones de cuero marrón-negro, negro-marrón. También los fabrico. Celina es la gerente. Yo me encargo de las finanzas. Tenemos cincuenta empleados y otros tantos obreros.

Miércoles 10 de Septiembre de 2008, de tarde. Encontré mi diario por pura casualidad y no puedo resistir la tentación de agregar algunas líneas. Abandoné mis proyectos literarios pero, en cambio, soy uno de los hombres de empresa más ricos

del país. Abrimos sucursales e instalé *boutiques* en los *shoppings* y supermercados. El *dernier cri* llega ahora a los diferentes niveles de la sociedad. También impuse la moda en el resto de la indumentaria. El cuero marrón y el negro juntos se consideran un símbolo de elegancia. Los hombres usan camisas de uno de esos tonos con corbatas del otro o viceversa. Pantalones marrón-negros con sacos negro-marrones. Las mujeres lucen un vestido negro con sombrero marrón o una cartera negro-marrón con guantes marrón-negros. Una blusa negro-marrón-negra con una pollera marrón-negra-marrón, etcétera, etcétera. Vendemos todos esos artículos en nuestras tiendas. Dejaron de ser zapaterías, en la acepción estricta. Ahora las llamamos *Centres pour l'Élégance Marron-Noire, Noire-Marron*.

Jueves 10 de Septiembre de 2009, de mañana. ¡Otro año más! ¡Qué rápido pasa el tiempo! Hoy me encontré con este viejo diario. Felizmente, no se extravió al mudarnos a nuestras oficinas en *Catalinas Norte*. El dinero sigue entrando a raudales. Vivimos abrumados con el exceso de tareas, las finanzas, las entrevistas periodísticas, las invitaciones a la radio y a la televisión. Los chicos integran la firma y nos ayudan bastante. Soy el primer decano de la *Escuela Argentina de Arte Zapateril* que vamos a inaugurar esta tarde. No sé de dónde sacar tiempo. El mes próximo, Celina asumirá la presidencia de la *Asociación Mundial de Promoción Cuerovacúnica*. Nos llegó la hora de la consagración internacional.

Martes 27 de Julio de 2010, de mañana. Estoy un poco triste y me acordé de ti, mi viejo diario. Las cosas están difíciles porque la gente ya no sigue la moda que yo impuse. Sólo consume lo indispensable y los que aún pueden comprar zapatos, usan ambos del mismo color. El nieto de don Félix tuvo un éxito rotundo con su campaña publicitaria contra el *Calzado Espejo*. En todos los medios se habla de la necesidad de volver a los buenos tiempos usando zapatos de igual color.

Martes 14 de Abril de 2011, de tarde. El presidente se peleó con su ministro de Economía, designó a un correligionario para ocupar el cargo y derogaron la ley de convertibilidad. Hoy pagué mil pesos por un dólar.

Domingo 4 de Diciembre de 2011, de tarde. Terminé mi ensayo sobre el ganado vacuno pero no logré superar los convencionalismos. Es como luchar contra los gobiernos corruptos o el narcotráfico. Siempre se lleva las de perder. ¿Qué importa eso frente a mi drama existencial?

Confieso que NO me resigné a NO escribir y luché contra el éxito de mi empresa. Intenté liquidarla fabricando pares de zapatos de distinto color aunque ya nadie los usa. Destiné un espacio en la oficina para mis proyectos literarios. Me molestaban a cada rato por lo que entregué a Celina y a los chicos el manejo de los negocios. No se puede ser empresario de calzado y literato, al mismo tiempo.

Viernes 27 de Julio de 2012, de tarde. Muy a pesar mío, la licenciatura no me convirtió en escritor. Como buen testarudo, fundé una editorial y luché para imponerme convencido de que, junto con la plata, me había llegado el turno de publicar libros. Nadie los aceptó y me transformé en un ente insoportable en lugar de ser honesto conmigo mismo.

Fue una pesadilla divulgar mi falta de talento. Llegué a contratar a un hombre de letras para que me ayudara pero, poco después, advertí que él estaba escribiendo mis obras. Pese a ello, sólo logré atraer la atención de algunos interesados en mis avisos pagos.

Lunes 7 de Julio de 2014, de mañana. Me costó trabajo pero lo logré. Hace seis meses, un día me levanté dispuesto a suicidarme. Había dejado de escribir porque, de pronto, me quedé mudo, sin lenguaje, sin palabras.

- Sin lenguaje, sin verbo, sin palabras... Sin lenguaje, sin verbo, sin palabras... -
pensé. - Voy a escribir sin verbos.

Ahí nomás me senté a la computadora y le quité todos los verbos a mi ensayo. La cosa quedó así:

La gente al cuero vacuno cuando la fauna silvestre y en desuso los zapatos de zorro, de león, de tigre y de elefante. En ese entonces, nadie a las especies en extinción.

En el siglo XX también con éxito la piel humana cuando, por razones, en el centro de Europa. Pero, a la larga, que no la resistencia ni la duración del cuero de vaca, y no necesario con un arma para la materia prima.

Las vacas una parte substancial de la economía porque no desperdicio: la carne de alimento; con la grasa jabón; con el intestino, suturas de cirugía; y con el cuero, zapatos y carteras.

Ni los nazis a seres humanos si bien, en algún momento. El canibalismo nunca en Occidente aunque todavía en diversas zonas del planeta.

Miércoles 20 de Mayo de 2015, de mañana. ¡Éxito, éxito, éxito asombroso! Publiqué mi ensayo de quinientas páginas sobre las vacas, sin verbos. Me sacan de las manos las ediciones de cien mil ejemplares y ya voy por la décima. Vuelve a entrar la plata a raudales. Los diarios y las revistas literarias se deshacen en elogios. Ni qué hablar de los comentarios en *Internet*. La gente llegó a la conclusión de que no hacen falta los verbos para hablar y que se ahorra dinero eliminándolos de los textos.

Jueves 22 de Octubre de 2015, de tarde. Podría sintetizar mi perversión en la historia del *Calzado Espejo*. Todo se puede inventar, todo se puede vender, nada tiene límites. Si logré crear una moda con los zapatos ¿cómo no fraguar libros y ganar dinero?

Comerciar. Negociar. He ahí el dilema: fijar un precio. ¿Cuál es el valor de las cosas?

Martes 20 de Mayo de 2016, de tarde. Retomé la conducción de las dos empresas. La de calzado está en quiebra por las decenas de competidores que fabrican dos zapatos del mismo color para cada par. Pero *Libros sin Verbos* me sigue dando grandes satisfacciones. No sé cuánto tiempo durará mi buena estrella porque, al final, la gente terminará por cansarse. Tendré que seguir innovando si quiero tener éxito. Ya intenté escribir sin sustantivos. Es muy difícil. Mucho más sencillo es omitir los adjetivos, las preposiciones, las conjunciones o los adverbios. Diez equipos trabajan a mis órdenes para producir nuevas formas literarias. Hace pocos días descubrimos la manera de prescindir totalmente de las palabras utilizando imágenes, colores, sonidos y fragancias pero, en cuanto al contenido, a los temas, a las opiniones, a los juicios, a los conceptos, pareciera que ya todo está dicho y que no hay nada nuevo que agregar.

La mira en Andrómeda

- ¿Recuerda qué día cumplía años?
- ¡Por supuesto! El 15 de Junio.
- ¿Vio? Era de Géminis. Un signo de Aire gobernado por Mercurio, el mensajero de los dioses. Los *geminianos* somos ingeniosos, sagaces, volubles, conversadores, imaginativos y nos pasamos la vida tragando libros.
- ¿Usted también?
- Su progenitor se empeñaba en hacer muchas cosas al mismo tiempo, se aburría fácilmente, opinaba sobre cualquier tema pero su erudición cautivaba más que su sensibilidad.
- ¡Hay tanta gente así! Eso no guarda relación con la fecha de nacimiento.
- Tiene muchísimo que ver - insistió Varela. - De paso, ¿era creyente?
- No. Combatía los dogmas. Decía que en las guerras religiosas se mataba invocando a Dios, de la misma manera que luego se asesinó en nombre de teorías racionales como el capitalismo y el marxismo.
- Mm... Observe lo que realmente opinaba de la fe.

Extrajo del portafolios otro manuscrito. Era la letra de papá:

Kirkegaard afirma que la devoción es una tarea más que un sostén, un dilema que se vive más que una evidencia que deba probarse - leí. Sin embargo, el mundo más allá de la percepción del hombre está atiborrado de fallas humanas.

La inversión

... fallas humanas.

Sor Algisia del Santo Recurso, la superiora del convento, los escuchó con atención mientras relataban el motivo de la visita. Se interesó en los detalles y expuso sus objeciones:

- La muchacha está bajo nuestra tutela - les dijo. - La criamos y queremos lo mejor para Clotilde. Ustedes ni la anotaron en la libreta de casamiento al nacer y, después de tantos años, recién ahora se acuerdan de ella. En fin... Dios ya los habrá perdonado.

Meditó un rato, se persignó y agregó lentamente, midiendo las palabras:

- Nosotras abandonamos nuestras familias en aras de la fe y buscamos la perfección espiritual con la oración, la pobreza, la obediencia, la castidad. Pero no podemos evitar que las obras piadosas nos pongan en contacto con el mundo profano y, muchas veces, enfrentamos dilemas angustiantes a la hora de tomar decisiones.

¡Linda tarea!

Se puso de pie y recorrió pensativa los corredores del claustro mientras repasaba las cuentas del rosario. Se detuvo en cada una evocando los quince misterios principales de la vida de Jesucristo y de la Virgen, y recitando un *padrenuestro*, diez *avemarías* y un *gloria-patri* cuando correspondía. Finalmente, besó el crucifijo de madera tallada y se aproximó a los visitantes:

- Nunca oí que se curaran esas enfermedades pero siempre escucho hablar de personas seducidas por falsos profetas. Tengo fe en los milagros aunque abundan quienes explotan la credulidad humana en su propio beneficio. En este caso particular, me asaltan dudas horrendas antes de otorgar mi consentimiento. Ya me sucedió otras veces. La gente confía en los prodigios pero cuando un santo no los satisface, dejan de rezarle y buscan la protección de otro. De paso... ¿Qué suma le pagan a ese sabio? ¡Si la limosna es grande...!

- La plata no tiene importancia, Sor Algisia - le respondió el padre.

- Y bien - suspiró finalmente la religiosa. - Yo me lavo las manos y los dejo hacer. ¡Que el Señor los ampare!

- ¡Gracias, Sor Algisia! La niña se va a curar con la ayuda de Dios. Mi mayor deseo es que sea monja y que pertenezca a su Orden.

A pesar de los magros ingresos del papá, un empleado del montón de Teléfonos del Estado, la familia vivía sin sobresaltos en una casa de tres ambientes heredada de los abuelos paternos.

Pablín gozaba el privilegio de ser hijo único. La mamá había decorado su habitación con cortinas y cubrecamas de color azul adornados con los personajes de Walt Disney. La pieza estaba llena de juguetes esparcidos por todas partes y en los estantes se amontonaban los libros de cuentos. Como los demás chicos, le encantaban los mimos, hacer travesuras y dar vueltas en la calesita.

Acababa de cumplir tres años y los padres le contaron que pronto recibiría el regalo más lindo de su vida: un hermanito, o hermanita, para dormir con él en su cuarto.

Le costaba imaginar cómo podría compartir la pieza con un extraño. Propuso, en cambio, comprar un pichicho y cuidarlo entre todos. El le daría de comer, lo sacaría a pasear y, de noche, se acostarían juntos en su camita. Los papis se divirtieron con la ocurrencia pero lo habían decidido y no podían volverse atrás.

No necesitaba a nadie más en la casa. Los amiguitos no se quedaban a pasar la noche. Regresaban a sus hogares después de jugar y asunto terminado:

- Cada chancho a su rancho - decía alegre el papá cuando venían a buscarlos. - Es bueno devolver la paz al gallinero.

Dejó de ser un niño alegre y bien dispuesto. Tenía berrinches y muchas veces se despertaba llorando porque, en sus pesadillas, alguien se lo llevaba quién sabe adónde.

Durante una rabieta golpeó con los puños la barriga de la mamá, y le dieron unos chirlos. Se revolcó en el suelo ensuciándose la ropa y clamando por irse de la casa. Jamás lo habían castigado y esta vez nadie lo protegió. Como no paraba de llorar, intentaron consolarlo, le dieron caramelos y lo llevaron a la calesita. Se tranquilizó después de un rato pero algo le anunciaba el fin de los tiempos felices.

Una mañana, la madre se quejó de dolor y la llevaron al hospital. Un par de horas después regresó tan gorda como siempre.

- ¡Falsa alarma! - escuchó decir. - Todavía falta una semana, por lo menos.

Esa misma noche la internaron en la maternidad. Pablín se durmió en brazos de una vecina y, al despertar, la mamá aún no estaba de vuelta.

- ¿Vendrá alguna vez? - preguntó. - ¿Se va a morir como el abuelo, y no la volveré a ver?

Una semana después retornó sola porque Dios deseaba tener cerca al bebé. Nadie habló más del asunto.

La mamá tardó dos años en regalarle el hermanito prometido y, más adelante, otro. Lloraban, dormían o chupaban la teta. Él les tenía envidia pero ya era grande. Lo mandaron al jardín de infantes, después a la escuela, y dejaron de importarle los niñitos de la casa.

- Quiero saber la verdad - reclamó Pablo después de terminar la secundaria. - Ya soy un hombre y ustedes me ocultan cosas ocurridas hace tiempo.

La mamá no se sorprendió.

- Tenés razón. Llegó el momento de decírtelo - le contestó. - Tu hermana Clotilde nació cuando tenías tres años. El parto fue difícil y me durmieron con éter. Papá casi se muere de disgusto. Era mogólica. Quise conocerla en cuanto me desperté pero no estaba conmigo. Oí a tu padre discutir con mi mamá y echarle la culpa de todo porque ella tenía una prima esquizofrénica y un tío internado en *Vieytes*. En la familia de él no había tarados.

- ¿Eso se hereda, mamá? - preguntó Pablo.

- ¡Qué se yo! - contestó ella. - Lo cierto es que me sacaron la beba para que no me encariñara y luego fuera imposible separarnos. A la semana me contaron que había fallecido. No era verdad. Tu papá intentó deshacerse de Clotilde. La dejó tres días sin comer y, como seguía con vida, la abandonó en la *Casa Cuna*. El párroco don Severino me lo contó todo antes de morir. No quiso llevar a la tumba ese secreto de confesionario.

La mamá suspiró y se secó las lágrimas:

- Pensaba todo el tiempo en la niña. Tenía jaquecas y me operaron del hígado y del apéndice. Los médicos no me ayudaban y alguien me aconsejó una curandera, después un homeópata y uno que miraba el iris. Me hicieron acupuntura y visité a un cura sanador:

“La cosa está en manos de Dios, me dijo. Rezá y hacé penitencia”.

La madre acarició la cabeza de Pablo:

- Pasaba las noches en vela y tomaba pastillas para los nervios. Pensé en matarme pero ustedes eran chicos y me necesitaban. Un día decidí hallar a Clotilde a toda costa. Seguí varias pistas hasta que la encontré en un convento. La reconocí gracias a una cadenita de oro con mi nombre que la abuela le puso al nacer. Acababa de cumplir trece años.

“Tiene un *síndrome de Down*” me informó una monjita.

“¿Usted quién es?”, me preguntó luego.

“Una amiga de la familia”, atiné a contestar y salí corriendo.

- Dos días después regresé más tranquila y me dejaron conversar con mi hija. Es encantadora, algo atrasadita ¿sabés Pablo?, pero habla bien y hasta escribe un poco. Clotilde me miró con sus ojos dulces y preguntó:

“¿Sos una parienta, no?”

“Sí, sí. Soy una tía. Te quiero mucho y no te dejaré sola.”

“Yo estoy bien acá. Voy a la escuela, rezo, aprendo a coser y me sacan a pasear por el parque.”

- Volví decidida a traerla a casa.

“Vos estás loca, me dijo tu papá. No se puede volver al pasado.”

“¡Pero es nuestra hija!”, insistí.

“¿Qué va a decir la familia y la gente del pueblo?”, alegó él. “Ahora nos acusarán de haberla abandonado.”

Pablo pensó en los compañeros. No era necesario divulgar los secretos de la familia. La madre podría visitar a Clotilde en el convento las veces que quisiera.

- Tu mamá me presenta como el malo de la película - le dijo el padre. - Pensá un poco en nosotros. La gente se enterará de que vivimos con un monstruo y los amigos dejarán de saludarnos.

- Ustedes no la conocen - dijo la madre al día siguiente. - Vayan a visitarla. Tiene esa carita rara pero es amorosa, simpática y risueña. Les encantará.

- Me voy de casa si la traen - la interrumpió Pablo.

- Nosotros también - dijo el hermano menor, y el otro asintió.

- No sean tontos, chicos. Nadie va a irse de acá. En cuanto pasen unos días empezarán a quererla como yo.
- Dudo de que sea nuestra hija - argumentó el padre. - Puede ser un error. Aquélla murió a poco de nacer. Mamá quiere adoptar a otra *mongólica* para recobrarla.
- Estoy convencida. Es Clotilde - reiteró la madre.
- Nos vas a arruinar la vida - se enojó el padre.

En esos días leyeron en *El Hogar* que el profesor Quintín Botero curaba a los mongólicos con una operación llamada *revascularización cerebral*. Varios dibujos ilustraban la nota:

“Cuatro arterias llevan la sangre desde el corazón a la cabeza. Se conecta una de ellas, la carótida, con una vena yugular interna (afortunadamente hay dos) que trae de vuelta la sangre usada. La cosa es fácil de comprender: uniendo la carótida con la yugular, conseguimos mandar más oxígeno al cerebro. No es necesario abrir la cabeza. Se trabaja en el cuello donde la arteria y la vena corren juntas. No hay riesgos y los resultados son estupendos.”

El profesor tenía su clínica en una casona antigua de Barracas, con olor a humedad. Lo esperaron una hora sentados en una sala repleta de gente. De tanto en tanto, alguien se levantaba a mirar de cerca los cuadros y los diplomas que adornaban las paredes, entre los que se destacaba una imagen de San Cosme y San Damián, patronos de los médicos. Uno comentó que el profesor era un cirujano de prestigio

porque viajaba continuamente y había recibido premios y honores de muchas universidades extranjeras. Así se rompió el hielo.

- No descansa jamás y, en los ratos libres, administra una ferretería que era del padre - dijo otro.

- Vive de ese negocio y opera gratis a los enfermos - agregó un tercero. - ¡Es un benefactor de la humanidad!

- ¡Eso sí! - agregó el primero. - Acepta donaciones para su Instituto y, además, hay que pagar los gastos de internación, los remedios, el material quirúrgico y los honorarios de los ayudantes. En total, unos diez mil dólares en efectivo, por adelantado. ¡Una verdadera pichincha!

- ¡Entonces sólo los ricos pueden operarse! ¿Y los pobres, qué hacemos los pobres?

- protestó alguien.

- No se preocupe. El les dirá cómo debe proceder si no tiene recursos.

De pronto apareció el profesor con una enfermera y dos colaboradores en la puerta del consultorio. Su bigote espeso, la barba recortada, el marco oscuro de los anteojos, el cuello palomita y el moño negro inspiraban seguridad y confianza.

Botero escuchó las explicaciones de la familia de Clotilde, hizo algunas preguntas, contestó otras y prometió visitarla en el convento.

El doctor Funes, médico de cabecera de la familia, se puso de acuerdo con el ilustre colega tras una conversación telefónica:

- ¿Qué mejor manera de invertir la plata que curar a un hijo? - opinó taxativamente.

- Yo no quiero operarla - dijo la madre. - El profesor me tiene fascinada pero no creo que Clotilde esté enferma. Descubrí que la amo y eso me basta para traerla a casa.

Los demás hicieron un frente común:

- No podría querer a una *mongólica* aunque fuera mi hija - insistió el padre. - Sólo la recibiré si se cura.

Los hijos estuvieron de acuerdo.

- Jamás se la entregaré a ese brujo - sollozó ella pero días después consintió a regañadientes.

Un prestamista les adelantó la suma con el cinco por ciento de interés mensual y el profesor Botero prometió solventar cualquier gasto imprevisto recurriendo a su *Fundación*.

El padre llevó el dinero en un bolsillo del pantalón asegurado con un alfiler de gancho. El profesor contó los billetes y comentó:

- ¡Circulan tantos dólares falsos! Quiero saber si se escurrió alguno en el paquete.

- ¿Ya la revisó?- preguntó el papá.

- Ayer estuve con ella - contestó el profesor. - Le pregunté si quería operarse y no me dijo que no. Le interesaba saber qué quería decir *operarse*. Intenté explicarle que le iba a llegar más oxígeno al cerebro. No sé si comprendió pero quédese tranquilo. Mañana la traeremos a la clínica. Usted ocúpese de avisar a las monjitas.

Clotilde toleró bien la intervención. Dos días después pudieron visitarla y la encontraron rodeada de cables, tubos de plástico y frascos de suero. Las telas adhesivas apenas ocultaban la cicatriz en el cuello. Tenía los ojos cerrados, respiraba por un agujero en la tráquea, la alimentaban con una sonda que entraba por la nariz, y orinaba a través de otra en un recipiente de vidrio al pie de la cama.

- Tardará en recuperar el conocimiento - les anunció esta vez un discípulo porque el profesor Botero había iniciado otro viaje de estudios.

- ¡El Maestro tiene tantos compromisos internacionales! - agregó con un gesto de admiración.

Sor Algisia rechazó de plano restituirla al convento:

- Esta casa no es un hospital.

- Comprendo sus razones - contestó el padre. - Pero ya desembolsamos hasta el último centavo en la clínica y estamos en la miseria.

- ¿Qué pretende de nosotras?

- Su Orden sigue teniendo la tutoría de Clotilde.

- ¿Qué?

- Usted se lavó las manos cuando pedimos su autorización para operarla. No voy a admitir que haga lo mismo. Recuerde el desastre que ocurrió con aquel cónsul romano...

- ¡Déjese de pamplinas! - lo interrumpió exasperada la monja. - Deme unos días para consultarlo con la Hermandad.

Clotilde jamás despertó de su sueño. Sor Algisia dispuso construir una habitación especial para alojarla. Cubrieron el ventanal con un cortinado que sólo se corría el 3 de Junio, consagrado a Santa Clotilde, esposa y guía espiritual de Clodoveo, rey de los Francos. Ese día ataviaban con sus mejores galas a la *Bella Durmiente*, como se dio en llamarla, en tanto que, tras los cristales, cientos de fieles depositaban sus limosnas y oraban por la curación de los enfermos.

La mira en Andrómeda

- *Los cultos se contradicen y desembocan en discordias y luchas fanáticas* - proseguí leyendo. - *Intervienen en política sin evitar las guerras, los odios ni la opresión.*

- En la antigüedad, la astrología y la astronomía se consideraban ciencias complementarias - me interrumpió Varela.

- ¿Qué tiene que ver eso con la religión? - le pregunté.

Sacó de la estantería uno de los tomos de las *Obras Completas* y señaló una página:

- La Iglesia hostilizó a Galileo por defender las ideas de Copérnico.

- No era fácil sostener que la Tierra gira alrededor del Sol cuando la fe reconocía todo lo contrario - aporté. - La teología y la lógica formal tenían el privilegio de investigar los fenómenos físicos.

- Tardaron cuatro siglos en aceptar que el sabio no estaba equivocado pero, en su tiempo, lo metieron preso por hereje - me contestó Varela.

- No se pueden trasladar a nuestra época las polémicas del Renacimiento.

- De acuerdo, pero siempre que las creencias compiten con el libre albedrío, lo sobrenatural termina por reinsertarse en la sociedad. El fundamentalismo es, precisamente, la irracionalidad de quienes escuchan la voz de Dios para satisfacer su frenesí metafísico.

Preferí no hacer comentarios y continué revisando el manuscrito de papá.

- La vigencia de los credos- leí en voz alta - depende del temor que inspiran las enfermedades y la muerte, del ideario del poder de turno, de la prédica repetitiva y de la educación de los niños.

- ¡Continúe! ¡ Continúe! - me alentó Varela.

- A pesar de la religión, el hombre sigue siendo el principal depredador del planeta, ataca a sus congéneres y goza en su afán de exterminio aunque involucre el riesgo de autodestruirse.

Los asesinos

... el principal depredador ...

Cecilia miró impaciente el reloj mientras apuraba el último trago de café. Eran las cuatro de la tarde y había pasado una hora aguardando a Walter en la confitería de Las Heras y Tagle.

Llamó al mozo, pidió un cortado y encendió otro *Gitanes*. El médico le prohibió fumar pero ella no podía contenerse cuando estaba nerviosa. Decidió no seguir esperando:

- Cinco minutos más y me voy. ¡Qué se creará ese tipo!

Era la dueña de la empresa y no iba a tolerar que la dejara plantada un empleado.

Cuando falleció el esposo, asumió la dirección de la fábrica textil en Villa Lynch y del negocio de la calle Canning. No sólo consiguió mantener la producción reparando las máquinas antiguas, sino que la aumentó gracias a las nuevas traídas de Inglaterra a pesar de estar prohibida la importación. Viajó a Manchester para estudiar los últimos adelantos y la asesoró su pariente lejano, Lord Levine, nieto de una tía nacida como ella en Polonia.

Durante la guerra, Jaime y Cecilia Rosenstock se limitaban a fabricar rayón con el hilado sintético de la *Duperial*. Los ingleses premiaban así la fidelidad de quienes se negaban a utilizar mercaderías alemanas. Naturalmente, los empresarios judíos también se adhirieron al boicot antinazi.

Muerto el marido, no le resultó fácil conducir las dos ramas de la empresa. Se hallaba cómoda en el negocio porque había trabajado en una tienda de Leipzig y le

agradaba el contacto personal con los clientes. Pero la fábrica de Villa Lynch le resultaba un hueso duro de pelar. Ahí dependía de la pericia de los técnicos y, desde hacía un año, de la habilidad de Walter, el gerente.

Cuando lo entrevistó por un aviso en el diario le agradó su formalidad, la mirada penetrante, el bigote rubio espeso y el cabello arremolinado en la frente. Parecía el ejecutivo de una compañía británica pero el marcado acento gutural delataba su origen centroeuropeo.

Presentó un currículum impecable. Había nacido en Budapest hacía cincuenta años. El padre pertenecía a la nobleza húngara, los Esterházy, quienes, a pesar de su origen magiar, consiguieron un lugar destacado junto al emperador austríaco Francisco José. La madre era una aristócrata emparentada con los Hohenzollern, reyes de Prusia. Perdieron su fortuna después de la Primera Guerra y ella debió ganarse la vida como profesora de piano.

Walter Kálnay, así era su nombre completo, hablaba cinco idiomas además del castellano: francés, inglés, alemán, ruso y, naturalmente, húngaro. Se graduó en administración de empresas en la mejor universidad de Hungría y, en 1936, se casó con Zsa Zsa Székesféhervar pero se divorció al poco tiempo. Trabajó muchos años en la *Banca Baring* de Londres, en la fábrica *Renault* de París y en las industrias de Alfred Krupp en Bohemia. Había llegado a la Argentina contratado por la *Textil Santa Pajarita*, una de las principales de Córdoba, instalada durante el primer gobierno de Perón. En poco tiempo logró el cargo de gerente general pero, más adelante, intentó explorar nuevos horizontes en el Gran Buenos Aires.

Las referencias laborales eran inmejorables. Cecilia lo empleó de inmediato y no se equivocó porque en menos de tres años expandieron la actividad empresarial, incorporaron nuevos rubros, abrieron locales de venta directa y multiplicaron varias veces las utilidades.

Walter era un político hábil. Conocía bien algunos aspectos peculiares de la actividad comercial y sabía cómo y dónde distribuir prebendas. Entraba y salía sin obstáculos de la Casa Rosada y de los ministerios de Industria, Comercio y Relaciones Exteriores.

A Cecilia le costaba seguir el ritmo de su gerente. Se encontraban a menudo fuera de la oficina para hacer trámites bancarios, asistir a reuniones con ejecutivos de otras empresas o agasajar al secretario de algún personaje encumbrado.

Un día, él la convidó a cenar en su casa para discutir un asunto de trascendencia: debían *adornar* a un político con la bonita suma de cincuenta mil dólares. Era un gran esfuerzo pero valía la pena porque seguía prohibida la importación de esa maquinaria y el *gestor* estaba dispuesto a aceptar el acuerdo si se hacía *taca taca*.

La invitación de Walter le pareció insólita. No obstant, Cecilia aceptó la idea de discutir el tema sin correr riesgos. Las paredes tenían oídos y cualquier indiscreción en la oficina podría desbaratar el acuerdo con el mandamás de turno.

No le gustaba mezclar los negocios con la vida privada y, desde su viudez, había impuesto limitaciones a sus actividades sociales. No salía sola. Siempre la acompañaban las amigas o la secretaria privada. Sin embargo, ya era tiempo de abandonar esa actitud austera. No tenía hijos y, a los sesenta, experimentaba un

vacío afectivo no cubierto por la hermana, el cuñado y los sobrinos, menos interesados en ella que en sus bienes. El gerente podría ser una salida atractiva para su soledad.

Cecilia tardó una hora en llegar con el *Mercedes* desde su casa en Palermo Chico hasta el chalé de Walter en las Lomas de San Isidro. Kálnay vivía solo y, sin duda, sabía invertir su dinero. Un Vlaminck y un Utrillo se destacaban en la *boiserie* de la sala donde también colgaban cuadros de Figari, un Arlequín de Pettoruti, dos Batlle Planas y un Picasso de la época azul. El piano de cola frente a la ventana del jardín y los objetos de arte distribuidos en el *living* de dos niveles daban cuenta de la cultura y el refinamiento de este personaje de estilo europeo quien, sólo Dios sabe cómo logró salvarse de la guerra. Habían mencionado el tema pero el hombre conseguía eludirlo sin entrar en detalles.

Tomaron un par de *Martinis* y cenaron con champán, caviar y lenguado a la provenzal. A los postres, ensalada de frutas con licor de guindas. Sendas copas de coñac *Napoleon* acompañaron la sobremesa junto a la chimenea de estilo barroco. La velada transcurrió sin que logaran hablar de negocios. Poco a poco los temas se hicieron más íntimos y personales. Finalmente, él la invitó a pasar la noche en su casa. No le pareció mal. Al alba, mientras hacían el amor, Cecilia descubrió una cicatriz en el labio de Walter disimulada por el bigote y, sin saber por qué, se echó a llorar desconsoladamente. El la tranquilizó y se durmieron abrazados.

Le hizo señas cuando apareció en la puerta de la confitería y se sentó a la mesa mientras lo regañaba:

- No me gusta que te atrases.
- Perdoname. Me llamaron de la fábrica.

El gerente vestía de *sport* con un saco blanco y una polera clara ajustada al cuello.

Ella lo miró con insistencia y tuvo la sensación de haber vivido antes esa escena.

Empalideció, comenzó a temblar, susurró una frase incomprensible y se desmayó.

-¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa? - reiteró Kálnay mientras trataba de socorrerla.

Cecilia se repuso en pocos segundos y balbuceó:

- Fue una visión horrible, como si algo regresara del otro mundo.

Se levantó apoyándose en Walter y caminó insegura al salón reservado. A duras penas abrió la puerta y se volvió a desvanecer.

Desde la ventana del hospital vio pasar un enfermo en sillón de ruedas y evocó la pesadilla que la atormentaba desde hacía tiempo: ella, la elegante, la encantadora Cecilia, se inclinaba a recoger el pañuelo que dejaba caer Jaime de su mano temblorosa. El la miraba mientras un hilo de saliva espesa se le escurría entre los labios.

En Buenos Aires les hablaron de una intervención quirúrgica, una maravilla de la ciencia, una conquista de la tecnología. Les pareció descabellado viajar a Europa porque no creían en milagros y sabían que los médicos eran incapaces de hacerlos. Sin embargo, más adelante, los amigos les aconsejaron intentar esa posibilidad. Los

fastidiaba verlo temblar y se hacían los distraídos cuando ella lo ayudaba a vestirse, a levantarse de la cama, a comer, a ir al baño.

¡Depositaron tantas esperanzas en la operación! Jaime quería curarse y ahora ya había pasado todo. ¿Todo? Hm... Las cosas andaban mal. A duras penas se contuvo cuando el *Herr Professor* le anunció lo de la hemorragia cerebral. Ese *genio* rubio con una cicatriz en la cara hablaba sin mirarla a los ojos, tieso en su uniforme blanco abotonado hasta el cuello.

Cecilia recordó el viaje a Sudamérica cuando huyeron de Alemania en el 38. Gastaron sus ahorros y sobrevivieron gracias a algunos amigos. Con mucho esfuerzo lograron empezar una nueva vida pero las cosas eran distintas ahora. Estaba sola y debía ser valiente. De pronto le pareció que Jaime respiraba con dificultad y llamó a la enfermera.

-*Alles gut. Sie müssen Geduld haben* - trató de tranquilizarla la mujer en su dialecto bávaro.

Los Rosenstock tenían una larga historia de recriminaciones contra los alemanes. Según ellos, todos eran nazis. A duras penas habían sobrevivido durante la *Kristallnacht*. Cecilia evocaba en sus pesadillas el estallido de los escaparates y los gemidos de la gente apaleada por los SS.

La *Krankenschwester* le ordenó salir de la habitación para cambiar el suero y tuvo miedo de volver a entrar. Todo esto le pasaba a alguien, en alguna parte. No podía sucederles a los Rosenstock y mucho menos en Alemania donde habían jurado no regresar jamás. ¡Odiaba tanto al país y a esa gente!

Daniel Mansilla, un médico argentino, regresó de Heidelberg al día siguiente de la operación y le pidió a Cecilia que estuviera junto a él mientras revisaba al enfermo.

- Es tiempo de que se tome un descanso - le dijo Daniel. - Esto va a ser largo y debe conservar las fuerzas. Yo me quedo. Váyase tranquila.

Le hizo bien respirar el aire tibio del verano. Se desplomó en la cama, cansada de subir los cuatro pisos sin ascensor del departamento frente al hospital. Durmió un par de horas y se despertó sobresaltada. El marido podría haberse agravado. Tenía que regresar. Se dio una ducha, comió un sándwich de queso y bajó corriendo las escaleras.

- Está igual - le aseguró Mansilla. - El cirujano lo examinó hace un rato. ¡Hay que tener paciencia!

Al tercer día empezaron las complicaciones. Fiebre alta, bronconeumonía, fallas en el corazón. Los médicos y las enfermeras iban y venían con jeringas, tubos de plástico, medicamentos y papeles. Cecilia pedía informes pero la rechazaban con indiferencia.

- *Herr Professor* le explicará.

El enfermo pasó mal la cuarta noche y agonizaba al llegar la mañana. La mujer salió al corredor cuando se lo anunciaron y exclamó:

- ¡Nazis de porquería! ¡Torturadores!

Daniel intentó consolarla pero ella lo arañó y lo golpeó con los puños:

- Quisieron hacer experimentos con mi marido. ¡Hitler no pudo con nosotros pero estos criminales lo van a liquidar!

Los ronquidos se escuchaban a través de la puerta. De pronto se hizo silencio. Varios médicos y enfermeras llegaron corriendo, le colocaron un tubo en la tráquea, practicaron respiración artificial, aceleraron el goteo de suero y le inyectaron adrenalina en el corazón. Fue inútil. Estaba muerto.

Daniel juntó fuerzas para decírselo:

- Señora, lo siento mucho pero acaba de fallecer.

Ella salió de la habitación gritando:

- ¡Asesinos, asesinos!

Nadie intentó detenerla.

No le cabían dudas, su gerente y el *Herr Professor* eran la misma persona. Parecía más viejo y canoso que hacía diez años con el bigote espeso y los anteojos oscuros pero ¿cómo no se había dado cuenta antes de que era el asesino de su marido? Ahora estaba segura. Lo delataron el saco blanco y la polera ajustada al cuello como el uniforme que usaba en el hospital.

Kálnay empujó la puerta del salón reservado:

- ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

- ¡Déjame, déjame! ¡No me toques! - gritó ella y huyó despavorida.

Intentó escapar a la calle entre las mesas pero tropezó con un señor gordo y cerca de la salida hizo tambalear a un mozo cargado con un servicio de té que cayó estrepitosamente al suelo. Llegó hasta las puertas de vaivén, las empujó y dio un par de tumbos.

Walter la alcanzó en la vereda y la obligó a subir a un taxi.

- A la Avenida de los Pinos 3420, en San Isidro - ordenó.

- ¡Quiero irme, quiero irme! - gritaba ella.

- De ninguna manera - mandó él. - Sé lo que te sucede.

- No se preocupe - le explicó al taxista. - Mi esposa tiene un ataque de nervios.

- ¡Anda cada loca suelta! - murmuró el hombre.

Cecilia cerró los ojos prestando atención al traqueteo de las ruedas sobre el empedrado. Tardaron una eternidad en llegar. Por fin, el automóvil se detuvo, Walter le pagó al chofer sin esperar el vuelto, abrió la puerta de calle, la empujó al interior y la obligó a sentarse en un sillón del *living*:

- ¡Así me gusta, vieja imbécil! - le dijo sonriendo. - ¡Cómo me cansaba hacer de novio y obedecer tus órdenes estúpidas! ¡Ahora me vas a escuchar!

Se sirvió una copa de coñac:

- Tuve mis razones para citarte fuera de la oficina. No soy Walter Kálnay. Me llamo Günther Schweinstall y nací en 1915 cerca de Götterdämmerung, a un paso de Stuttgart, donde mis padres tenían una fábrica de tejidos. Me enviaron a los mejores colegios, aprendí música con Ohrenstrafe, alumno de Wagner, y pintura con Sündemahler, de la escuela del marqués de Sade. Me sobraba tiempo para pelearme a sablazos con los muchachos mientras estudiaba medicina en Heidelberg. Esta cicatriz en el labio es un recuerdo de aquellos años - acotó mirándose al espejo.

- Cuando Hitler se convirtió en canciller de Alemania - prosiguió, - me afilié al partido nazi y juré dar la vida por el *Fuehrer*.

Ella intentó levantarse pero Günther rompió la botella de coñac y la amenazó con las puntas.

- ¡Quedate quieta porque estoy dispuesto a todo!

Encendió la pipa y aspiró el humo del tabaco *Ekelkohle* producido por el Tercer Reich para los oficiales que participaron en el sitio de Stalingrado.

- ¡Cuántos recuerdos me trae este perfume! - exclamó entornando los ojos mientras Cecilia se tapaba la nariz para protegerse del olor nauseabundo.

- Le rendí incontables servicios al *Movimiento* y me incorporaron a la SS en 1938, poco antes de la *Kristallnacht*. Esa noche destrocé más de mil vidrieras, le sacudí el polvo a cientos de judíos y quemamos decenas de libros comunistas de Marx, Heine, Freud y otros enemigos de Alemania. Tiempo después trabajé en el laboratorio del doctor Mengele para demostrar la inferioridad racial de los hebreos, gitanos y homosexuales. Pero a mí me interesaba más la *solución final* del problema.

Cecilia lanzó un alarido.

- Estamos solos. Nadie te va a escuchar - le dijo y la volvió a amenazar con las puntas de vidrio. - En 1943, el *Fuehrer* me premió con un ejemplar autografiado de *Mein Kampf* y, tiempo después, me designó jefe del campo de concentración de Auschwitz. ¡Qué éxito asombroso! Nunca, en la historia de la humanidad, un número tan pequeño logró tanta eficiencia en asesinar a millones de personas. Ni Atila, ni Napoleón, ni Torquemada.

Volvió a saborear un trago de coñac:

- Ya era famoso en toda Alemania cuando me trasladaron a Roma y, para vengarnos de una emboscada a nuestros soldados, ordené la ejecución de cuatrocientos rehenes en las Cuevas Ardeatinas. En esa época conocí a mi gran amigo Erich Priebke.

Los ojos se le llenaron de lágrimas:

- ¡Erich, mi querido Erich! ¿Qué habrá sido de ti?

El llanto no le impidió reanudar su historia:

- Los aliados invadieron nuestra patria y sufrimos derrota tras derrota. Los bombarderos imperialistas sembraban el pánico. A duras penas pude escapar del enemigo. Caminé días y días para encontrar a mis padres pero los habían asesinado los puercos americanos en una de sus incursiones.

Dio un puñetazo en el escritorio:

- ¡Ya llegará el momento de vengarnos de tanta barbarie! Había perdido mis papeles y no me convenía que el enemigo se enterara de mi filiación. Cubierto de harapos, vagué de una población a otra revisando los cadáveres esparcidos por el camino. Finalmente conseguí unos documentos cuya fotografía podía pasar como auténtica. Un día, muerto de hambre, me subí a un camión con pertrechos para el ejército francés en Freistadt. Acudí al hospital universitario y en seguida conseguí trabajo como ayudante del jefe de neurocirugía. Nos hicimos amigos, aprendí lo que me pudo enseñar y, en 1948, lo reemplacé en su cargo. Con mi nueva identidad me convertí en un cirujano de prestigio mundial.

- ¡Entonces es cierto! ¡Asesinaste a mi esposo! - gritó Cecilia.

- ¡De ninguna manera! - le aseguró el SS. - Yo no lo maté. Fue el único accidente operatorio en más de mil casos. Lamenté su muerte porque arruinaba mi estadística y me ponía en desventaja con los competidores.

La mujer lo miró con odio mientras él proseguía:

- Prolongaron diez años mi contrato en la universidad. ¡Si no hubiese aparecido ese maldito judío Wiesenthal! Corría peligro de morir ahorcado como nuestros gloriosos jefes después de Nuremberg.

Se puso de pie y entonó el *Canto de los Nibelungos* como homenaje a los héroes. La última nota lo sacó de su arrebato:

- Tenía que abandonar Freistadt. Le pedí auxilio a un correligionario de los sistemas de rescate y me recluyeron en un convento italiano. Pasé meses cultivando patatas y frijoles, y rezando desde el amanecer. Dormía en una cama de madera y mi compañero de cuarto se flagelaba todas las mañanas. Un día le pregunté si me permitiría hacerlo en su lugar. “Por supuesto”, me contestó, “siempre que yo reciba los azotes.” Le hundía el látigo en la carne hasta dejarlo exhausto, ¡pero no hay placer que dure cien años! Finalmente me trasladaron a Sicilia y la mafia me trajo al Río de la Plata.

- ¿Porqué precisamente la Argentina? - balbuceó Cecilia.

- Muchos marinos del *Graaf Spee* se casaron con mujeres del país - respondió Günther. - Acá los grandes enemigos no eran los alemanes sino los ingleses porque les robaron las Islas Malvinas, la compañía de tanino La Forestal, los ferrocarriles y

los tranvías. Además, el culto oficial estaba interesado en contener a los protestantes y muchos de los nuestros se convertían al catolicismo antes de contraer enlace.

Se bebió todo el coñac de la botella:

- Los mismos ingleses le llenaron la cabeza al General para que expropiara las empresas obsoletas, pagándolas como nuevas. Era un trato redondo. Los británicos volvieron con sus libras a Londres, contentos de hacer un buen negocio. Más tarde, decenas de los nuestros lograron posiciones en el gobierno, en el comercio y las finanzas. Los argentinos no entraron en la *Guerra* hasta el final y sólo lo hicieron para evitar que los americanos se apoderaran de nuestros bienes. Seguro que conocés la historia de los submarinos cargados de oro, obras de arte y piedras preciosas, salvados del desastre. Los socorrimos en la Patagonia y llenamos las arcas de nuestro movimiento y los bolsillos de muchos jefes locales.

- ¡Me acuerdo, me acuerdo! - repitió Cecilia como una autómatas. - Pero ahora me quiero ir...

- Debo decirte algo más - continuó el nazi. - No tenía un centavo al llegar a la Argentina. Sólo algunos dólares traídos de Italia y unas cartas de recomendación. Mis papeles estaban en orden y salí de Ezeiza sin inconvenientes. Tomé un avión a Córdoba y me alojaron en la casa de un miembro del *Partido* en Villa General Belgrano. ¡Qué hermoso lugar! Parece nuestro *Heimland* por los trajes del Tirol, los *biergarten*, las comidas típicas, el *gemütlichkeit* de Berlín. ¡Me sentí feliz en ese paraíso!

- Un día llegó un funcionario de la *Organización* - prosiguió - y me entregó diez barras de oro en recompensa por los servicios prestados al Tercer Reich. Insistió en que no ejerciera la medicina porque podrían reconocerme y me ofreció un empleo en la *Textil Santa Pajarita* de Chañar del Cuervo.

Una sonrisa triunfal iluminó el rostro de Günther:

- Compré miles de dólares en el Uruguay, dos estancias en la provincia de Buenos Aires, cinco chalés en Mar del Plata y muchas obras de pintores famosos. Acepté el cargo que me proponían y, en poco tiempo, llegué a ser gerente de la fábrica pero, un par de años después, me cansé y publiqué el aviso en *La Nación*. Conocés el resto de la historia.

Cecilia suspiró:

- ¿Qué vas a hacer conmigo?

Günther sacó unos papeles del bolsillo y le ofreció una lapicera fuente:

- Firmá la transferencia de tus bienes a mi nombre. Yo me encargo del resto. Como no soy ningún depravado, te pagaré doscientos dólares mensuales para que no te mueras de hambre.

- Antes pasarás sobre mi cadáver - chilló la mujer.

- No será necesario - dijo el nazi acercándole a los ojos las puntas de vidrio.

Cecilia cayó de rodillas, imploró conmiseración, se desgarró el vestido y lloró con toda el alma hasta escuchar una voz...

- ¡Basta ya, señora! - le dijo Daniel Mansilla.

No lo podía creer. ¿Qué estaba haciendo ese tipo en la casa de Günther?

Abrió los ojos y se encontró en una sala de hospital, rodeada de médicos y enfermeras. Entre ellos, el muchacho argentino que la acompañó en Alemania. Ya no era joven y tenía un aspecto doctoral.

- La reconocí en seguida - dijo sonriendo Daniel. - Usted es la señora Rosenstock.

- ¿Dónde estoy? - preguntó ella.

- En la sala de neurocirugía del profesor Dowling en el *Hospital Rivadavia* - contestó el médico. - Soy su colaborador inmediato. Me especialicé en Heidelberg y acá me tiene.

- ¿Profesor... Ayudante...? ¡Sáquenme rápido de aquí! ¿Nunca podré terminar con estas historias? - sollozó. - ¿Me van a torturar?

- Se acabaron las torturas, señora. Las suyas y las nuestras. Nos hizo pasar tres días horribles. Gritaba a voz en cuello que la perseguían los nazis y un tal Günther quería robarle sus bienes. ¿Quién es ese famoso asesino? - preguntó sonriendo Daniel.

Cecilia miró en derredor, se cercioró, pidió que la desataran y le dieran de comer porque tenía hambre.

Cuando se tranquilizó, le contaron que sufrió un ataque de nervios en la confitería de Las Heras y Tagle, frente al *Hospital*.

- ¡Me extraña que no pregunte por su marido! - comentó el doctor Mansilla

- Yo soy viuda - se apresuró a contestar Cecilia.

- Esposo o amante, el pobre Walter Kálnay parece muy preocupado.

-Walter Kálnay... ¿Será posible? - dijo ella mirando hacia la puerta donde se había detenido el gerente.

El casamiento tuvo lugar seis meses después en *Bnei Ieshurún*, la sinagoga reformista de Olivos.

La novia quería celebrar una boda religiosa. Le contó al rabino Gerson que Walter no era judío y, mucho menos, circunciso. Gerson se comprometió a instruirlo en todo lo referente a la ceremonia. La circuncisión no era indispensable:

- Esa marca en el miembro viril es sólo un testimonio anatómico del compromiso con Dios. El Brith, o sea el Pacto en sí mismo, es esencial en la fe judía.

Los Kálnay murieron en un accidente de automóvil, quince años después. Fue un episodio muy comentado por la prensa. El tenía incontables rasguños en la cara, el saco destrozado y la camisa hecha jirones. Ella presentaba una marca en el cuello, como si la hubieran intentado estrangular antes de que volcaran. Junto a la palanca de cambio hallaron un ejemplar de *Mein Kampf* autografiado, al parecer, por Hitler y dedicado a un tal Günther Sch..., a quien nadie conocía. El juez terminó sobreseyendo la causa por falta de méritos.

Fueron sepultados en el cementerio *Jardín del Edén*, en Pilar. Sendas estrellas de David coronan las piedras funerarias. Los sobrinos heredaron la fábrica y el negocio, y vivieron prósperos hasta caer en bancarrota durante la *hiper*. Sin embargo,

podieron salvar algunos bienes, entre ellos, las obras de arte que heredaron del recordado tío Walter.

La mira en Andrómeda

- ¡Qué poco nos conocíamos, papá! - pensé para mis adentros.

- **Hay personas que jamás dialogan con sus hijos** - pareció adivinar Varela. -

Se limitan a convivir y terminan separándose como extraños. ¿Alguna vez trató temas importantes con él?

- Toda la vida - le aseguré.

La lección

Hay personas que jamás dialogan con sus hijos... y terminan separándose como extraños.

Pedro pasó la noche en la cubierta del vapor de la carrera. Pudo dormir sentado unas horas a pesar del parloteo de la gente, del llanto de los niños y las risotadas de los jóvenes.

Tuvo una pesadilla y se despertó sobresaltado cuando el padre le dio con un látigo por desatar el perro. Se tranquilizó esbozando una sonrisa:

- ¡El viejo me castiga hasta en sueños! - pensó. - De atreverme, lo bajaría de una trompada...

Dormitó una hora más con la cabeza sobre el bolso, se despertó dolorido y caminó para estirar las piernas. El río estaba revuelto y sintió miedo de *cruzar el charco* con un temporal. Los pasajeros andaban haciendo eses, volvían a sus camarotes, se acostaban en el suelo y en los asientos, o se agachaban a vomitar fuera de borda.

- El *Plata* parece manso pero es capaz de hacer de las suyas - le dijo el contramaestre. - ¡Ponga la cola en el piso, *m'hijo*, que se va a romper la nariz!

Se alegró al avistar el *Cerro* de madrugada. Había pasado la tormenta pero todavía faltaba más de una hora para llegar a Montevideo. Se apoyó en una columna contemplando la salida del sol mientras comía un pedazo de pan olvidado en el bolsillo.

Pedro fue el primero en bajar al muelle cuando los marineros colocaron las planchadas después de anudar los cabos Manila. Mostró la cédula de identidad al empleado de migraciones y tomó el ómnibus en la puerta de la aduana.

Doña Concepción se sorprendió al verlo llegar con lo puesto:

- ¿Por qué no me avisaste? - le preguntó.
- No tuve tiempo.
- ¿Qué pasó? ¿Te corrió un milico?
- No abuela, nada de eso. ¡Casi no consigo pasaje!

Ella le ofreció un mate amargo:

- Ponele azúcar - le pidió él.
- ¿Azúcar al mate? Es cosa 'e gringo.
- ¡Por favor!
- ¡Si te parece! Después cambio la yerba. ¿Cómo anda tu gente?
- Bien. Todos bien.
- ¿Qué hacés por acá?
- Te extrañaba.

Ella se sonrió y le ofreció una torta frita:

- ¿Te gustaría pasar unos días en la chacra con Fabián?
- ¿Fabián? ¿Todavía vive?

- Claro que sí. Acordate cómo te divertías con él cuando eras chico. Sacá el *fortacho* del galpón. Está *arrumbao* desde hace tiempo pero anda bien. Lo hice revisar. Te voy a dar unos pesos para la nafta.

- Gracias abuela - le dijo Pedro poniéndose la plata en el bolsillo.

Don Iñaki Larramendi murió en una epidemia de tifus, y doña Concepción Iburguren, la esposa, se mudó a la antigua casona familiar de las afueras de Montevideo. Su único hijo, Miguel, emigró a la Argentina y, al principio, ella se arregló sola para administrar los campos. Pero la chacra era lo único que logró salvar después de la crisis del 29. Sólo un par de hectáreas y un rancho donde, en sus tiempos, residió el puestero, don Cipriano Laguna, con doña Eusebia y la prole.

Circulaban toda clase de historias sobre los Larramendi. Don Ignacio era una máquina de hacer hijos. Doña Cristina, la mujer, le dio trece, de los que sólo llegó a viejo Iñaki, el marido de la Iburguren. Siete sucumbieron antes de aprender a caminar. Una falleció de parto y un varón cuando rodó el caballo en una cuadrera. Otro se perdió de vista después de hacerse cura, y dos más, reclutas, murieron en un encuentro con los Tupamaros.

Don Ignacio no podía con el genio. Le había echado el ojo a la mujer del puestero, y la visitaba a menudo cuando don Cipriano salía con los peones a recorrer las diez mil hectáreas de estancias hasta cerca de Paysandú.

Doña Eusebia pasó preñada la mayor parte del tiempo, desde que se casó a los veinte hasta que Dios se acordó de ella en el último parto, más allá de los cincuenta.

Los hijos crecían salvajes y había lugar de sobra para acomodarlos en las tierras de los Larramendi. Ninguno se preocupó jamás por averiguar quién era el verdadero padre. Sólo uno, Fabián, el guacho, se quedó a vivir en la chacra.

Cuando escaseaba el pasto, largaba los animales a los costados del camino y, si se le perdía alguno, salía a buscarlo con el perro sarnoso, de costillas ondulando bajo el cuero pelado.

Se ingeniaba para hacer servir dos vacas flacas por el toro tuerto del vecino. Después de la parición, vendía la leche y, si le bajaba la gana, hacía queso como aprendió de chico. Muy de tarde en tarde carneaba un capón o sacrificaba una gallina vieja para hacer puchero. Sólo tomaba vino y mate. El pozo se secaba cuando no llovía y escaseaba el agua. Nunca arregló la varilla del molino que hizo instalar el viejo Laguna ni reparó el bebedero del corral del fondo después que lo estropearon los animales.

No se le conocían amigos. Jamás fue a la escuela, apenas podía leer el diario y firmaba apretando la lengua en la mejilla. Tenía buena pinta y gustaba a las mujeres. Le costaba tomar la iniciativa pero respondía bien cuando lo encaraban porque no quería pasar por zonzo. Una vez apuñaló a un mensual de los Iburguren por una cuestión de polleras. Lo condenaron a diez años en Punta Carretas pero salió a los tres, gracias a un político amigo de los Larramendi.

En esa época conoció a Felisa Negri, una chica copetuda que vino de vacaciones a la estancia. Era hija de una hermana de doña Concepción, casada con un bodeguero

de Cuyo. Fabián le enseñó a montar en pelo y el patrón le ordenó que la acompañara cuando salía a recorrer el campo por si se encontraba con un puma o un jabalí en los pastizales. Un día se le lastimó el tobiano y él la llevó de vuelta en ancas. Casi no hablaron pero Fabián sintió en la nuca la respiración de la muchacha que le apretaba fuerte la cintura. Se sentaron a descansar a la sombra de un lapacho y ella le preguntó:

- ¿Me tenés miedo?

- ¿Miedo yo?

- Claro. Si ni siquiera me tocás.

- ¿Qué te pasa? ¿Andás enfermo *m'hijo* que te veo medio *caido*? - le preguntó el viejo don Cipriano.

- No *tatita*. - le contestó. - Estoy mejor que nunca. Hay una hembra pueblerina en la estancia y le estoy arrastrando el ala. ¿Tiene algo 'e malo?

- No ¡pero cuidado con los ricos!

Pasaron un par de meses y Felisa le dijo a Fabián que estaba embarazada.

- ¿Es mío? - preguntó él.

- Sí. Me voy antes de que se den cuenta.

-¿Te acordás de la señorita de San Juan que estuvo en el verano? - averiguó al tiempo doña Concepción.

- Seguro - contestó Fabián. - ¡Hermosa prenda!

- Fijate lo que son las cosas. Ahora es mi nuera. Se casó con Miguel y pusieron una farmacia en la provincia de Buenos Aires. Acaban de tener un botija sietemesino. ¡Soy abuela!

Dos hijas del viejo Laguna trabajaron en el rancho hasta su muerte. Leticia, la mayor, se empleó luego con una familia de Villa Crespo, y Fabián nunca la volvió a ver. Amelia se casó y sólo la visitaba para las Pascuas, en Montevideo. Viajaba en el ómnibus desvencijado que pasaba frente al campo y volvía al día siguiente arrepentido de haberse echado una cana al aire.

Le disgustaba salir de la chacra pero estaba obligado a proveerse, a media legua, en el negocio de ramos generales.

Los viernes después de la siesta, ataba la plata en un nudo del pañuelo, ensillaba el tordillo, llegaba de un galope hasta el almacén y volvía cargado de mercancías. Nunca se olvidaba de la yerba *pal mate*, de la damajuana de vino tinto ni de las tres botellas de caña para matar el vicio.

Esa tarde desensilló tratando de no caerse. Había bebido unas copas mientras charlaba con los parroquianos, estaba mareado pero feliz, y canturreaba la chacarera que se le pegó en el último bailongo. No necesitaba de nadie para vivir contento.

- El buey solo bien se rasca - reflexionó mientras acomodaba las provisiones en la alacena de la finada, su madre.

Juntó leña, encendió el fuego y desparramó las brasas. Puso un kilo de carne en la parrilla apoyada en el suelo sobre unos troncos de quebracho, preparó el mate y se cebó unos amargos esperando el asado.

De pronto paró un *Ford* en la tranquera y le dio un golpe el corazón cuando bajó Pedro. Lo veía de chico en las vacaciones, le enseñó a andar a caballo, a subirse descalzo a los árboles, a bolear avestruces y a matar pajaritos con la honda. A veces ahuyentaban con humo las avispas de un camuatí, sacaban la miel y comían hasta hartarse chupándose los dedos.

- Adelante, *ch' amigo* - le dijo Fabián. - ¿Qué lo trae por acá después de tanto tiempo?

Pedro se acercó sonriendo:

- Nada en especial. Vengo a visitarte. ¡Apenas me acordaba del camino!

- ¡Ajá...! - le respondió Fabián. - Vení sentate cerca 'el fuego. Está cayendo el sereno y hace frío. Acomodate mientras tomamos un trago.

- Dicen que estamos emparentados ¿sabés? - comentó Pedro. - ¡Somos tan parecidos!

- ¿Parecidos? ¡Dejate de joder!

- Papá me contó que Ignacio Larramendi, mi bisabuelo, era tu padre.

- ¿Querés decir que el viejo se la cogía a mamá?

- Dicen que así fue.

- ¡El muy hijo de puta!

- ¡Epa! ¡Andate con cuidado!

- ¡Son chismes de las malas lenguas!

Cenaron a la luz de una lámpara de querosén y, entre vuelta y vuelta, vaciaron media damajuana del tintillo que raspaba la garganta. Estaban alegres y empezaron a contar historias. Pedro relató el verdadero motivo de su viaje.

- ¿Así que andás *juyendo* de una hembra, grandísimo malandrín? - preguntó Fabián.

- No, de la hembra no, pero el padre me está buscando porque le hice un hijo a la tipa. Quiere que me case y no gano ni *pa* cigarrillos. Me obligaría a trabajar pero yo voy a estudiar de doctor. Podría entrar a la *facultá* después de las vacaciones. Un crío a esta altura me sonaría la vida.

- ¡Con esas cosas no se juega!

- Mi viejo me mandó que viniera al Uruguay.

- Te hace desensillar hasta que amaine ¿eh? - se sonrió Fabián.

- Me gustaría pasar unos días con vos.

Fabián miró los vasos:

- ¡Se esfumó el vino! - exclamó. - ¡Qué *calamidá*! ¡Acérqueme la copa!

Conversaron un par de horas y, muertos de sueño, entraron al rancho.

Fabián colocó carbón en un brasero y lo encendió con los restos del fuego de la parrilla.

- Se viene la helada - comentó.

- ¡Mirá que es peligroso! - le advirtió el argentino.

- Sí. Ya sé. Vamos a dejar la puerta entornada.

El olor a mugre hizo aliviar la borrachera de Pedro. El desorden era increíble. Restos de comida, papeles, aperos y herramientas tirados en el piso de ladrillo, la ropa sucia en una tina, botellas de aguardiente y vasos grasientos sobre la mesa destartada, un par de sillas patas arriba en un rincón.

- Che ¿dónde vamos a dormir? - le preguntó inquieto a Fabián.

- Lo siento, pero ésta es la única *catrera*. Usala vos. Yo me acuesto en el suelo.

- No me hagás abusar. Tengo el lomo bien duro.

- Pero hoy no barrí y entran las gallinas. ¡*Porái* te encontrás con una sorpresa! - contestó el uruguayo.

- Bueno, a lo mejor podemos usar la misma cama. No me vas a hacer alguna porquería ¿no?

- Me da asco la carne 'e chancho, patrón - se rió Fabián, mirándolo con picardía.

- Chancho tu madrina - le contestó el porteño.

Tuvo ganas de gritar cuando se sacó la ropa y la paja del colchón le lastimó la piel. Durmió media hora y se despertó sobresaltado procurando alejarse del cuerpo maloliente del vecino.

- ¿Te sentís mal, che? - preguntó Fabián entre sueños.

- ¡No, no! Estoy bien. El brasero calienta demasiado y con el vino...

Pedro se levantó a orinar fuera del rancho, respiró hondo el aire frío, se quedó haciendo tiempo y consiguió ver el reloj a la luz de la luna: eran las dos de la mañana.

- ¡Si este cuadrúpedo me dejara *apolillar* un poco! - pensó.

Entró y, en la penumbra, vio a Fabián desnudo al borde de la cama.

- ¡Vestite animal! ¿No tenés vergüenza?

- Perdón. Se me calentaron las tabas con el cuento de tu mina y tuve un sueño. Las cosas debieran ser distintas ¿sabés? Si uno preña una fulana, tiene que acollararse. Después se ve lo que pasa. Lo importante es el gurí. ¡Vos podás ser *dotor* pero hiciste una canallada al irte!

Pedro lo interrumpió:

- ¡Darme consejos a mí! ¡Qué lección de moral, eh! ¿A vos qué carajo te importa lo que pasó con esa pendeja?

- ¡Me importa! ¡Me importa! - le contestó Fabián.

Se puso los pantalones, llenó dos vasos con caña, le ofreció uno a la visita y bebió el otro de un trago:

- Tomátelo entero si sos hombre.

- ¡Qué hombre ni hombre! ¡Hijo de puta! ¿Por qué no te metés en tus cosas y me dejás tranquilo?

- ¡Sos vos el que te viniste a esconder en mi casa!

- ¿Tu casa? ¡Mi casa! - le gritó Pedro. Aquí no hay nada tuyo. Ni siquiera el rancho. Todo es de la abuela y mío. ¿Por qué no te bañás y te sacás la mugre, ignorante?

- ¡Eso es más fácil que limpiarse la mierda del mate!

- ¡Te vamos a echar a la calle por inmundo! - lo amenazó Pedro mientras tomaba otro vaso de caña.

- ¡Echar a la calle, echar a la calle...! Estás tranquilo en la falda de tu abuela y no te importa joder a la gente. ¡Jue perra! ¿Pensaste un poco en la hembra? - le contestó Fabián vaciando la botella.

- ¡Otra vez hinchándome las pelotas! ¡No te lo debí contar! ¿Se puede saber por qué te preocupa tanto la chica?

- ¡Porque lo mismo me pasó con tu madre! Si no fuera por el hombre de la botica que se casó con ella, hoy vos serías un infeliz perdido en el campo, como yo - le contestó Fabián arrastrando las palabras.

- ¡Estás loco! ¡Ni siquiera conocés a mamá!

- ¡Tu madre era más puta que la mía! - gritó Fabián y le dio una trompada en la cara.

- ¡Salí de ahí, animal! - bramó Pedro, se escapó al patio y agarró el cuchillo puntudo, dispuesto a defenderse pero el uruguayo lo golpeó hasta que soltó el arma.

- ¡ Bueno, basta! - gritó el porteño.

- ¡Flor de trastada le hiciste a esa mina! - insistió Fabián.

Volvió al rancho y, muerto de sueño, cayó como un plomo en el catre.

- Te hubiera podido cagar a palos pero ¿pa qué? ¡Debería pagarte por bueno! - balbuceó mientras empezaba a roncar.

Pedro quedó tirado en el suelo. Estaba seguro de tener un ojo en compota porque no lo podía abrir. Se chupó los mocos y notó gusto a sangre en la garganta. A duras penas se puso de pie, se vistió, avivó el fuego del brasero, cerró con fuerza la puerta del rancho y la trabó por fuera con un palo. Después caminó resuelto hacia el *Ford*.

Amanecía cuando llegó a Montevideo. Tomó una ducha, se metió en cama y durmió profundamente hasta bien entrado el día.

- ¿Cómo te fue con Fabián? - preguntó la abuela mientras cebaba un mate con azúcar y le miraba la cara llena de moretones.

- Mal. Nos peleamos.

- Así parece. ¡En una época se llevaban bien!

- Esta vez es distinto.

-¿Por qué?

- Porque me contó pavadas.

La vieja lo miró fijo:

- Fabián es un mentiroso - lloriqueó.

- La mentirosa sos vos.

- Sí.

Pedro volvió a la chacra. No se veía un alma. Abrió la tranquera, se acercó al rancho, intentó entrar pero no pudo abrir la puerta. Estaba trabada.

- Si querés romperla, aquí está el palo que pusiste anoche - le dijo Fabián apoyado en el parral.

- ¿Estás bien? - le preguntó Pedro.

- Ajá... Hablamos de muchas cosas ¿no?

- Sí. De tantas que ya ni me acuerdo.

La mira en Andrómeda

Le agregue un leño al hogar, avivé la llama y me detuve a mirar el diploma de papá colgado en la pared.

- Gracias. Tenía frío - me dijo el visitante. -Siga hablándome de su padre.

- Cuando era chico, me aburría escucharlo contar sus desventuras como médico de campo. Lo consultaban por dolencias graves o banales, problemas de familia, decisiones financieras o, simplemente, para *sacar las castañas del fuego*. Ejercía una medicina *a tout faire*, como la llamaba, apta para todo servicio. No amasó una fortuna pero logró retirarse a los sesenta y cinco. Vivió de renta y se dedicó a leer y a **viajar por el mundo**. Con la misma pasión que puso en su tarea, ejerció también la jubilación.

La cortina

... viajar por el mundo.

Se alojaron en el *Wienerwald*, un pequeño hotel de la ciudad vieja y, en diez días, recorrieron la residencia imperial, el palacio de verano, la avenida que ocupa el lugar de la antigua muralla, la catedral gótica, el parque público en una isla del Danubio. Asistieron a dos conciertos de la *Filarmónica* dirigida por von Karajan, visitaron la casa de Freud y concurrieron a los principales museos y exposiciones. Fue precisamente en la *Galería Albertina* donde tropezaron con George Smith, un becario de la *Universidad de Wyoming*, que estudiaba pintura en la *Academia de Bellas Artes*.

- Hablo español - les dijo. - Padres mexicanos cambiando apellido Herrero por Smith, más americano.

Le contaron que planeaban viajar al este de Europa:

- Teniendo cuidado. Son países diferentes de los occidentales - comentó. - En los últimos años fomentan el turismo porque necesitando dólares para importaciones.

Al final, pidió que le llevaran una carta a un amigo escritor, en Budapest. Le preguntaron por qué no la mandaba por correo.

- ¡No way! Correspondencia censurada o no llegando.

- Todavía no tenemos planes concretos pero si usted se arriesga...

- Muchas gracias. Les agradecerá conocerlo.

*

Federico Pinsker estaba loco por explorar el país de sus padres y *la ciudad de los sueños* como la llamó Johann Strauss, junto a los famosos bosques y al Danubio Azul. Se pasaba horas tarareando los vales que tocaba en el piano desde chico: *tarám, tarám, tarám, tamtám*, y coleccionaba grabaciones de los más famosos. Olinda, su mujer, concurrió un día a la oficina del agregado cultural de la embajada en Buenos Aires donde la convencieron de que Viena había recuperado su antiguo encanto y merecía visitarse.

Proyectaron asistir a los *Juegos Olímpicos de Munich* después de pasar por Austria en el verano europeo de 1972 pero, finalmente, optaron por recorrer algunos países tras la *Cortina de Hierro*. Los mejores amigos de la pareja, Helga y Franco Rosenwasser, aceptaron acompañarlos. Tomaron un vuelo de *Swissair* en Buenos Aires, cambiaron de avión en Zurich y aterrizaron en el aeropuerto internacional casi veinticuatro horas después de haber iniciado el viaje.

George almorzó con ellos en el hotel, les dio un sobre cerrado, y los ayudó a conseguir un Fiat de cuatro puertas por muy pocos *schillings*, con la condición de que lo entregaran a un representante de *Swissair* en Sofía. Comenzaron a dudar de la gentileza de George. Helga sospechó que se estaba valiendo de ese encuentro ocasional para contrabandear el auto. Los demás no estuvieron de acuerdo:

- Parece un buen trato - afirmó Franco. - El alquiler cuesta la mitad de lo que pide *Hertz*.

- Por algo será - insistió la mujer. - ¡Vos seguís confiando en tu *viveza criolla*! No es la primera vez que nos metemos en líos por tu culpa.

Le dijeron adiós al Danubio de color pardo y no azul, como lo vio Strauss después de una noche de juerga, y no tuvieron dificultades al cruzar la frontera de Checoslovaquia cerca de Bratislava. Los papeles estaban en regla y el automóvil alquilado no pareció preocupar a los guardias de aduana.

En el hotel *Marx* de Praga, el ascensorista propuso comprarles dólares a mejor precio que el banco oficial y acompañarlos a visitar la capital de Bohemia. Recorrieron ambas márgenes del río Moldava y pasearon por la *ciudad de las cien torres* sorprendidos por la cantidad de edificios con carteles que anunciaban *reparatzia*, apuntando a un futuro mejor.

El guía se llamaba Abdul Mohamed. Había nacido en Jaffo y huyó a Europa durante la guerra de 1948, cuando se declaró la independencia de Israel. No se sintieron cómodos con la noticia. Tenían amigos árabes, si bien jamás habían visto de cerca un palestino. Le dijeron que eran judíos. Contestó que eso no lo molestaba, aunque odiaba a los *sionistas* que le robaron su casa. La situación se puso tensa pero Abdul, que era mecánico de automóviles, ofreció arreglar por sólo diez dólares el caño de escape y el carburador del *Fiat*, como muestra de buena voluntad. Franco propuso confiarle la máquina mientras tomaban una excursión de *Inturist* para visitar Karlovy Vary y las fábricas de cerveza de Pilsen.

Al día siguiente dejaron Checoslovaquia por la frontera sur y, en un par de horas, llegaron a Budapest. En la recepción del hotel *Duna* conocieron a Louise, una guía

de turismo, con quien salieron a recorrer la ciudad. Pasaron horas caminando por las calles llenas de transeúntes y compraron regalos en los negocios para extranjeros donde sólo aceptaban dólares al cambio oficial.

Trataban de no importunar a Louise con observaciones fastidiosas pero, a veces, ella misma insinuaba detalles que hacían poner en duda su fidelidad al régimen. Tenía unos cuarenta y cinco años, vivía con la madre y pagaba alquiler por la casa que había sido de su propiedad antes de la guerra. Estudió francés en La Sorbonne y castellano en La Habana, cumpliendo un programa de intercambio cultural.

La intérprete los condujo al museo del que era curador Béla Loránd, el amigo de George. Llegaron sin anunciarse al palacete donde vivía rodeado de obras de arte de incalculable valor. Echaron un vistazo y Franco sugirió que no desaprovecharan la oportunidad de conocer al escritor en su *dacha* junto al lago Balaton, donde pasaba unas vacaciones. Helga no estuvo de acuerdo. La cansaba tanto traqueteo y prefería continuar en Budapest pero la guía le aconsejó que no se aventurara a salir sola sin conocer el idioma.

En un par de horas llegaron a Zala, una villa de veraneo que, según Louise, estaba destinada a la *intelligentsia* húngara adicta al gobierno. Ella los ayudó a ubicar el chalé. Béla Loránd en persona salió a recibirlos. Le entregaron la carta, la leyó y los invitó a tomar el té en el jardín con una decena de comensales.

La atención se centró en el dueño de casa, un hombre maduro, de modales distinguidos. Louise se esforzaba en mantenerlos comunicados saltando del francés,

al castellano y al húngaro pero, de pronto, Béla comenzó a utilizar un dialecto germano (¿no sería idish?), lo cual llamó la atención de los visitantes.

En pocos minutos, todos se comunicaban en ese extraño *alemán* que Louise no comprendía. El vocabulario de los argentinos era apenas elemental comparado con el brillo del que Loránd usaba desde su niñez. Contó que su verdadero nombre era Samuel Wienersaltz y era hijo de un rabino. Participó en las luchas del proletariado en Hungría y en otros países, en cuyas cárceles conoció a la dirigencia comunista. Había estudiado en Moscú, era un miembro destacado del *Partido* y se desempeñó como ministro de cultura en el gabinete de Imre Nagy. Cayó en desgracia después de la invasión soviética de 1956 pero salvó la vida gracias a la intervención de Mao Tse Tung. Alejado de la política, se dedicaba ahora a escribir y a viajar por el mundo. El anfitrión les ofreció conocer el interior de la *dacha*. Se sentaron alrededor de una mesa con vino, vodka, jugos de fruta, *Pepsi Cola* y sándwiches. Olinda opinó que la bebida cola tenía un nítido sabor capitalista, a lo que Loránd respondió que sabía apreciar las cosas buenas que venían de todas partes. Después de unas cuantas copas de vino, Federico comenzó a cantar un vals de Strauss: *tarám, tarám, tarám, tamtám*, y Béla y los demás lo acompañaron. Luego Helga le pidió al escritor que bailara con ella y se generalizó la danza con las melodías en tres por cuatro que entonaron a coro.

Se despidieron al caer la noche, no sin antes anotar la dirección y el teléfono de la *dacha*. Más tarde, Louise los condujo a un restaurante típico de Budapest donde les sirvieron *gulash* y cerveza. Mientras comían, la mujer se excusó para hablar por

teléfono con la madre. Como tardaba en regresar, Franco deslizó un comentario ocurrente:

- ¿No será una *tira*?

Todos se rieron al verla regresar con una bolsa de duraznos que le regalaron en el establecimiento. Ya eran las dos de la mañana y le ofrecieron llevarla a casa. Faltaban pocas cuadras cuando un *tout droit* de Louise los hizo doblar a la derecha en un sitio donde estaba prohibido. Ella quiso decir *derecho*, pero ya era tarde. Dos policías exigieron los documentos de Federico sentado al volante, mientras Franco procuraba *tirarles unos mangos*, a la usanza argentina, para que los dejaran ir. Por suerte no entendieron su *alemán*, y Louise pronunció unas frases en húngaro, que los apaciguaron.

Salieron del *Duna* a las ocho de la mañana y, en un par de horas, llegaron a un puesto fronterizo cerca de la ciudad sureña de Szeged. Un guardia les ordenó estacionar a un costado, observó la marca y la chapa del automóvil e indicó que lo esperaran. Bromearon sobre las intenciones del hombre y le recomendaron a Franco que no intentara sobornarlo. Pocos minutos después regresó con media docena de uniformados. Los palparon de armas, confiscaron todo lo que llevaban encima y los encerraron en una habitación, casi a oscuras.

No alcanzaban a salir de su asombro cuando reconocieron a George Smith, esposado y encadenado a unos barrotes.

- *¡Please, call the American Embassy in Sophia!* - les pidió angustiado.

Debía llegar cuanto antes a Bulgaria pero, escondido en el tapizado de su automóvil, hallaron un documento del que dependía la vida de mucha gente.

La historia de George les recordó el argumento de una película de espionaje. Pálido y barbudo, el americano distaba mucho de tener el aire de *James Bond* y parecía, más bien, un vulgar contrabandista de armas o cocaína. Federico comenzó a tararear inquieto un valsecito vienés: *tarám tarám tarám tamtám* y George lo interrumpió enojado:

- No es tiempo para cantar.

- Perdón, pero me calma los nervios.

- Una idea. *Please* telefoneando a Béla Loránd después de frontera. El contándome visita y comprendiendo mensaje con vals.

- Vos estás loco - le dijo Olinda - y nos querés meter en un lío.

Un policía se llevó a empellones al americano. Helga opinó que debían llamar al embajador argentino en Budapest. ¿Cómo no se les ocurrió antes? Golpearon la puerta, acudió un guardia y le hicieron señas de que querían hablar por teléfono pero, cruzando los dedos, él les dio a entender que estaban incomunicados.

Después de un rato, un tipo les hizo preguntas en un pésimo inglés. Insistieron en que eran turistas y que no tenían nada que ocultar. Federico señaló que Olinda era su esposa y, como el hombre no lo entendía, utilizó la palabra *couple*, pareja. Seguía sin comprender y, en un diccionario inglés-húngaro, buscó el equivalente de las palabras *cupla* y *aparejo*. No pudieron aguantar la risa y él se puso furioso.

Era evidente que no avanzarían demasiado con el interrogatorio. Los llevaron a la playa de estacionamiento y revisaron detenidamente el automóvil, en busca de pruebas. Regresaron a la oficina y les mostraron un retrato de Freud, *souvenir* de Viena; un vocabulario de Helga que estudiaba inglés: *table*=mesa, *chair*=silla, *girl*=niña, que parecía una clave; y una carta de Félix Pinsker, uno de los hijos, en la que había recortado palabras, como solía hacer en tren de bromas. No aceptaron las explicaciones y les advirtieron que enfrentaban *eine grosse probleme*.

Pasaron varias horas sin comer ni beber. Una sola vez les permitieron ir al baño, bajo estricta vigilancia. ¿Hasta dónde llegaría esa mezcla de violencia, torpeza e *ingenua* incomunicación? Helga acusó al marido de sentirse el tipo más *piola* del universo. ¿A quién otro se le ocurriría alquilar un auto destartado sólo para ahorrarse unos pesos? ¿Quién más intentaría sobornar a los policías de Budapest? ¿Quién sino él insistiría en conocer a ese escritor judío renegado? Franco le contestó que estaba harto de vivir con una mujer que no lo comprendía, que siempre contrariaba sus opiniones y no dudaba en descalificarlo frente a los amigos. Olinda alegó que no era el único culpable. Federico la tenía cansada con sus actitudes de adolescente romántico. Era un bobo. Creía que todo podía arreglarse con sus valsecitos de otra época. Jamás debían haber emprendido esa aventura y, mucho menos, cargar con la carta de un desconocido a través de la *Cortina de Hierro*. El mundo estaba en conflicto. La gente vivía acosada y ellos se daban el lujo de meter la nariz donde no les incumbía simplemente porque habían ahorrado unos dólares en la Argentina. Federico arguyó que no era el momento de contrastar su espiritualidad con el *sentido*

común de Olinda. Esta crisis lo forzaba a replantear la relación entre ambos, mantenida por pura indolencia.

- Decime cómo se te ocurrió organizar este viaje, pedazo de boludo - lo increpó Franco. - ¡Mirá el lío en que nos has metido! ¡Estos tipos nos van a liquidar!

- ¡De qué me acusás, si vos también quisiste recorrer la *Cortina de Hierro*! - le gritó Federico. - ¡Siempre tuviste una curiosidad enfermiza por espiar a la gente!

Lo tomó por el cuello y las mujeres tuvieron que separarlos.

Eran las seis de la tarde cuando llegaron dos funcionarios de saco, corbata y sombrero. Se encerraron en una oficina y, después de media hora les indicaron que estaban libres y podían irse. Franco les exigió explicaciones y quien parecía ser el jefe le respondió con una frase en alemán de la que sólo comprendieron la palabra *polizei*.

Regresaron al automóvil con los papeles que pudieron recoger, desparramados por el lugar. Ya estaba oscuro cuando el guardia levantó las barreras y ellos contestaron el *wiedersehen* con una puteada.

Llegaron a las afueras de Belgrado a medianoche y entraron a una estación de servicio de *Shell* para cargar nafta. Se acercó un muchacho que hablaba inglés.

- Necesitamos un teléfono - le dijeron.

- *No problem* - les contestó.

- Es una llamada de larga distancia.

- Este es un país libre, gracias al general Tito. Use la cabina y pídale la comunicación a la operadora. Después voy a preguntar cuánto gastaron.

Federico solicitó el número de Loránd, reconoció su voz y le transmitió el mensaje:

- *Tarám tarám tarám tamtám.*

- *¿Was sagen sie?*

- *Tarám tarám tarám tamtám.*

- ¡Ah! No, no. Número equivocado - respondió en inglés y cortó.

Franco sonrió. Estaba seguro de que Béla los había comprendido. Bebieron un par de gaseosas, pagaron en dólares y prosiguieron el viaje.

Se alternaron en el manejo durante la noche, cruzaron de madrugada la frontera con Bulgaria y llegaron a Sofía cansados y muertos de hambre. Comieron unos sándwiches y se quedaron dormidos en las dos piezas del hotel *Varna* que habían reservado para el día anterior. Se despertaron bien entrada la tarde.

Estaban curados de espanto. No querían hacer preguntas y recurrieron a una guía telefónica. Con mucho esfuerzo consiguieron leer las palabras *Embajada Americana* en el alfabeto cirílico.

Dejaron el auto en el hotel y ya caía la noche cuando encontraron el lugar. Pasaron por la cocina de lo que resultó ser la residencia del diplomático. Los palparon de armas y revisaron los pasaportes. Contaron el motivo de la visita mencionando a George Smith aunque temieron haberse equivocado otra vez.

De pronto apareció en la puerta un señor pálido en mangas de camisa. Era el embajador en persona:

- Lo siento pero voy a darles una mala noticia - les dijo. - Esta mañana liquidaron a dos atletas israelíes en Munich. Los delincuentes se llevaron a otros nueve que

asesinaron en el aeropuerto cuando intentaban rescatarlos. También murieron cinco de ellos y un policía alemán. Creo que uno de los criminales vivía en Praga. Se llamaba Abdul Mohamed. El *Mossad* y *Al Fatah* acordaron aquí anoche el canje de los rehenes por un comandante de la guerrilla palestina. Todo andaba bien pero George Smith no llegó a tiempo con el OK de la CIA. Eso desencadenó la tragedia.

- ¿Cómo está George? - preguntaron.

- Hallaron su cuerpo acribillado a balazos en los alrededores de Szeged.

- Tratamos de avisarle a Béla Loránd... - murmuró Franco.

- Ya no tiene importancia. Lo encontraron muerto en su *dacha*. Los diarios de Budapest dicen que sufrió un ataque al corazón...

El diplomático les proporcionó un automóvil para regresar al *Varna*. Se detuvieron media cuadra antes de llegar porque una multitud les impedía seguir avanzando. Se veían trozos de madera, ladrillos y vidrios rotos por todas partes. El chofer preguntó qué ocurría:

-Explotó una bomba en un automóvil dentro del hotel - contestó un curioso. - Era un *Fiat* de cuatro puertas con chapa de Austria.

La mira en Andrómeda

- ¿Nunca hablaban de la muerte? - me interrumpió Varela

- Se sentía muy bien, sospechosamente bien. *Mis últimos años son apacibles* - dijo una vez. - *A pesar de la edad, no estoy deteriorado y nada apunta a mi fin. No lo preveo ni tomo precauciones. Huelo que el destino me acecha porque no me da señales. ¡Estoy anclado en el océano, no hay signos de tormenta y voy a naufragar cuando llegue el temporal!*

- *¡Vamos, papá! ¡Asustarte porque no te pasa nada! ¡Tenés miedo de morir de golpe! ¡Sos un mañoso!* - le contesté.

- ¡No creo que sea tan disparatado temer a la muerte! - me interrumpió Varela.

- Recuerdo la época en que tropezó con el *Big Bang* - continué contándole. - En seguida se entusiasmó con esa teoría que, según él, desmantelaba las creencias míticas. El mundo se había creado hacía 15.000 millones de años a raíz de una tremenda explosión atómica.

- *Imaginemos que el estallido ocurrió el primer día de Enero y hoy es 31 de diciembre* - me explicó. - *De noche aparece el ser humano.*

El escritorio

... 31 de diciembre... De noche aparece el ser humano.

A pesar de sus setenta años bien cumplidos, Lucas Orgambide seguía siendo un gran deportista. Jugaba al tenis dos veces por semana, pasaba un par de horas todos los días en el gimnasio, tomaba una ducha caliente y caminaba a buen paso las treinta cuadras que lo separaban de su consultorio en el Barrio Norte. Ahí transcurría el resto de la jornada atendiendo a cuanto paciente se le presentaba, con una memoria descomunal para recordar los detalles de las consultas porque nunca tomaba notas ni conservaba registro alguno de sus indicaciones.

El audífono disimulado detrás de una oreja le permitía conversar sin que nadie sospechara que oía gracias al aparato. Muy a regañadientes, lo compró luego de someterse a las quejas de la familia por el volumen insufrible con que escuchaba la radio y la televisión.

Volvió a hacer concesiones al comprobar que veía menos después de corregir varias veces los anteojos. Los oculistas querían operarle las cataratas. Ante la perspectiva de una ceguera a corto plazo, se convenció de que esas cosas también le podían suceder a él, aceptó el consejo y, en poco tiempo, su vida retomó el ritmo de siempre. Volvió a manejar el automóvil como en la juventud, jactándose de que jamás había sufrido un accidente ni arriesgado la vida de nadie a pesar de su afición a la velocidad.

Pero todo cambió al comenzar los dolores en el pecho. El sufrimiento era insoportable. Alegó que estaba cansado de la rutina diaria y tomó dos semanas de vacaciones en Mar del Plata, con lo cual sólo logró prolongar la tortura.

Pensó en jubilarse pero no quería adoptar una medida de la que no se pudiera arrepentir. Alquiló el consultorio de mañana y atendía de tarde a su clientela.

Entretanto y sin comentarlo, solicitó sus exámenes clínicos pero, cuando los revisó, debió aceptar que su escasa información cardiológica le impedía llegar a un diagnóstico.

Días después, el dolor se hizo angustiante, ya no bastaron las pastillas debajo de la lengua para calmarlo y no pudo disimular más.

- Consultá a un médico - le dijo Elena, la esposa. - No me mirés con esa cara. Sos un ser humano como cualquier otro. ¿O no? Te pasa algo serio y tu aspecto es lamentable.

- No confío en ninguno de mis colegas - se lamentó él. - ¡Practiqué la medicina tantos años...!

- Dejate de pavadas - machacó ella. - Te doy dos días para ir solo o te llevo de una oreja.

- Imposible. Todavía soy más fuerte que vos.

Lucas recurrió a los textos de la época de estudiante pero pronto descubrió que eran obsoletos. Decidió entonces visitar *El Ateneo* y las librerías próximas al *Clínicas*. Perdía el tiempo porque la medicina había cambiado tanto que le resultaba difícil

entenderlos. Las cosas escapaban a su control y estaba obligado a pedir auxilio como cualquier otro hijo de vecino.

Raúl Perea era mucho más que un colega destacado o un simple amigo. Lucas lo apreciaba por su inteligencia, su sensibilidad y su sentido común. Nunca habría confiado en alguien que no respetara profundamente y Raúl tenía todas las cualidades que él valoraba en un médico.

Simpatizaron en su juventud mientras estudiaban. En esa época, pasaban los días en la biblioteca de la Facultad ya que no les alcanzaba el dinero para comprar libros. También participaron juntos en la actividad política que, en 1918, precedió a la reforma universitaria.

Provenían de familias de agricultores y ejercieron la profesión en la campaña antes de mudarse a la ciudad. Perea gozaba de prestigio como cardiólogo pero también gustaba dedicarse a la literatura y a la filosofía.

Ambos eran miembros de la *Cátedra de Antropología de la Universidad de Pacheco*.

Tiempo atrás, Orgambide había preparado un texto que leyó ante sus colegas:

"*Memento mori*, ten presente a la muerte. El género humano cumple su programa biológico como una especie más. Una rata vive tres años, un perro hasta quince, un caballo treinta, un elefante más de cien. En el Cáucaso y Bolivia abundan los ancianos centenarios y no sería extravagante alcanzar los ciento veinte años siempre y cuando superemos las enfermedades vasculares, las genéticas e inmunitarias, el cáncer y las infecciones, moderando los hábitos, ejercitando la templanza,

equilibrando la alimentación y , desde ya, reduciendo las intoxicaciones y los accidentes fatales."

- ¡Qué curioso! - interrumpió Samuel Wainfeld, miembro de la *Sinagoga Reformista de Olivos* - ¡Ciento veinte años es el límite de la vida ambicionado por nuestros mayores!

Orgambide siguió leyendo:

- "Millones de seres desaparecieron antes de arribar al hombre. Comenzada la vida, las enzimas aceleraron los procesos químicos y se crearon nuevos individuos quienes, a su vez, originaron otros más perfeccionados. Experiencia tras experiencia, llegamos así a la más extraordinaria creación de la naturaleza, el cerebro y la mente, en un plazo bastante razonable: sólo unos pocos millones de años. El futuro sigue lleno de logros imprevisibles."

- Esto me huele a materialismo izquierdista - murmuró Roque Denegri, partidario del *Opus Dei*.

Perea lo miró con fastidio y aportó su opinión:

- Según Freud - dijo, - la muerte no figura en los mecanismos inconscientes. Sólo forma parte de la *conciencia*... El ser humano es incapaz de aceptar su fin. Desgraciadamente, la lógica y la filosofía no colaboran demasiado. Para Santayana, morir es triste porque las cosas deben perdurar y acaban antes de tiempo. Pero ese anhelo sentimental tampoco llega al núcleo del conflicto.

- ¡Ah, los médicos siempre acuden a la ciencia y se olvidan de la religión! - reflexionó Sebastián Acuto, integrante de la *Iglesia Metodista* de El Talar. - Sólo las *Sagradas Escrituras* nos dan una explicación coherente del más allá...

Lucas estaba molesto con las interrupciones pero terminó de leer su trabajo:

- “Alguna vez el hombre enseñará a sus hijos a no temer la muerte y a encararla con naturalidad. Les dirá, por ejemplo, vives, luego un día vas a morir. Transita tu camino en plenitud. Ama a tus semejantes, protege y mejora tu entorno. Procura llegar al tiempo máximo programado para tu especie y, al final, intégrate serenamente al mecanismo universal que condicionó tu presencia en el planeta.

Entonces tomó de nuevo la palabra el doctor Perea:

- ¡Qué ingenuidad espeluznante! Para colmo, no es un error superable con argumentaciones. Nadie quiere desaparecer. Tranquilizarnos con respecto a la muerte no nos hará vivir ciento veinte años. El ser humano jamás conseguirá educarse para aceptar la transitoriedad de la vida...

Orgambide se sintió agraviado e intentó rebatirlo. Sin embargo, de seguir en ese tren (¿ese tren?), peligraría su amistad de tantos años. El podría no haber sido atinado pero la reacción estaba ocultando otra cosa. De pronto recordó el incidente de Las Pirquitas...

Cuando Raúl se graduó estaba ansioso por instalar un consultorio y casarse con Gabriela, su novia de la adolescencia. En esa época un amigo de Santa Fe le sugirió visitar la zona para explorar sus posibilidades.

El joven médico pasó un tiempo haciendo entrevistas hasta que finalmente decidió tomar el tren y buscar un sitio al azar. Ciertas cosas sólo se hacen a los veinticinco años y, en ese entonces, su proyecto no le pareció descabellado.

Una mañana subió al vagón de segunda clase del ferrocarril y se sucedieron las poblaciones: San Justo, Ataliva, Humberto, Juárez, Las Pirquitas. Este nombre le recordaba a...su amigo Orgambide. Sí, era aquí donde vivía Lucas quien, según unos parientes comunes, en poco tiempo había logrado comprar una propiedad y un automóvil, y veraneaba en las sierras de Córdoba.

Raúl bajó del tren y, de pronto, se encontró solo en la estación desde donde podía observar una docena de casas de ladrillo sin revocar. No se veía un alma todo a la redonda. Salió del edificio, divisó a un muchacho a caballo y le hizo señas:

- ¿Sabés dónde vive el doctor Orgambide?

- *Ahisito nomáh*, señor - le contestó. - Atravesando la *caie*.

Hizo sonar el llamador de la casa con chapa de médico. Lucas le abrió la puerta sorprendido y lo invitó a pasar:

- ¡Qué gustazo verte después de tanto tiempo!

- Uno se acuerda de los amigos cuando los necesita - respondió Raúl contento de haber dado con él.

Lo convidó con un café, conversaron un rato y finalmente le preguntó intrigado:

- ¿Se puede saber qué andás haciendo por acá?

- Busco un lugar para establecerme.

Orgambide se puso serio.

- ¿Instalarte en este pueblo...?

Raúl asintió.

- ¡Haceme caso! No malgastés tu vida. La gente no tiene dinero ni para comer y te pagan las consultas con gallinas y huevos. ¡Aquí apenas puede sobrevivir un solo médico!

- ¡Pucha qué mala suerte! - respondió Perea. - ¡Me hice tantas ilusiones!

Se quedaron callados sin mirarse.

- ¿Sabés de otro sitio donde haga falta un clínico con ganas de trabajar? - preguntó luego.

- No quiero meter la pata porque me lo vas a echar en cara toda la vida - contestó francamente Lucas.

Le disgustó la indiferencia de su ex-compañero y levantó la valija para volver a la estación.

- ¡No te podés ir hoy! - le advirtió Orgambide. - Tendrás que pasar la noche en casa y tomar el tren de mañana.

Elena preparó bifés con papas fritas y, durante la tertulia, Raúl le expresó su gratitud con galanterías que no le cayeron bien al marido.

- ¡La gran siete che! - le dijo. - ¡Te tratamos como un príncipe y te permitís decir esas gansadas!

Raúl se levantó de la mesa, se acostó a dormir y partió de madrugada sin despedirse.

- ¡Pasó tanta agua bajo los puentes desde aquella disputa! - reflexionó Orgambide -
¡Qué extraño que la recordara hoy!

Al día siguiente fue al consultorio de Perea con la tranquilidad de quien no se preocupa por su vida. Charlaron un rato para aliviar la tensión:

- Creo haber alcanzado los setenta con *buena salud*. Sin embargo, podría estar enfermo sin darme cuenta.

- Vamos a ver - le contestó el colega. - Dejé que te examine.

Luego del *electrocardiograma* el enfermo se levantó de la camilla y se sentó junto al escritorio. Un instante después, mientras se enteraba de que *todo andaba bien*, cayó sobre la alfombra como fulminado por un rayo.

Raúl se abalanzó sobre Orgambide, lo puso de espaldas, le practicó masaje cardíaco y respiración boca a boca más de una hora. De tanto en tanto se detenía, cargaba las jeringas e inyectaba medicamentos. Finalmente se dio por vencido ante el peor desastre de su vida de médico : Lucas había dejado de existir.

Perea buscó el *electro* entre los papeles del escritorio y lo revisó detenidamente:

- Alguna anomalía pero nada más. ¡Todo fue tan repentino!

Había faltado la enfermera y estaba solo en el consultorio.

- ¡Justamente hoy! - pensó indignado. - ¿Ahora qué hago? ¿Qué les digo a los pacientes ahí afuera? ¡Alguno creerá que yo lo maté! ¿Cómo salgo del lío sin afectar mi prestigio?

Muerto, su amigo se había convertido en su peor enemigo. De pronto recordó, él también, la riña de Las Pirquitas. ¡Qué mal se portó Lucas cuando más lo necesitaba!

Alguien llamó a la puerta:

-¿Pasa algo, doctor? Esperamos desde hace una hora. ¿Nos podrá atender? Yo pedí una cita a las cuatro. Son más de las cinco...

- Tenga un poco de paciencia - contestó Raúl componiendo la voz.

Debía dar una explicación. Salió a la sala de espera y pretextó un ataque de jaqueca para interrumpir las consultas. Oyó un comentario:

-¡Qué falta de respeto por el tiempo ajeno! ¿Acaso no da turnos la secretaria? ¡Este país anda cada día peor!

Perea arrastró el cadáver hasta la camilla. Por poco vomita al tocarle los pantalones empapados de orina. Luego llamó por teléfono a Elena. Le avisó que el marido se *había descompuesto* y que debía acudir en seguida.

A duras penas consiguió subir el cuerpo a la mesa de exámenes, lo cubrió con una sábana y fregó la alfombra con un trapo.

- ¿Estaré borrando las huellas de un crimen ? ¿Lo habré asesinado? ¡Hice todo lo posible por salvarle la vida!

Se sintió seguro en el sillón detrás del escritorio, junto a la ventana.

- ¡Qué distinta se ve la muerte desde aquí!

De pronto sonó el timbre y llegaron Elena y los hijos. Lloraron junto al cadáver mientras Raúl procuraba dar explicaciones:

- ¡No pude hacer nada! Murió repentinamente, un infarto quizá.

La mujer lo interrumpió:

- Usted trató de ayudarlo, doctor. Mi marido estaba muy enfermo. Podía ocurrirle en cualquier momento.

La funeraria retiró el cadáver y Perea salió a dar una vuelta por el parque. Caminó una hora para serenarse antes de contárselo a Gabriela. No iba a tolerar ningún reproche, ninguna crítica y, por lo tanto, debía medir las palabras. Tampoco podía exagerar:

- ¡Pobrecito! ¡Qué buen tipo ! ¡Se murió!

Su mujer iba a deducir que algo anduvo mal. Que metió la pata. Que no hizo lo debido en el momento oportuno. Sobre todo, tenía que eludir toda reflexión sobre la fragilidad de la vida y el destino del ser humano porque ella lo descubriría inmediatamente.

- ¿No lo habrás matado ? ¿No? - anticipaba un gesto de incredulidad.

Lamentaba la muerte de Orgambide pero se sintió bien *detrás del escritorio*. Tenía que poner distancia entre la emoción y el deber. No había cometido ningún error aunque ¿de qué otra forma pudo haberse comportado? ¿De qué otra forma?

Se tranquilizó y subió al departamento.

- Llegás tarde. La cena esta fría - le reprochó Gabriela.

- Tuve que salir de un despelote.

Le contó lo sucedido. Lucas no era un hombre cualquiera, un enfermo más. Era su camarada de los años mozos, el colega reflexivo de la madurez, el amigo de las épocas difíciles.

- Son gajes del oficio - contestó ella.

- Hice todo lo que pude.

- ¿Llamaste a los amigos? Uno tendrá que hablar mañana en el entierro.

- Espero que Denegri acepte. ¡Mientras no me carguen con el fardo!

- ¡Ah! Publicá el aviso fúnebre en *La Nación*. Nos hacen un descuento por el *Club de Lectores* ¿no?

La mira en Andrómeda

- En las últimas dos horas avanza la civilización - prosiguió papá - y, en el minuto final, se universaliza la cultura, los vehículos espaciales intentan hallar inteligencia extraterrestre y la humanidad crea fórmulas infalibles para aniquilarse.

Racatracatrá

... fórmulas infalibles para aniquilarse.

Ese domingo, Ofelia Batisti con sus hijos y la abuela Robustiana fueron a visitar la *Feria de la Primavera*. La recorrieron detenidamente, admiraron los arreglos florales y se interesaron por las novedades técnicas. Almorzaron en el centro y, al atardecer, presenciaron los fuegos artificiales y el desfile de carrozas con las reinas de la fiesta. Los cultivadores organizaban la muestra con gran despliegue de talento. Si el clima era propicio y no llovía continuamente como algunos años, se vendían miles de plantas para los jardines de Villa Hermosa y de otras localidades muchos kilómetros a la redonda.

Era, sin duda, el acontecimiento más destacado del pueblo y los festejos promovían la llegada de público de todas partes. Las avenidas se llenaban de vendedores de chucherías, los restaurantes estaban colmados a toda hora y los comercios bullían de gente ansiosa por comprar *souvenirs*.

Eugenio Batisti prefirió quedarse en casa actualizando los archivos de la oficina. Había un sol radiante y estaba de buen humor. Ubicó sus papeles y la máquina de escribir en la mesa de la galería, colocó un almohadón sobre la silla de mimbre y se sentó a trabajar. Pocos minutos después comenzaron a volar los *ultralivianos*.

No era nada nuevo para él porque regresaban, inexorablemente, todos los días. Había conversado con los vecinos, con el doctor Funes, con el intendente Sampetri, con el comisario Brugenti y con el cura párroco, don Severino. Visitó al dueño de la radio *L S Infinito - La Voz del Futuro*, y al propietario de *Cable Hermoso*, la televisión

local. También envió innumerables cartas a los diarios, algunos de los cuales comenzaron a llamarlo *el loco de los aviones* por su devoción al tema. Algunos publicaron notas con dibujos y fotografías. Una de ellas era la caricatura de un señor pelado, con la cabeza atravesada por una máquina. Otra representaba a un paseante dominguero descansando en una hamaca y a un monomotor hostigándolo como un perro rabioso.

Un día, Eugenio y Ofelia visitaron al titular del aeródromo. El señor Félix Muleiro los hizo esperar una hora y, después de escucharlos cinco minutos, les prometió enviar notas a los pilotos recomendándoles no sobrevolar las zonas pobladas.

- Pero yo le pido mucho más que eso - le dijo Batisti. - Usted no debiera operar un aeropuerto en la oreja de los vecinos. ¡Hay tanto campo libre a ambos lados de la ruta! Respeto sus intereses comerciales y deportivos pero no puede beneficiarse a costa de nuestra calidad de vida.

- Me importa un bledo su *calidad de vida* - contestó enojado el señor Muleiro. - Me dirijo a usted, señora, porque odio la actitud de su marido. Este lugar refleja una de mis más caras ambiciones. Trabajé mucho tiempo para instalar el aeródromo y no voy a permitir que nadie me lo quite. Además invertí millones en la obra, los galpones y las pistas y, sobre todo, en las coimas para construirlos sin ajustarme a los reglamentos. En cuanto a usted, señor, váyase y espero no volverlo a ver por aquí.

Los aviones continuaron surcando el espacio libremente y nadie se interesó más por el ruido allá abajo.

Había máquinas de todas formas y tamaños. Algunas tenían alas anchas en la parte posterior del fuselaje, como si volaran al revés. Otras parecían pájaros enormes deslizándose en todas direcciones, *un poco para un costado y otro para el otro lado*, perforando los oídos con su *racatracatrá*.

- Estas motocicletas corren encima de la gente - comentaba la abuela Robustiana Piazza. - No son como las de mis tiempos.

Eugenio interrumpió su trabajo y caminó ansioso entre los árboles, aguardando el regreso de la familia. Intentó serenarse con algunas tareas menores: le dio de comer al perro, sacó la basura de la cocina y regó las azaleas.

Era un hombre mesurado pero el estruendo se hizo insufrible y llamó a la policía. Lo atendió el comisario Brugenti en persona:

- Con todos los problemas que tengo - suspiró, - ¿cómo se atreve a pedir que lo proteja de los aviones? ¡Arréglese como pueda!

Batisti se encerró en la casa, corrió las cortinas para aminorar el ruido y decidió iniciar tratativas directas con el aeródromo pero la operadora se negó a proporcionarle el número que no figuraba en guía.

Me quieren convencer de que yo, la víctima, debo sentirme culpable por tener el oído demasiado fino - recapacitó. - Se equivocan si pretenden que abandone la lucha: estoy dispuesto a morir peleando.

L S Infinito - La Voz del Futuro. Lamentamos informar la desaparición de doña Robustiana Piazza, suegra de don Félix Muleiro, propietario del aeropuerto local. Doña Robustiana sufrió un accidente en el que fallecieron diez personas por la caída de un avión en el área urbana.

El sueño de la familia era vivir en un pueblo suburbano, lejos del alboroto de Lavalle y Esmeralda. En un momento favorable, compraron un basural habitado por liebres, ratas y comadrejas. Trabajaron quince años en reparar un caserón viejo, limpiar el terreno y convertirlo en un jardín.

Un día decidieron mudarse y vendieron el departamento de Buenos Aires. Eugenio viajaba en ómnibus más de una hora para llegar al empleo. Los chicos iban caminando a la escuela del otro lado de la ruta. Ofelia, además de trabajar en la casa, se ocupaba del parque y de hacer las compras, en tanto que la abuela se encargaba de cocinar.

Los cortes de luz se reiteraban cotidianamente. A veces faltaba el gas en las garrafas. Las calles se llenaban de barro después de las tormentas. Pero sólo eran males menores comparados con el placer de gozar de la naturaleza y el silencio. Esos años disfrutaron intensamente la paz de su paraíso hogareño levantado con el esfuerzo de todos.

L S Infinito - La Voz del Futuro. Pronto saldrá de Villa Devoto un vecino de este pueblo. Hace 10 años fue sometido a juicio por asesinato premeditado, uso ilegal de armas de guerra y atentado a la autoridad. La defensa consiguió probar un estado de locura transitoria.

Durante la *represión* comenzaron a aterrizar aviones livianos en una pista a pocos metros de la casa. Los vecinos pensaron en un *operativo* contra la guerrilla, se taparon los oídos y miraron para otro lado. Más tarde la policía encontró drogas en una máquina.

Poco a poco se incrementaron los vuelos. Los aparatos rugían en el aire desde temprano. Al mediodía los pilotos iban a almorzar y a dormir la siesta pero luego regresaban una y otra vez hasta la noche. Eran un serrucho que pasaba por el cerebro y destrozaba los tímpanos.

Eugenio Batisti decidió vender la propiedad.

- No estoy dispuesto a dejarme arruinar la vida - le dijo a Ofelia.

- ¡Gastamos tanta plata en nuestro rancho! - protestó su mujer. - No me resigno a tirarlo y que otros lo disfruten. Yo casi no escucho el ruido en la cocina. A los chicos tampoco los afecta. Vos estás nervioso. Andá a ver al médico y que te recete *Lexotamil*. ¡No seas tan intolerante!

L S Infinito - La Voz del Futuro. Un vecino de este pueblo vende su propiedad para afrontar las costas de un juicio y pagar los honorarios profesionales. ¡Atención los pichincheros!

Hizo un esfuerzo para no contrariarla. De lunes a viernes casi no oía las avionetas porque regresaba tarde del empleo pero los fines de semana se convertían en un infierno. Tomaba vino en las comidas, y caña antes y después. No leía el diario ni se

ocupaba de la huerta como en otros tiempos. Dormía borracho en las horas de sol y caminaba de noche disfrutando el silencio.

- ¡Nunca se puede saber! - pensaba. - ¡Mejor aprovechar ahora! ¡Con el adelanto de la tecnología, estos bichos aprenderán a volar en la oscuridad!

Se sentaba en la galería envuelto en una manta y miraba la luna rozando la copa de los árboles. Contemplaba las estrellas. Escrutaba la Cruz del Sur y la Vía Láctea. Escuchaba el canto de los grillos, el alerta de los teros y el croar de las ranas en el estanque. Se extasiaba al amanecer con el cielo rojizo, y se acostaba extenuado cuando no podía mantenerse en pie.

Ofelia comenzó a regañarlo:

- Durante la semana estás ocupado y volvés tarde. El sábado y el domingo te emborrachás y no te veo la cara. Hacés ruido toda la noche y no dejás descansar a la gente. No voy a aguantar mucho tiempo tus locuras.

L S Infinito - La Voz del Futuro. Noticias sociales. Nos es grato anunciar el matrimonio de la señora Ofelia Piazza con el señor Felix Muleiro, dueño del aeropuerto local. La señora Piazza es la madre de los orientistas Lucas y Nicolás Batisti.

El vecino de al lado los invitó a una reunión para considerar el problema. Añoraban la paz. Un antiguo residente echó de menos el paisaje anterior a las máquinas infernales. Los pájaros habían huido y ya no se percibía el murmullo del viento en las hojas. Algunos reclamaron acciones concretas y, unos pocos, venganza. Otro sugirió utilizar un altoparlante para ahuyentarlos con insultos o súplicas. Según el cura

párroco, el estruendo ofendía los oídos de Dios. Eugenio propuso un control remoto para detener los motores un segundo nomás, pero era peligroso y deberían inventar un dispositivo especial. El doctor Funes se refirió a la ecología, a los cambios ambientales, a la polución sonora y al riesgo de sordera. Destacó que el ruido hace subir la presión arterial y provoca trastornos digestivos, neurosis, vértigos, zumbidos y otras enfermedades.

Sampetri puso en juego su sagacidad política:

- Mis amigos, esto sucede en todas partes. El bochinche es una expresión de la violencia en las calles, en los hogares, en el trabajo, en los sitios de diversión. Va a ser muy difícil erradicarlo sin educar antes a la gente. Les prometo ocuparme de la cuestión después de las elecciones.

Un sector concurrió al Congreso a entrevistarse con el diputado Arcangelo:

- Tienen razón - les dijo el legislador. - Yo mismo vivo en una avenida. Me atormentan los vehículos que frenan y aceleran en la luz roja, las sirenas de los bomberos, las ambulancias y la propaganda de los altoparlantes. Terminemos con todo eso recurriendo a la buena voluntad de los empresarios de la zona para difundir nuestros objetivos. Con mucho gusto me encargaré de instalar una oficina que centralice los aportes.

Las cosas no cambiaron al asumir las nuevas autoridades. Sampetri perdió su cargo y Arcangelo fue sometido a juicio político por fraude y enriquecimiento ilícito.

L S Infinito - La Voz del Futuro. Viajan a la India los orientalistas Lucas y Nicolás Batisti. Éxito y pronto retorno.

Un día, el señor Muleiro invitó a almorzar al doctor Ubaldi, el nuevo gobernador, y al licenciado Vivanco, ministro de gobierno de La Plata. También concurrió el ex-diputado Arcangelo, numerosas autoridades partidarias y funcionarios de aeronáutica, turismo, ecología, salud pública y bienestar social. Los comensales se retiraron convencidos de que el ruido provenía de aviones llegados de otros sitios. Los pilotos locales y el propietario de las pistas eran inocentes. Nadie habló de trasladarlas a un lugar donde no molestaran ni representaran un peligro. Los prohombres reclamaron que los vecinos anotaran desde abajo el número escrito en las alas, y aconsejaron aplicar multas y retirar el breveté de aviador a los infractores.

Noticiero de TV - Cable Hermoso. El intendente Félix Muleiro, propietario de esta emisora, garantiza el funcionamiento del aeródromo cuestionado por los enemigos del progreso. La cercanía de centros poblados no incrementa significativamente el número total de siniestros en la zona.

Eugenio se asfixiaba en la casa. Sacó de la heladera una botella de cerveza y la bebió mientras fraguaba sus planes:

- El ruido me taladra la cabeza y no me deja pensar. ¿Tiene sentido esperar que un aparato caiga sobre la propiedad y la desmorone? Debo defenderme y proteger a mi familia.

Afuera continuaba el implacable *racatracatrá*. Batisti había hecho el servicio militar, era un buen cazador y frecuentaba los polígonos de tiro. Fuera de sí, subió al desván

y buscó la vieja ametralladora Colt, una pieza de museo bien mantenida que adquirió por pocos pesos a un traficante.

Acarició el arma, le colocó la banda de proyectiles y esbozó una sonrisa. Luego la llevó al parque y la ocultó en un matorral de jazmines amarillos. Regresó a buscar el trípode, lo instaló y organizó su bastión escondido entre las ramas desde donde podía vigilar sin ser visto.

Escuchó como una música celestial el *racatracatrá* de los aviones que se acercaban, se aferró a la ametralladora y apretó la cola del disparador. Por fin sabrían quién era él.

Envuelto en el himno majestuoso de las ráfagas de disparos, vio las volutas de humo de las máquinas y se extasió ante el espectáculo de luz y sonido de la que estalló encendiendo el cielo de fuegos artificiales. Otra se precipitó en picada como en las películas de televisión. Una más planeó alocadamente hasta caer quién sabe dónde. Había abatido tres.

-¡Buena puntería! - se rió a carcajadas como no le ocurría desde hacía tiempo.

Se sintió libre y satisfecho de haberse vengado de sus torturadores.

En medio de la fiesta de *ultralivianos* inutilizados, escuchó cada vez más nítida la sirena de la policía y la voz del comisario Brugenti:

- ¡Soltá el arma! ¡Entregate porque sos hombre muerto!

Eugenio Batisti volvió a disparar mientras los uniformados se cubrían de la andanada.

- ¡Largá la ametralladora, hijo de puta! - le ordenó Brugenti parapetado en el aljibe. -

¡No podés hacerte justicia con tus propias manos! ¡Animal!

- ¡Me importa un carajo!

La mira en Andrómeda

-¡Bravo! - protesté. - *Pero me mandaste a estudiar catecismo antes de tomar la comunión.*

- *¡Eso fue hace mucho tiempo!* - se disculpó. - *Hoy pienso que la ética no requiere ninguna base devota porque promueve por sí misma la **compasión, la educación y los vínculos sociales.***

La boda

... la compasión, la educación y los vínculos sociales.

Los acordes de la marcha nupcial anunciaron la llegada de la pareja al atrio de la iglesia. El cortejo se organizó en la entrada de la nave principal y avanzó en dirección al altar. Adelante se ubicaron los padrinos: don Ruperto Quijano, jefe político de la zona y su esposa doña Genoveva de Alvear, prima del presidente. Luego la novia del brazo del padre, el novio conducido por la tía Agapita Segura venida especialmente desde San Antonio de Areco y, cerrando el grupo, dos niñas con vestidos de organdí, arrojando rosas y claveles a su paso.

Don Severino consagró el matrimonio de la hija de Augusto Zaldívar en presencia de lo más granado del pueblo: el intendente Ávido Sampetri; el comisario Rolando Brugenti; don Eufasio Conde, dueño del *Tribuna Popular*; el doctor Crisólogo Funes, director del *Hospital de la Divina Providencia*; la superiora del *Convento de las Esclavas de la Sagrada Vocación*, Sor Atanasia de los Tormentos, y la mayor parte de los comerciantes de la calle San Martín con sus respectivas familias.

La iglesia resplandecía, engalanada con flores blancas, símbolo de la pureza, y plantas multicolores, alegoría de la fertilidad. El altar, iluminado como en las grandes ocasiones, le daba un marco solemne a la imagen de San Geminiano, mártir de los sarracenos. Su figura humilde y austera, en el centro, parecía más piadosa rodeada de ángeles barnizados para la ocasión.

Muchos invitados enviaron regalos del bazar *La Gitana*, frente a la plaza principal: docenas de platos, cacharros, cubiertos de acero inoxidable, vasos, copas, veladores

y jarrones, exhibidos con sus respectivas tarjetas en la gran mesa de comedor de los Zaldívar.

El doctor Quijano, antiguo embajador en la India, y su señora, les obsequiaron un trozo del sayo usado por San Bartolomé cuando lo despellejaron. Habían conseguido esa reliquia valiosísima en la ciudad armenia de Albanópolis, donde el santo fue torturado por los infieles.

El Obispo de Altamira se excusó de asistir debido a un ataque de gota pero envió una imagen de Santa Angiulina, patrona de su diócesis, bendecida por el Papa en una reciente peregrinación a Roma.

Las treinta filas de asientos estaban llenas de fieles acicalados para la ceremonia, sin mencionar a otros cincuenta de pie. Los concurrentes elogiaban a la pareja y hacían votos por su felicidad.

- ¡Qué afortunada esta chica! - dijo en voz baja una parienta cuarentona de pelo rubio enrulado. - ¡Casarse tan joven mientras algunas todavía esperamos a nuestro príncipe azul!

- ¡Suerte es tener un padre rico y honesto como don Augusto! - agregó una prima hermana de la novia.

- ¡Hermoso sermón el del cura! - suspiró Lisandro, dueño del salón de damas y creador del tocado de las señoras de la familia. - ¡Siempre aprendo cosas al escucharlo!

Una amiga envidiosa notó un poco gorda a la contrayente. Con unos kilos menos le habría sentado mejor el atuendo.

- Es la dicha - comentó alguien al lado.

Mariana lucía el vestido de la abuela conservado en naftalina desde que la madre lo utilizó por última vez. Según Sor Atanasia, las monjas del *Convento de las Esclavas* lo habían bordado a mano hacía más de cien años y sirvió de atavío nupcial a varias generaciones de mujeres de la familia. Algunas sólo lo vieron de lejos en homenaje a su castidad.

Alquilaron la indumentaria del novio en la *Casa Martínez* y debían devolverla en condiciones porque los deterioros serían descontados de la seña. Los zapatos de charol crujían a cada paso del cliente de turno que usaba un traje negro ajustado, la camisa de seda apretada al cuello, una corbata gris perla con alfiler de oro, y el chaleco de satén a punto de estallar.

Terminada la ceremonia los recién casados saludaron en el atrio pero ella no dejaba de pensar en los sucesos que en poco tiempo cambiaron su vida de adolescente.

*

Todos los días salía corriendo de la casa para no llegar tarde al *Colegio de las Esclavas*. Debía hacer las diez cuabras sin atrasarse si quería eludir la mirada escalofriante de la hermana Cerbera parada en la puerta:

- ¡Ufa, cuántos apurones! - decía indignada la monja sacudiendo la toga mientras golpeaba el pupitre con las llaves. - ¡Qué les hubiera costado salir unos minutos antes y llegar a tiempo! ¡Estas chiquilinas piensan vivir eternamente!

Mariana estaba aburrida de cursar la escuela y de aprender las lecciones de memoria porque nadie se tomaba el trabajo de explicar los temas con claridad.

Las monjitas eran buenas pero casi no hablaban. Se deslizaban en las aulas y los pasillos como si vivieran en otro mundo. Pálidas y ojerosas, raras veces sonreían ocupadas en concentrar sus pensamientos en la Divina Providencia.

- Para mañana estudien desde acá hasta acá - indicaban las profesoras al terminar la clase, señalando dos puntos en el texto librado de impurezas seculares.

Las chicas no debían dialogar en clase ni les permitían correr o jugar en los recreos. Tampoco podían leer publicaciones licenciosas ni libros no admitidos por la autoridad eclesiástica. Estaba prohibido el *Billiken* debido a las figuras de niños desnudos, aunque sin genitales, para recortar y vestir. ¡Ni mencionar a *Radiolandia* y *Antena* que comentaban la vida escandalosa de los artistas de la farándula!

Mariana acababa de celebrar sus quince años con una fiesta descomunal, de largo, en los salones del *Club Social y Deportivo*. Invitaron a algunos muchachos del pueblo, de buena familia, y la orquesta tocó valeses, tangos y algún fox-trot hasta bien entrada la noche. Los jóvenes bailaron y se divertieron a sus anchas bajo la supervisión de los mayores, claro está.

Don Augusto era dueño de la carnicería más importante de la zona y, por entonces, lo habían elegido presidente del *Club*. Aceptó el cargo satisfecho de haber alcanzado un honor merecido. Era miembro de la agrupación desde hacía veinte años y siempre se destacó por su dedicación a las obras de caridad. Llevaba un registro del aporte de cada uno y, si le parecía poco, criticaba al infractor abiertamente:

- ¡Vamos, don Ceferino. Este año se está quedando corto! Afloje algún billete más porque la cosecha fue buena y Dios lo favorecerá en la próxima!

Las rifas se sorteaban por la *Lotería Nacional* y socorrían con fondos frescos a las instituciones de bien público. Como de costumbre, algunos incrédulos sospechaban que parte de la plata caía en manos *non sanctas* pero la reconocida probidad del organizador acallaba los infundios.

Además de sus tareas piadosas, don Augusto se consagraba a impulsar la modernización del pueblo. Hizo poner carteles en las esquinas con el nombre de las calles para los turistas y peregrinos (los residentes las conocían de memoria). También instaló tres combinaciones de luces en las intersecciones peligrosas con el objeto de evitar los choques y demorar el tránsito. Así todos podían saludarse y preguntar por las respectivas familias, como corresponde entre buenos vecinos.

El nuevo presidente del *Club* se despertaba al alba, recogía el diario en el corredor de entrada, cebaba unos mates en la cama a la mujer y salía apurado a levantar las cortinas del comercio. Solamente él tenía las llaves porque no se fiaba de la puntualidad de los empleados.

- La confianza mata al hombre - repetía a menudo.

Trabajaba toda la mañana y se retiraba a almorzar y hacer la siesta. Luego le daba de comer a los perros, les sacaba alguna pulga o garrapata y volvía al negocio abierto hasta las ocho.

De regreso se detenía media hora en el boliche de Marconi para jugar al truco con los amigos. De paso hablaban de política, se quejaban del costo de la vida y chismorreaban sobre los sucesos del pueblo. Al carnicero le disgustaba la maledicencia pero prefería estar enterado.

La gente lo criticaba porque era duro con sus hijas. Las tenía cortitas y las maltrataba de palabra y también de hecho. Un par de chirlos evitaban inconvenientes en el futuro y afianzaban su autoridad. En ocasiones también la esposa ligaba una palmadita, o una trompada, aunque los amigos preferían no mencionarlo. Ninguno de ellos negaba que eso mismo ocurriera alguna vez en sus hogares.

- Dios no me dio varones - comentaba don Augusto - pero estas chicas me van a salir buenas, se los aseguro, y voy a educar bien a mis nietos para dejarles el negocio cuando me muera.

Se despedía después del segundo *Fernet* con aceitunas verdes, y se iba a la casa donde lo esperaba un bife de chorizo a caballo con papas fritas y ensalada mixta, fruta y café. Un par de vasos de tinto de buena calidad ayudaban a la digestión y hacían pasar mejor la noche.

- No se me descarrilen - solía advertir mientras cenaban. - La vida es dura, ustedes son muchas y yo me mato trabajando. No hagan cosas raras porque la van a pasar mal.

Ninguna de las cinco sabía a ciencia cierta qué quería decir *cosas raras* pero lo sospechaban. Las menores escuchaban los comentarios de las otras y éstas leían las historias de amor deslizadas en el bolso por las amigas mientras charlaban en la plaza o se reunían a tomar el té en la confitería.

Griselda, la mayor, acababa de cumplir veinte años y no conseguía novio porque exigía elegirlo a su gusto. Los días domingo iban a la iglesia. A la salida, algunos muchachos les hacían guiños e intentaban iniciar una conversación. Papá y mamá

se ponían serios y se alejaban rápidamente para subir al *Chrysler* donde apenas cabía toda la familia: los mayores con Griselda en el asiento de adelante. Las otras cuatro atrás.

El único hombre joven en la casa era Francisco Minicucci, el dueño de la verdulería. Había cumplido cuarenta años, era petiso y regordete, tenía panza, olía a cebollas, y se ponía colorado cuando lo aludían en las conversaciones. Nunca se supo cómo llegó a trabar amistad con don Augusto. Se decía que ocupaba el lugar del hijo varón que nunca tuvo. Hacían viajes de negocios a la ciudad durante la semana y, los domingos, el verdulero se quedaba a almorzar después de misa y jugaban al ajedrez hasta la noche mientras doña Jacinta, la patrona, tejía echarpes con sus agujas de metal plateado, sentada en la mecedora de terciopelo carmesí.

Las hijas iban y venían en su cuarto escuchando música y novelas rosa en la radio ovalada. Las mayores suspiraban mientras las más niñas les hacían morisquetas poniendo los ojos en blanco y cruzando las manos sobre el corazón.

Enfrascada en sus pensamientos, Mariana decidió acortar camino cruzando el bosque de eucaliptos, a tres cuerdas de la escuela. Memorizaba la última frase de la lección pero no recordaba todas las palabras en latín:

- *In nomine patris et filii...* ¿Qué vendrá después? - se preguntaba temiendo una mala nota en la libreta.

De pronto vio por el rabillo del ojo a Pedro, el hijo del boticario, y sospechó que intentaría alcanzarla. Tenía veinte años, era alto, buen mozo, y ella le sostenía la

mirada cuando él la provocaba durante la misa. Sintió que se acercaba y echó a correr entre los árboles pero no pudo impedir que se adelantara y le cerrara el paso. Mariana no se resistió y, sin decir palabra, comenzaron a abrazarse mientras se dejaban caer en el yuyal.

Pasó por alto la filípica de la hermana Cerbera y se precipitó al baño para mirarse en el espejo. Estaba un poco despeinada pero tenía el aspecto de siempre. Se arregló el cabello, alisó el vestido y entró al aula.

No se atrevió a hablar con doña Jacinta, al mediodía.

- ¿Te pasa algo *m'hija*? - le preguntó.

- Nada mamá. Estoy bien - le contestó sin mirarla.

Tampoco se arriesgó a confiar en Griselda. Sólo le confesó que estaba enamorada de Pedro.

- Ni se te ocurra ir más allá de un besuqueo porque papá te va a matar - le contestó secamente y cambió de conversación.

El muchacho la esperaba en el bosque. Se ocultaban detrás de un chircal lejos del camino, hacían planes y prometieron amarse eternamente. Un día él le propuso casarse:

- Soy una chiquilina y no sabría cómo atenderte - le contestó. - Todavía no sé lavar, planchar ni hacer la comida.

Al mes notó que no le llegaba el período. Tenía arcadas, se puso nerviosa y bajó unos kilos. Doña Jacinta le recomendó cuidarse y comer bien.

- ¿Te vino la *ministración*, *m'hija*?

- Si mamá, como siempre.

Tres semanas más tarde le contó la verdad porque le habían crecido los pechos y se le redondeaba la panza.

- ¿Qué me hiciste, desgraciada? ¿Cómo se lo cuento a tu padre? ¡Nos va a matar a las dos!

Buscó una sábana vieja en el ropero, la dobló a lo largo y la ciñó al cuerpo de Mariana.

- Así no se te va a notar - le dijo y la mandó a la escuela.

Después corrió a la iglesia y encontró al cura en la sacristía preparando un sermón:

- Vení, contame.

- ¡Me pasa algo horrible, don Severino! - sollozó y le narró lo sucedido.

- ¿Quién es el animal que lo hizo? - le preguntó el párroco - ¡Don Augusto le va a romper el alma en cuanto se entere...!

Caminó agitado ordenando sus ideas:

- ¿No le habrás dado un mejunje? ¿No?

- ¡Cómo haría yo eso, don Severino!

- Mm... Me gustaría arreglar las cosas de alguna manera. Contame quién la embarazó.

- No sé, don Severino, no me lo quiso decir.

- Andate a casa *m'hija* y averigualo. Yo me voy a encargar del resto.

Salió del recinto, se dirigió al altar, se santiguó y elevó una oración a San Geminiano invocando sus buenos oficios.

La mujer sirvió la comida y esperó que Zaldívar regresara a la carnicería después de la siesta. Luego se encerró en el cuarto con Mariana:

- Contame ya mismo quién lo hizo.
- No te lo voy a decir, mamá.
- ¿Cómo que no? - y le hizo sangrar la nariz de una bofetada.

Mariana imploró perdón y no pudo contenerse más:

- Fue Pedro, el muchacho de la farmacia. Pero nos queremos y nos vamos a casar.

El cura se apresuró a poner al tanto a don Miguel, el boticario:

- Estás metido en un lío.
- ¿Qué pasa?
- Tu hijo preñó a la Mariana. Ya está de tres meses.
- ¡El muy cachafáz...! - refunfuñó el padre mientras abría la puerta del comedor donde Pedro almorzaba sin sospechar que se habían enterado de su *travesura*. Pero no tardó en descubrir la verdad cuando el cinturón cayó sobre su espalda sin darle tiempo a defenderse.
- Ahora mismo juntás tus pilchas y te vas a casa de la abuela antes de que el carnicero te ponga las manos encima - le ordenó.

Un monaguillo le avisó a don Augusto que el párroco lo andaba buscando.

- ¡La voy a matar grandísima puta! ¡Me deslomo trabajando y me paga con esta infamia!

- No blasfeme ante el Señor - le dijo don Severino. - Debemos aprender a perdonar.

Zaldívar salió tambaleando de la iglesia, pateó al perro del sacristán que se acercó a hacerle fiestas, tropezó con un mendigo ciego sentado en la vereda y entró a la botica blandiendo el cuchillo que siempre llevaba en la cintura. Abrió la puerta de un empujón y registró todos los rincones sin encontrar al causante de su desgracia.

-¿Dónde está... ? ¿Dónde está...? - le preguntó a don Miguel inmóvil detrás del mostrador.

- Viajó a Montevideo.

El visitante se enfureció:

- ¿Montevideo? ¿Qué tiene que hacer allá ese cretino?

- ¡Calmate Augusto y guardá el cuchillo! - trató de tranquilizarlo el boticario con un vaso de *Licor de las Hermanas*. - Mandate un trago de esto que es bueno para los nervios.

Le ofreció una silla mientras él se apoyaba en un banco:

- ¿Vos realmente querés que Pedro se case con tu hija?

- ¡Claro que sí! - contestó indignado el carnicero.

- ¿Sabés qué clase de tipo es mi hijo? Un tiro al aire, un desgraciado que no sabe qué hacer con su vida.

- A mí no me parece tan malo - observó Zaldívar mientras terminaba de beber el *Licor*. - ¿Te sobra un poco?

- Sí, sí. Tomá todo lo que quieras - dijo don Miguel. - ¿Ves los frascos color violeta en ese estante? Son de permanganato. Están casi vacíos porque él lo usa para

tratarse las purgaciones. Anda con todas las putas de la zona. Gasta el sueldo en los quilombos y se levanta cuanta mina suelta anda en la calle. Nunca tiene un centavo y jamás lo dejo solo en la botica porque me vacía la caja. ¿Seguís queriendo que se case con tu hija?

Augusto lo miró sorprendido.

- ¿Entonces qué puedo hacer? - preguntó después de un rato.

- Francisco Minicucci - le contestó el boticario.

- ¿Qué pasa con Francisco?

- Vos lo conocés mejor que yo. Es un muchacho trabajador, de buenas costumbres, va a misa los domingos, tiene la verdulería, un camioncito, y piensa comprar una quinta cuando herede a la tía millonaria.

- ¿Pero querrá...?

- Francisco no es ningún boludo. Le va a venir bien la hija del tipo más importante del pueblo.

Don Augusto caminó apurado a la verdulería y aguardó hasta que se fue el último cliente:

- Tengo que hablar con vos.

Minicucci lo miró con desconfianza.

- Te vas a casar con Mariana el mes que viene - le anunció Zaldívar. - Está preñada, pero la chica es linda, querendona y sabe trabajar. Un regalo del cielo. Vivís como un perro y *m'hija* te va a atender bien.

- ¡Déjese de embromar patroncito! ¡Por qué yo! ¡Al padre del guacho le corresponde arreglar la cosa!

- Te quiero a vos como yerno. No te vas a arrepentir. Tendrás una familia respetable.

- ¿Entonces ya no vamos a ser amigos?

- ¡Por qué! Nuestra relación seguirá como de costumbre. Con más razón ahora que seremos parientes.

El carnicero volvió a casa y entró al cuarto de Mariana. Ella se acurrucó en la cama pensando que la iba a castigar. Sin embargo, no parecía dispuesto a descargar su bronca. Se sentó junto a la hija, le acarició la cabeza, sacó un pañuelo, le enjugó las lágrimas, la miró pensativo, sonrió y le dijo:

- Te vas a casar con Francisco.

- ¡Pero papá...!

- Obedeceme. Te conviene.

- ¡Me caso con Pedro o me quedo para vestir santos!

Pasó varios días encerrada en la habitación sin comer, llorando a moco tendido. Sólo abría la puerta de noche a las hermanas pero no les dirigía la palabra. Pensó en todas las alternativas. Oponerse a la decisión del padre era someterse a sufrimientos y privaciones. Sería más fácil huir pero ¿adónde? ¿Quién se haría cargo de una mocosa? ¡No iba a renunciar a su gran amor para unirse con un infeliz, un *viejo* de cuarenta con olor a cebolla!

La boda había terminado. Les tiraron arroz al salir de la iglesia y don Augusto manejó orgulloso el *Chrysler* con las luces encendidas que trasladó la pareja a su nuevo hogar.

Mariana entró al baño mientras él se quitaba la ropa de la *Casa Martínez*: el saco, el pantalón, el chaleco a punto de estallar, la corbata, la camisa, los zapatos y las medias.

La mira en Andrómeda

- Según Einstein - continuó diciendo papá, - hay una religiosidad cósmica en la ciencia que no reconoce dogmas, se asombra al descubrir leyes universales, y acepta el azar y la regularidad de los acontecimientos. Sin embargo, a mi entender, la física no superará jamás a Shakespeare. Para conocer el sentido de la vida, el monólogo de Hamlet seguirá siendo más ilustrativo que las fórmulas matemáticas y la teoría del quantum.

Parábola

... el sentido de la vida...

La paz renació en 1983. Aun quienes habían perdido las elecciones expresaban públicamente su alegría, vitoreaban al presidente Alfonsín y aclamaban el comienzo de una nueva era, libre de las angustias del pasado.

- *Con la democracia se come, se construye, se educa, se crece, se gobierna...*

Pero no fue totalmente así. Las heridas eran profundas y tardaron en cicatrizar.

Isaac Bielopolski huyó a Nueva York con un pasaporte de las Naciones Unidas cuando los gorilas asesinaron al hermano. Fanny y los chicos viajaron a Europa al día siguiente y se encontraron en Madrid una semana después.

Se habían salvado pero debían pensar de qué iban a vivir. Alquilieron un departamento cerca de la Puerta del Sol y, a punto de terminarse el dinero, se mudaron a una pensión frente a la estación de Atocha donde pagaban dos mil pesetas diarias y podían cocinar. La mujer cuidaba niños de tarde. Los chicos consiguieron empleo como cadetes en el *Corte Inglés* y daban lecciones de castellano a turistas japoneses.

Isaac no podía ejercer su profesión de abogado en la Península y se dedicó a vender alfajores, puso una oficina de viajes en la calle de Alcalá y dirigió un restaurante cerca de la Plaza Mayor. Después de algunos meses, sus ingresos permitieron que los hijos estudiaran en la Universidad de Madrid. Se graduaron en pocos años, los dos mayores en Psicología y el menor en Administración de Empresas.

Regresaron a la Argentina en 1982 antes de las elecciones. El panorama económico no podía ser más desalentador pero el entusiasmo por colaborar en la reconstrucción del país les dio energías para comenzar de nuevo.

El piso de Isaac estaba en ruinas. Nadie había pagado las expensas durante varios años, y el consorcio deseaba rematar la propiedad. Los Bielopolski figuraban en las listas de desaparecidos pero la faja de clausura no impedía que los ladrones entraran por las ventanas y se llevaran los muebles, las arañas, los enseres de cocina y aun los retratos de familia cuyos marcos tuvieran algún valor.

Los reducidos compraban las mercaderías y las vendían a precios irrisorios ante los ojos de la Policía que no impedía el vandalismo porque lucraba con él.

En el estudio faltaban documentos robados por la *represión*. Entraron varias veces a *investigar denuncias* y se llevaron los archivos, los escritorios, los sillones, las máquinas de escribir, y hasta el papel higiénico y el jabón de los baños.

Muchos amigos habían muerto o vivían lejos del país. Algunos comenzaban a regresar pero persistían las dudas sobre el futuro porque las Fuerzas Armadas escapaban al control del Gobierno. Deseaban una revancha y el Poder Ejecutivo defendía la democracia a costa de concesiones peligrosas, manejando a tuestas un ajedrez que era, más bien, una ruleta rusa.

Isaac tardó meses en organizar su trabajo y restablecer los contactos profesionales. Entre todos borraron los rastros del pillaje, pintaron las paredes y los techos, habilitaron los baños, compraron muebles de segunda mano y cubrieron los pisos con alfombras vinílicas.

El lugar volvía a tener el aspecto de un estudio de abogado. Pronto regresaron los clientes satisfechos de devolver sus pleitos al hombre de confianza. Junto con los casos, claro está, también llegaron algunos honorarios suculentos que les permitieron encarar el futuro con optimismo.

Fanny colaboraba en la oficina y hacía las gestiones en Tribunales antes de contratar empleados. Con el tiempo, montaron un despacho frente a la plaza San Martín amueblado por *Nordiska* y se mudaron a un piso elegante en la Recoleta, frente a la Iglesia del Pilar.

Después de superar el desastre querían darse todos los gustos: viajaron a Brasil, a Estados Unidos, visitaron Las Vegas y Miami, tomaron un crucero al Caribe y, al año siguiente, otro a las islas griegas.

Alguien les ofreció en venta un establecimiento de campo en San Rafael, al sur de Mendoza. Eran cincuenta hectáreas dedicadas al cultivo de peras, duraznos, ciruelas, tomates y vid para la propia bodega.

Fanny quedó atrapada por el proyecto y pronto le transmitió su entusiasmo a Isaac. En pocos días compraron el establecimiento sin inventario previo.

Isaac comenzó a viajar los fines de semana y a ocuparse personalmente de la empresa. La bodega estaba casi en ruinas. Las plantas de envasado eran obsoletas, las reparaban constantemente pero el dinero abundaba y lo invertían de buena gana para aumentar la producción.

Bielopolski se apasionó con la idea de dirigir su industria. Estaba aburrido del accionar judicial, de la cháchara de los clientes, de la agresividad de los colegas, de los trámites y las citaciones. Con su talento organizativo, podría conservar el estudio jurídico delegando el trabajo de rutina en abogados jóvenes interesados en acumular experiencia.

Él sólo deseaba dedicarse a la finca. Cada vez la visitaba con mayor frecuencia y prolongaba más sus estadías. Al principio Fanny participaba en las tareas administrativas pero su entusiasmo declinó con el correr del tiempo porque no estaba dispuesta a sacrificar su vida social en Buenos Aires, sus amigas, las cenas en los restaurantes de moda, las exposiciones, el yoga, los conciertos de la *Wagneriana*, el *Colón*.

Finalmente dejó de ir a San Rafael, e Isaac sólo regresaba ocasionalmente a Buenos Aires. Los tres hijos, Santiago, Jaime y Carlos, lo visitaban a veces pero nunca pasaban más de un par de días en el establecimiento. No les interesaba el campo, iban obligadamente y se aburrían a más no poder. El padre no aguantaba las caras tristes ni las observaciones despectivas:

- ¡Qué bodrio es esto! - se lamentó un día Santiago. - ¿Cómo se puede vivir en tamaña soledad? ¡Si tuviéramos amigos o pudiéramos llamar a alguna piba para divertirnos...!

- ¡Estamos en un desierto - reclamó Jaime. - Yo no pasaría una semana seguida aquí aunque me lo pidieran de rodillas!

Carlos veía las cosas de otra manera. Lo obsesionaba la computación y era partidario de comprar aparatos y programas para remozar la empresa. Pensaba que, con el tiempo, se dedicaría de lleno al emprendimiento de la familia.

Consiguieron un crédito en dólares del *Banco de la Provincia de Mendoza* destinado a financiar las mejoras en la planta industrial. Los negocios avanzaban viento en popa y lograron exportar tomates enlatados a Francia e Inglaterra, con precios competitivos. Los vinos también tuvieron aceptación en el hemisferio norte desde donde llovían los pedidos.

En pocos años, la industria podría haberse convertido en un éxito sensacional pero el 89 los encontró endeudados en dólares hasta la coronilla. Los créditos excedían ampliamente sus posibilidades de hacerles frente. No podían incrementar la producción ni asumir sus compromisos. Los obreros reclamaban aumentos de salario, trabajaban a reglamento y provocaban destrozos en las plantas productoras. Los elementos perecederos se pudrían en las tinajas, las pérdidas eran cuantiosas, los acreedores se pusieron exigentes y el *Banco* no tuvo más consideraciones. A fin de año declararon la quiebra.

Bielopolski presenció desesperado el remate de las instalaciones y las maquinarias. Sólo le dejaron lo absolutamente necesario para vivir: una mesa, la cama, una silla y algunos cacharros de cocina.

Finalmente, la compañía de electricidad le cortó el suministro y alguien le prestó un *sol de noche* para que no anduviera a tientas en la oscuridad.

Isaac no quería hacerse cargo de su despacho frente a la plaza San Martín. Gracias a los empleados, podían mantener la casa en Buenos Aires sin que Fanny tuviera que trabajar. El se encerró en la finca aguardando el momento de reiniciar los cultivos y la explotación industrial. Escaso de recursos, comenzó a sentirse cómodo en su nuevo destierro y a aficionarse al paisaje. Ya no tenía que defender el pellejo como cuando huyó a España. Por obra de la hiperinflación y de la bancarrota, replanteó su vida y se aferró a su amor por la naturaleza. Sin plata pero sin obligaciones sociales. Solitario pero sin la mujer y los hijos presionándolo para obtener más bienes, más riquezas. Más figuración y relevancia social. Era un hombre distinto del que se había instalado en San Rafael buscando fortuna.

Estaba solo y le escribía a Fanny que no vinieran a molestarlo:

- Los chicos se aburren conmigo. No los necesito. Puedo arreglarme sin ellos.

Compraba pan y fruta en el mercado cuando, muy de tarde en tarde, iba a la ciudad, y bebía diariamente un par de litros del vino reserva del 74 salvado de los acreedores. No quería permanecer atado al recuerdo de los *buenos tiempos* y, poco a poco, el alcohol se convirtió en su mejor amigo.

*

Los hijos fueron a visitarlo al final del otoño. El lugar estaba desierto. Golpearon las manos pero no apareció nadie. Dos ovejeros alemanes se acercaron peligrosamente mostrando los colmillos. Santiago y Jaime no se quisieron arriesgar y subieron al auto.

- ¡Vámonos de aquí! - dijo el mayor. - El viejo debe haber muerto o se mudó a otra parte.

Carlos tranquilizó a los perros, empujó el portón de la verja y caminó hasta la casa. Intentaba en vano abrir la puerta principal cuando advirtió un postigón entornado en el dormitorio.

¡No lo podía creer! Isaac estaba tirado en el suelo, desnudo, respirando con dificultad, con la barba crecida y el pelo hasta los hombros. Había botellas de vino, restos de comida, latas vacías, ropa sucia, sábanas y papel de diario desparramados en el piso. Las ratas corrían por la habitación. Una se acurrucaba junto a la cabeza y otra le exploraba el ombligo. Apenas pudo reconocerlo pero no le cabían dudas. ¡Era él!

Forzó la ventana con un barreno que encontró en el parque, entró a la habitación y avanzó a pesar de la mugre y los roedores.

- ¡Viejo de mierda! ¡Hasta dónde llegó tu locura!

No sabía qué hacer. Le daba asco acercarse pero no podía dejarlo morir de esa manera. Los restos deshilachados de los calzoncillos colgaban de uno de los muslos, y los genitales abultaban entre las piernas escuálidas. Le pareció la cosa más grotesca del mundo y, sin poderlo evitar, comenzó a reírse a carcajadas.

- ¡Mirá dónde casi entregás el gollete! - le gritó.

Corrió el cerrojo de la puerta de calle, la abrió y se acercó a la verja. Los hermanos dormitaban en el auto.

- ¡Vamos, vengan! - los apremió.

Entraron a la casa y abrió de par en par la puerta del dormitorio. Santiago y Jaime sintieron que el mundo se les venía abajo y descargaron su furia a golpes sobre Carlos:

- ¡Viejo boludo! ¡La cosa no es conmigo! ¡Es con él! ¡Es con él! - les gritó mientras huía al jardín.

Envolvieron al padre en una colcha apolillada y lo colocaron en el asiento de atrás del automóvil.

- ¡Vámonos ya! *¡La comedia è finita...!* - decidió Jaime.

Llamaron por teléfono a Fanny desde el hospital.

- Papá estaba demasiado solo - dijo al conocer los detalles. - Nosotros tenemos la culpa.

En Buenos Aires consultaron al doctor Funes.

- No es de cuidado - los tranquilizó. - Desnutrición y algunas lastimaduras que no tardarán en cicatrizar. En cuanto al alcohol, ya veremos qué hacer más adelante.

Isaac casi no recordaba lo ocurrido.

- Pudieron haberme dejado morir como un perro pero me salvaron la vida - comentó una vez. - Sin embargo, no puedo perdonar que Carlos se burlara de mí. Soy el padre y él ya no es una criatura.

- ¡Estaba a punto de enloquecer de rabia y de vergüenza! - le contestó la mujer. - ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Salir corriendo? ¿Ocultárselo a los hermanos? ¿Matarte? ¿Suicidarse?

Esa noche se reunieron alrededor de la mesa familiar. Era *Pesaj* y compartieron el *guefilte fish* y los *kneidlaj* que preparó Fanny. Carlos hizo la pregunta clásica de los hijos menores:

- *¿En qué se diferencia esta noche de las otras?*

Luego siguieron las explicaciones de la leyenda ancestral:

- *Fuimos esclavos...*

Santiago estaba impaciente.

- *¿Qué te pasa?* - le preguntó la madre.

- No tengo ganas de escuchar las hazañas de Moisés en Egipto porque pienso en las nuestras. ¡Nos repusimos de la hecatombe de los años Setenta! Fue como un diluvio que destruyó todo lo que considerábamos valioso: la familia, el trabajo, la casa, los amigos, el país.

- Tiene razón - lo interrumpió Jaime - pero miren lo que acaba de sucederle a papá.
¡Estoy harto!

- Siempre me atrajo la figura del viejo Noé - lo interrumpió Isaac. - Dios lo salvó de las aguas porque fue el único que no se olvidó de El.

- ¡El Génesis dice que Jehová se arrepintió de haber creado al hombre! - terció Fanny.

- El arca nos salvó de la inundación pero las cosas cambiaron al bajar las aguas. Ahora sólo nos interesa el dinero - continuó Isaac.

- *¿De qué estás hablando, papá?* - lo interrumpió Carlos. - No se puede vivir sin plata. *¿Quieres volver a la época del trueque?*

Al día siguiente Bielopolski regresó a San Rafael. De nada valieron las protestas de la esposa ni sus amenazas de divorcio. Partió con lo que llevaba puesto y una cartera con el título de propiedad de la finca.

- Los chicos no aceptan que no se consiste en lo que se tiene - le escribió a Fanny. - ¿Qué ama quien sólo desea hacer dinero? Nada. Sólo ambiciona llenarse los bolsillos. Aquí aprendí el sentido de la vida.

Pasaron seis meses sin tener noticias. Los hijos fueron a buscarlo y se negó a regresar.

- Equivoqué el camino pero descubrí a Noé - les dijo.

- La Biblia también cuenta que tu venerado patriarca plantó una viña después del diluvio y se mamó con el vino de la cosecha. - lo increpó Carlos. - ¡Vos estás loco y seguís tan borracho como siempre!

- ¡ Sos un papanatas! - murmuró Isaac.

La mira en Andrómeda

- *No te entiendo* - admití.

- *Para mí está claro* - insistió él. - *Estamos atrapados en una realidad con dos polos: las verdades reveladas de la religión y las afirmaciones cambiantes de los científicos. En el centro de ese dilema se ubica el hombre común que hace concesiones a los dos extremos.*

Kadish

... una realidad con dos polos...

Eduardo Finkel no tenía amigos. Veía a los camaradas de la adolescencia en las cenas de ex-alumnos pero no los llamaba por teléfono ni se le ocurría dedicarles un gesto de urbanidad. Le desagradaba verse retratado en las caras envejecidas de sus compañeros de escuela porque le parecían los protagonistas del último acto de un drama que, en el primero, los había representado en su juventud. Cuando alguno le proponía salir, pretextaba estar resfriado, tener un mitin de trabajo o daba otras mil razones irrelevantes para quedarse en casa.

Muy pocas personas acudieron pues a descubrir la placa funeraria de Rebeca, a un año de su muerte. Los parientes más cercanos no pasaban de una docena, incluyendo a la tía Sara, la prima Lea, el sobrino Roberto y también a Leticia, la mucama.

Finkel leyó con tropiezos la plegaria aramea incorporada hace siglos al ritual judío. Alguien la copió transliterada, con letras mayúsculas, en la hoja que el oficiante le alcanzó mientras descubrían el monumento:

ITGADAL VEITKADASH SHMEI RABÁ BEALMÁ ...

Le resultó extraño pronunciar las palabras oídas tantas veces con indiferencia en Liniers o en Tablada. Se jactaba de su escepticismo y ese trabalenguas pintoresco y exótico carecía de significado. Tampoco lo impresionó el contenido místico del rezo al encontrarlo traducido en un libro de oraciones:

Glorificado y santificado sea el nombre de Dios en el mundo...

A pesar de su incredulidad, el cántico lleno de nostalgia y de dolor invocaba ahora la memoria de la madre y revivía el horror de seis meses interminables. Pero no se dejó llevar por la emoción. Apresuró el trámite, molesto por las frecuentes correcciones del religioso, y respiró aliviado al recitar la última frase.

Besó a la mujer y a los hijos, saludó a los allegados y agradeció sus expresiones de pesar. Leticia permaneció alejada del grupo y retiró la mano cuando él se la ofreció al final de la ceremonia. Luego caminaron hasta el portal del cementerio y subieron a los autos junto a los cipreses mochos de la entrada.

Sumergido en sus pensamientos eligió la ruta a Ezeiza para volver al centro de la ciudad. La recorría a menudo y, sin embargo, por primera vez miró desconcertado los caseríos villeros: las antenas de televisión le evocaban las tumbas del cementerio. Había llegado al límite de su paciencia y sintió necesidad de reunirse con la familia alrededor de una mesa bien servida:

- ¿Vamos a almorzar a la *Costanera*? - preguntó.

- Sí, sí - contestó uno de los hijos desde el asiento posterior del *Honda*. - Me va a caer bien un bife con papas fritas después de *bancarme* todo esto...

- ¿Venís con nosotros, Leticia? Yo te invito - agregó Eduardo.

- Hoy no, gracias. Tengo mucho que hacer. Dejame bajar en una parada de colectivo.

Finkel fue un alumno excelente en la universidad pero terminó los cursos varios años después que sus compañeros porque jamás se presentó a rendir examen sin dominar todos los puntos del programa.

Su meticulosidad también le originó conflictos en el ejercicio de su profesión de contador. Sólo él era capaz de resolver los problemas, no admitía consejos, no aceptaba indicaciones, se hacía cargo de responsabilidades que no le incumbían y acababa cerrándole la puerta en las narices a sus jefes.

Terminó por instalar un negocio de computación en una galería del Once donde atendía personalmente a los clientes, contentos de encontrar un hombre honesto, simpático, locuaz, que los aconsejaba sin impacientarse.

Muy distinta era su actitud con los empleados. Leía cotidianamente la sección *ofrecidos*, hacía las entrevistas y elegía los candidatos que le parecían más sumisos sin tomar en cuenta sus cualidades.

- Cumplan estrictamente mis instrucciones - les imponía. - Sus ideas no me interesan. En este negocio mando yo.

No se involucraba en los ajetreos domésticos. Le asomaban lágrimas cuando hablaba de sus hijos aunque nunca los sacaba a pasear ni los ayudaba a hacer los deberes. Las más de las veces, suspiraba aliviado si lo dejaban solo en casa los días domingo. La mujer se encargaba entonces de meterlos en un *shopping* donde pasaban la tarde en los juegos electrónicos o viendo películas sanguinarias *aptas para menores*.

Se dedicó al *paddle* con el propósito de bajar la panza pero pronto lo abandonó y engordó diez kilos engullendo cantidades industriales de pizza y factura, única manera de calmar su ansiedad.

Los ingresos le permitían vivir sin sobresaltos. Pagaba cómodamente las cuotas del *country* donde no iban nunca. En invierno hacía frío, en las vacaciones veraneaban en Punta del Este y, las más de las veces, papá debía quedarse a trabajar y mamá no se animaba a manejar en el tránsito enloquecedor de la Panamericana.

Aunque no le interesaba la religión, concurría al templo a saludar a sus viejos después de las fiestas principales y conversaba con todo el mundo haciendo notar su presencia. También dialogaba con el rabino y aprovechaba la oportunidad para preguntar por el rendimiento escolar de los hijos:

- Son una bendición del cielo - le decía el maestro. - Estudian como eruditos y obtienen las mejores notas. Van a llegar muy lejos si siguen así.
- Muchas gracias, doctor Honigwasser. Confío en usted porque siempre me dice la verdad.

Muerto el padre, perdieron la costumbre de ir a la sinagoga después de los oficios de *Rosh Hashaná* y *Iom Kipur*. Rebeca se resistía a reservar un asiento en lugar de dos, como en otros tiempos, y prefería invitarlos a cenar. Durante años, ella misma preparaba los platos tradicionales pero ahora Leticia hacía buena parte de la tarea. La trajeron casi adolescente del campo de los Larramendi, en el Uruguay y, a los cincuenta, la consideraban un miembro más de la familia.

*

Aquel día apagó las computadoras a la hora de almorzar, conectó las alarmas y cerró la puerta con la llave de seguridad. Había sido una mañana turbulenta, con cientos de llamados, clientes quejosos, cheques devueltos en el banco y un anuncio de inspección de la DGI.

Reabrió el negocio a las dos de la tarde, atendió el teléfono y escuchó la voz de Leticia:

- ¡Hola! ¿Eduardo? Pasó algo horrible. ¡Doña Rebeca se cayó y se golpeó la cadera! La llevamos al *Fernández*. Te esperamos en la puerta de Cerviño.

- La vieja me necesita - explicó mientras salía corriendo.

Tardó diez minutos en llegar pero, en el trayecto, se peleó con el taxista:

- Siempre alargan el recorrido para ganarse unas monedas.

- No señor... - protestó el hombre.

- No discuta y apúrese - le ordenó Eduardo.

Bajó en la puerta de *Emergencias*, saludó con un gesto a la familia y pidió hablar con el jefe de guardia:

- ¡Que venga ya mismo! - le exigió a la secretaria.

- El doctor está ocupado.

Iba a continuar la discusión cuando apareció el médico residente:

- ¿Qué sucedió? - le preguntó Eduardo.

- Una fractura de cadera. Hay que intervenir.

- Usted está loco. La van a matar. Me la llevo a casa.

Se negó a firmar la constancia de retirarse por su voluntad. Dos camilleros la empujaron al interior de la ambulancia y la depositaron en la cama al llegar al departamento.

La familia se reunió a deliberar.

- ¿Ahora qué hacemos? - dijo la tía Sara mientras le alcanzaba una taza de té a Rebeca. La mujer intentó incorporarse pero la retuvo el dolor:

- ¡Siento mil cuchillos en la cadera! No me puedo mover.

- Quedate tranquila. Yo me encargo - dijo Eduardo y llamó por teléfono al doctor Funes, del PAMI.

- No me puedo ocupar de ella en estas condiciones - le respondió el galeno. - Sin cirugía se va a morir.

- Usted está tan chiflado como los médicos del hospital - lo interrumpió Eduardo. - ¿Va a intervenir a una mujer de ochenta *pirulos*?

- Haga lo que quiera - le contestó el doctor y cortó.

- ¿Querés operarte, mamá?

- Hijo, ya tengo mis años y no deseo sufrir. Déjenme morir en paz.

- No mamá. Vamos a hacer lo imposible por curarte.

Eduardo pasaba las noches sentado en un sillón, al lado de la madre. De mañana iba al negocio un par de horas y regresaba angustiado al medio día.

Leticia se encargaba de la casa, hacía las compras, preparaba la comida y lavaba la ropa. La tía Sara, la prima Lea y el sobrino Roberto acompañaban a la enferma y le daban los remedios.

Sara no tenía hijos y el marido había muerto hacía poco de un infarto:

- Vos sí tenés suerte - le decía a Rebeca. - Mirá todo lo que Eduardito hace por su mamá. No se separa de tu lado. Te mantiene como a una reina. Sus chicos van a colegios pagos pero él no se permite ningún lujo, ninguna diversión. No se compra ropa ni deja que lo haga su mujer. Usa únicamente *jeans* y *polera*. Sólo lo vi con saco y corbata cuando se casó el primo en el Templo de Libertad. No quería ir pero no tuvo más remedio...

- ¿Qué hubiera sido de mí si no fuera por él y por ustedes? ¡Su mujer está siempre tan ocupada con los chicos y tiene cientos de compromisos! - sollozó. - Quiero darme vuelta porque me molesta la pierna. ¡Leticia, ayudame por favor!

- ¡Qué locura tenés con esa *shikse*! ¡Dejala en paz! ¿Acaso no estamos nosotros? - protestó la prima Lea.

- Sí, pero con ella no me duele - insistió Rebeca.

- Ya voy mamita querida - se oyó la voz de la mucama. - ¡No quiero que me la hagan padecer!

- ¡Lástima que no esté Eduardo para darnos una mano! - lamentó el sobrino Roberto, un solterón maduro que vivía en el campo y jamás había cuidado enfermos.

- No puedo esperar. Sufro horriblemente - insistió la enferma.

- ¡Si yo fuera tan vivo como ese Eduardito! - murmuró Roberto. - La familia sólo me llama cuando les hago falta. A él le da mucho *status* mandar los hijos a una escuela privada. Consigue más crédito en los bancos con sólo mencionarlo.

- Cambia el auto cada dos años - aportó la prima Lea, jubilada del *Banco Mercantil*. - No es lo mismo presentarse con un *Fiat* del 93 que con un *Honda* del 96. Los gerentes simulan no darse cuenta pero leen bien los informes antes de abrir la cartera.

- No aguanto que hablen mal de mi nene. ¡Es un ángel! - suspiró la madre mientras la hacían girar entre los cuatro.

- Así se va a morir - les dijo un día la doctora Chernenko, médica de urgencias del *PAMI*. - ¿Qué sentido tiene darle sólo calmantes si se puede curar con una intervención ?

- Eso está descartado - contestó Eduardo.

- Hágame caso. Llévela al hospital - insistió ella.

Pasó un tiempo y Eduardo volvió a llamar al doctor Funes:

- Se lo advertí. Hay que operar. Pase a buscar la orden de internación.

Rebeca regresó al *Fernández*, le colocaron una prótesis y, una semana después, estaba de vuelta en casa. Hablaba poco, había dejado de sonreír y lloriqueaba cuando la cambiaban de posición con las piernas separadas para proteger la cadera. Aquella noche Eduardo volvió a dormir a su casa pero lo despertó el teléfono y escuchó la voz temblorosa de la tía Sara:

- ¡Vení rápido! - le dijo mientras se oían los gritos de la enferma.

- ¡Pedí la ambulancia!

Tomó un taxi, a medio vestir, y se encontró con la doctora Chernenko en la habitación:

- ¡Se le salió de lugar!

- ¿Ahora qué hacemos? - preguntó Eduardo.

- ¡Hay que llevarla al *Fernández*!

La reoperaron y Rebeca volvió a su domicilio.

Pasaron tres meses. Ya no hablaba con nadie y dormía la mayor parte del tiempo. La tía Sara, la prima Lea y el sobrino Roberto parecían sombras rondando en la casa. Eduardo dejó de ir al negocio y sólo se separaba de la madre para ver a su familia.

Un día encontró a la esposa en la puerta de calle:

- ¿Cómo anda? - le preguntó ella.

- Muy mal.

- ¿Te das cuenta? ¿No? Esto es un loquero. Lllaman continuamente del negocio y no sé qué decirles. Pediste que no te molestaran pero no saben cómo afrontar los compromisos. Este mes no alcanza la plata. ¡Tengo que pagar las escuelas y comprar ropa para los chicos!

- No quiero que mamá se muera.

- La vieja es un roble. En algún momento deberás decidir entre nosotros y ella.

Permití, al menos, que Leticia y los parientes se hagan cargo.

- No puedo dejarla en manos de la *shikse*. Los demás son unos viejos inútiles.

- Acordate. Te lo advertí.

Ese día la doctora Chernenko examinó a la enferma, le tomó la presión y la temperatura, contó el pulso, miró la orina en el frasco y les recordó:

- ¡Atención al darla vuelta! ¡No se le vaya a salir nuevamente la cadera!

- ¿Más cuidado del que ponemos?- respondió Leticia.

- Me gustaría hablar a solas con usted, doctora - dijo Eduardo.

La tía Sara, la prima Lea, el sobrino Roberto y Leticia salieron de la habitación:

- ¿Va a durar mucho tiempo?- preguntó.

- ¡No soy adivina!

- ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Hay que intentar algo!

- ¿Me está sugiriendo que... ?

- ¡Usted sabe cuánto quiero a mi madre pero me vuelve loco verla así! - balbuceó

Eduardo. - ¿No se podrá cambiar de estrategia? ¿Consultar con Favaloro? ¿Llevarla a Cuba? ¿Hacer un transplante de cadera?

- La medicina tiene sus límites. Rece, si cree en Dios.

- Dios es el recurso de los impotentes. Yo soy el único que puede resolver mis problemas. Fue un error operarla.

- Es tarde para arrepentirse.

- Les tuve confianza a los médicos y me jugué. Algo me decía que no podían fallar: se curaba o se moría. Pero no ocurrieron ninguna de las dos cosas.

- ¡Si usted me habla de eutanasia, le advierto que jamás cometería un crimen semejante!

- ¡Ella parece sufrir tanto!

- No fui educada para matar gente.

- No me interprete mal, doctora.

Pasaron dos meses. Leticia no salía de la habitación de Rebeca cuando llegaba la doctora Chernenko. Desde que oyó esa palabra rara (eu... ¿cómo?), intuyó que la médica y Eduardo tramaban liquidar a su patrona. La alimentaba en secreto, le preparaba té de yuyos, rezaba y prendía velas a escondidas.

Eduardo seguía montando guardia en el departamento. La tía Sara se enfermó del corazón y la internaron en el Hospital de Clínicas. El marido de la prima Lea exigió que volviera al hogar y el sobrino Roberto regresó al campo, en Moisés Ville.

Un día llegó la doctora con su maletín, le pidió al hijo que bajara a comprar un medicamento y ordenó que Leticia la dejara sola para sondar la vejiga.

- ¡Pero si yo le pongo la chata y la baño todos los días! - protestó la mujer.

- No es lo mismo. Esto es como una operación.

La mucama se persignó y salió refunfuñando.

- Recorrí tres farmacias para encontrar este maldito remedio - explicó Eduardo al regresar veinte minutos después.

La médica estaba pálida junto a la cama :

-¡Se acabó! Tuvo un paro cardíaco mientras le colocaba la sonda. No la pude reanimar. Lo siento.

Leticia se volvió a santiguar.

La mira en Andrómeda

- Me atrevo a reconocer hacia cuál de los dos extremos se volcaba el autor de sus días - me interrumpió Varela.

- No se lo voy a discutir - proseguí. - Una vez quiso renovar el seguro de vida pero, por la edad, el promotor intentó cobrarle una suma desorbitada. Salió indignado de la oficina. Cruzó la calle en la mitad de la cuadra, lo atropelló una motocicleta y cayó muerto junto al cordón de la vereda. Pasaban las horas y no volvía a casa. Lo buscamos en los hospitales y en los sitios que solía frecuentar. A la mañana siguiente nos llamaron para reconocer un cadáver en la *Morgue*. Era él.

Permanecemos un buen rato en silencio.

- Su papá había dispuesto que lo cremaran. ¿No? - preguntó Varela.

- ¿Cómo lo sabe?

- Hallé el acta entre los papeles.

- Contaba con que respetaríamos su voluntad pero, a último momento, mamá no transigió y lo enterramos en la Chacarita.

Escuchamos las cinco campanadas del reloj. Amanecía y el diálogo comenzaba a decaer cuando me dijo:

- Hace poco encontré el portafolios en el fondo de un cajón y saqué al azar un manuscrito. Mire, aquí está:

Antes de desaparecer - leyó, - la Tierra se poblará de seres capaces de vivir en un ambiente enrarecido y el hombre se comunicará con individuos de otras galaxias para emigrar a un sistema más seguro.

La botica

... seres capaces de vivir en un ambiente enrarecido...

Doña Felisa era hija de los Negri, ricos bodegueros de San Juan. La gente decía que había nacido en un lecho de rosas. Asistió a la escuela y estudió piano y pintura en el *Colegio del Bienaventurado Corazón* donde sólo concurrían niñas de la alta sociedad. A los dieciséis salía a bailar con sus amigos millonarios luciendo vestidos de Christian Dior, perfumada con fragancias de Coco Chanel y enjoyada por Lalique. Antes de los veinte, había viajado tres veces a París y a Nueva York, tomaba vacaciones de esquí en la cordillera y veraneaba en el *Hotel Provincial* de Mar del Plata: no le faltaba nada para ser feliz.

Don Miguel conoció a su futura esposa mientras visitaba a los hermanos del padre, bodegueros también. Los tíos le presentaron a esa muchacha veinteañera, no tan linda pero de gustos refinados y heredera de una fortuna. Se casaron un año después y los suegros les regalaron la botica. Hacían una inversión redituable y, de paso, los ubicaban cerca de Buenos Aires, alejados del ambiente licencioso de San Juan.

Cuando venían de visita, los Negri viajaban en el ferrocarril *Pacífico* con los otros tres hijos y dos sirvientas. Transbordaban al *Central Argentino* en Retiro y los esperaban en la estación del pueblo con cuatro automóviles y un camión para las valijas.

Los hermanos disponían de uno de los dormitorios. La pareja de recién casados se mudaba a otro, los señores ocupaban la alcoba principal y las sirvientas se arreglaban con catres en el galpón.

Bebían como esponjas y no era fácil atenderlos: brandy en el desayuno, un vermut a media mañana, vino tinto o blanco en el almuerzo, un *güisquicito* importado a las cinco después de la siesta y champán francés en la cena. *Drambuie* o *Strega* como bajativo y vodka o *gin* en la sobremesa mientras jugaban al póker con los amigos.

Don Miguel intentaba disuadir a su mujer.

- Ya tomaste demasiado - le advertía.

- ¿Te parece?

- Estás cayéndote del pedo.

- Dejate de palabrotas. Estoy fresquita como una lechuga.

- ¡No tenés vergüenza!

Muertas de sueño, las sirvientas arrastraban a la cama a los patrones, los acompañaban al baño, los desvestían y se iban a dormir cerca de la madrugada.

Pedro salió del hotel después de almorzar con la familia. Quiso viajar en tren, como en otros tiempos, para seguir paso a paso una parte conflictiva de su historia personal que no conseguía archivar en el pasado.

Pasó junto a la *Torre de los Ingleses* y, a su izquierda, vio de refilón a un granadero junto a una construcción que le recordó al *Vietnam Veterans Memorial* de Washington. Cruzó la avenida esquivando los automóviles y le gritaron algunas palabrotas del inconfundible léxico porteño:

- ¡*Chicato!* ¡Bestia! ¡Boludo!

Reconoció el *Monumento a los Caídos en la Guerra de Malvinas*, del que se había informado en los diarios españoles. Se emocionó hasta las lágrimas y leyó los nombres sin identificar a ningún conocido.

- ¡Pobres chicos! ¡Cuánta sangre derramada inútilmente! - dijo en voz alta mirando a todos lados, como años atrás.

Pasó unos minutos en silencio y atravesó las dos calles que lo separaban de la estación Retiro. Recordó que ese mamotreto pardo oscuro fue construido precisamente por los ingleses, los malos de la película.

Hizo cola en la única ventanilla, sacó un boleto de ida y vuelta, y subió a un tren suburbano del ferrocarril *Mitre*. Los asientos eran deplorables, las ventanillas tenían los vidrios hechos añicos y los corredores estaban llenos de restos de comida, papeles y botellas.

La multitud lo arrastró al interior del vagón, el tren se puso en movimiento pero, veinte minutos después, se detuvo en un apeadero.

- ¡Huelga! ¡Huelga por tiempo indeterminado! - gritó un maquinista.

El gentío se dispersó en todas direcciones aunque algunos esperaron a pleno sol hasta que se acercó otro tren conducido por una locomotora Diesel con olor a aceite quemado. Un funcionario de saco y corbata despejó la vía y reanudaron la marcha.

*

No le fue fácil graduarse de odontólogo en los años Setenta. Con el título en el bolsillo, trabajó en un hospital donde pagaba un derecho de piso sin cobrar un centavo. El *Banco de la Provincia* le ofreció un préstamo en dólares que no se atrevió

a tomar. Más tarde, un colega lo asoció en su práctica profesional pero los ingresos no le alcanzaban hasta fin de mes y recurría a la familia para pagar el alquiler del departamento.

Las cosas se pusieron difíciles durante el *Proceso*. Figuraba en la agenda de muchos amigos y podían *chaparlo* en cualquier momento aun cuando cambiaba de domicilio todas las noches. Algunos compañeros se esfumaron como por encanto. Los gorilas sugerían que se habían tomado vacaciones en el extranjero aunque ya trascendían rumores sobre el destino siniestro de los *subversivos*.

Finalmente decidió intentar suerte en España, donde los odontólogos argentinos no estaban obligados a cursar la carrera de medicina, como los peninsulares.

Cruzó la frontera en Uruguayana con un pasaporte falso y se instaló en Barcelona. Alquiló un departamento en el Paseo de Bonanova con vista al Tibidabo, empezó a hacer dinero y, en pocos años, se casó con Maricarmen y nacieron sus hijas, Amparo y Dolores.

Un linyera dormitaba a la sombra. Simuló no verlo cuando le pidió limosna y caminó hasta el final del andén. Se veía poca gente en la calle a la hora de la siesta. Todo estaba igual: la verdulería de Minicucci, la tienda de don Gregorio, la carnicería de don Augusto, el boliche de Marconi, el bazar *La Gitana*. Reconoció la plaza con el busto de San Martín en el centro. Enfrente, la municipalidad, la escuela del *Convento de las Esclavas*, la iglesia de San Geminiano, la imprenta del *Tribuno Popular* de don Eufasio Conde y el hotel de estilo tirolés. ¡Cuántas reminiscencias!

Escuchó como en sueños la voz de don Miguel y contestó:

- ¡Hola papá! ¿Hay alguna novedad?
- Tu madre sigue tan curdela como siempre.

Tuvo ganas de llorar pero no le brotaron lágrimas.

- ¡Quién pudiera volver a ser pibe! - pensó mientras descubría a doña Felisa junto a la ventana.

- ¡Vieja! Soy yo. Estoy de vuelta - le dijo él sonriendo pero sólo escuchó aquel ronquido... - ¡La pucha, te emborrachaste otra vez, mamá!

El cuarto estaba en desorden y, debajo de la cama asomaba un frasco vacío. Don Miguel exclamó:

- ¡Qué calamidad, no quedó ni una gota!
- Llamemos al doctor Funes - propuso Pedro.
- No señor. ¡Basta de doctores! ¡Esto ya me tiene harto!

La subieron a la cama y don Miguel le inyectó apomorfina. Al rato la mujer empezó a vomitar un líquido pestilente:

- ¡Ay que reviento! - balbuceó. - ¡No puedo más! ¡Me estoy muriendo!
- Esta vez no vas a estirar la pata - se desahogó el marido. - Quizá la próxima, si no llegamos a tiempo.

Los hermanos estaban sobornados y participaban en la conspiración:

- Andá a buscar una damajuana de tinto al almacén. De paso te comprás unos caramelos. No le contés a papá de dónde sacaste la plata ¿entendiste?

Los remedios para la tos, los digestivos, los linimentos, el alcohol puro o desnaturalizado, se esfumaban de los estantes. El boticario los guardaba bajo llave pero era inútil. Ella conocía los escondites y los forzaba con una ganzúa.

María del Carmen de Osuna y Torrealba pertenecía a una familia de la nobleza catalana. Se conocieron una noche en Las Ramblas y formalizaron tres meses después a pesar de la oposición de los padres de la novia a aceptar un *sudaca* de medio pelo quien, para colmo, se ganaba la vida metiendo los dedos en la boca de la gente.

En menos de una década, Pedro se convirtió en el mejor implantólogo de España y llovían las invitaciones a dictar cursos en otros países de Europa y América.

Maricarmen lo seguía a todas partes aunque pronto se hastió de tantas entrevistas, agasajos, banquetes y recepciones. Su marido la llevaba de aquí para allá en sus periplos profesionales pero ella temía perder su juventud al lado de un genio aburrido. Prefería recorrer la costa andaluza, gozar del sol, bailar hasta el amanecer en Marbella y Torremolinos y, en invierno, esquiar en los Pirineos y divertirse en París. Con la excusa de cuidar a las niñas, cuando él salía de viaje se quedaba en Barcelona junto a la familia cuya vida indolente comenzaba a añorar.

Sin embargo ese año Pedro fue invitado por la *Asociación Odontológica de Buenos Aires* y Maricarmen aceptó acompañarlo para que las niñas conociesen el país del padre.

Se alojaron en el *Sheraton*, en una *suite* con vista al río, en el piso 16. El implantólogo pasó dos días dictando cursos mientras *sus mujeres*, como las llamaba, paseaban con los *tours* para conocer la ciudad. Visitaron San Telmo, Florida, la Boca, el Tigre y no se cansaban de comer bifés con papas fritas, dulce de leche y medialunas, antes o después de tomar helados en *Freddo*. Él escuchaba sus aventuras y volvía a experimentar el viejo amor por el terruño del que sólo conservaba recuerdos sórdidos y melancólicos.

Maricarmen y las niñas quisieron conocer la casa natal de Pedro y propusieron acompañarlo pero él se resistió. Muertos los padres, sus hermanos habían vendido la propiedad y los dueños actuales podrían negarse a recibirlos. Mejor harían en salir de compras. El peso había perdido valor durante la hiperinflación y, con poco dinero, se adquirirían las telas más finas y los vestidos más costosos. *Las mujeres* decidieron entonces pasar la tarde a sus anchas, sin sufrir la impaciencia del papá cuando recorrían las tiendas.

*

Las cortinas de la botica estaban cerradas. Pedro no se animó a tocar el timbre porque la siesta era sacrosanta. Espió sin éxito en la casa de al lado. Tampoco se veía un alma en el chalé de enfrente donde vivían sus amigos de la infancia. Admiró las buganvillas trepadas al techo y recordó una que ellos tenían en el jardín. La llamaban santarrita y, cuando se secó, la reemplazaron con madre selvas silvestres. Dio una vuelta a la manzana y se le ocurrió entrar por la puerta lateral de su antiguo hogar. En seguida tropezó con un señor obeso recién levantado de dormir.

- Buenas tardes. ¿Puedo saber qué hace usted en mi casa? - le preguntó sorprendido.
- Perdóneme. Encontré el portón abierto y decidí pasar. Viví mucho tiempo en la botica antes de mudarme a España.
- ¡Me gustan los gallegos a pesar de los chistes! - contestó el hombre.
- Yo no soy gallego - aclaró el visitante. - Soy argentino y no conozco Galicia.
- Para mí son todos iguales - insistió el boticario. - Póngase cómodo y tómese el tiempo que quiera. Lamento no acompañarlo porque debo atender la farmacia. No se las llama más 'boticas' como en otros tiempos ¿sabe? - aclaró con tono sobrador.
- ¿Ah sí?

Pedro entró a la cocina y llegó al pasillo atravesando el comedor. La casa había envejecido. Los mismos pisos, la misma pintura en las paredes, el mismo olor a remedios.

Vio a la madre joven y hermosa, parecida a Maricarmen.

- ¿Eres tú, mamá? - le preguntó a la manera española y la siguió al dormitorio de los chicos, transformado en depósito de botellas.
- ¡M'hijo querido ! - le respondió una voz ronca. - ¡Nunca me preguntaste por qué me emborrachaba!
- ¿Eres tú? ¿Seguro que eres tú? - insistió Pedro, y el eco retumbó en el cielo raso. - ¡Sonabas como una campanilla al hablar, madre!

- ¿Alguna vez te preocupaste por mí? - gruñó ella mientras desaparecía entre los frascos.

Pedro se ahogaba en la casa y salió al jardín.

- Maricarmen jamás prueba una gota de alcohol - reflexionó.

El pasto estaba crecido y no se veían las madreselvas que había plantado. La madre lo esperaba en la pérgola bajo las glicinas, iluminada por destellos azules. Tenía el rostro lozano de Maricarmen pero el cuerpo decrepito cubierto con una bata hecha jirones.

- ¡Si me hubieras conocido en mi juventud! ¡Podía alcanzar la luna con las manos!

- ¡Te amaba tanto! ¿Por qué nos separamos?

- Tu padre me puso entre rejas.

- No estabas en la cárcel, mamá.

- ¿Alguna vez supiste algo de Beatriz ?

- ¿Beatriz?

- Me engañó con ella toda la vida. ¡Para tu papá yo era un trasto viejo, un pedazo de la casa que le paría hijos y le planchaba las camisas! Jamás demostró quererme.

Pedro la miró con fastidio:

- Yo tampoco aguantaba tus borracheras. ¡Estabas loca y hubo que encerrarte!

Caminó frenético por el jardín hasta que sintió las piernas agarrotadas. Se sentó sollozando junto a la madre, tiró el saco sobre el pasto, aflojó la corbata, y se durmió estremecido en su regazo.

Doña Felisa se despertó a las diez de la mañana. El estómago era una bola de fuego, le dolía la cabeza y tenía gusto a alcohol y a bilis en la garganta.

- ¡Otra vez la pataleta! - pensó.

Se levantó tambaleando. Tomó una ducha fría, se lavó el cabello con champú y se peinó con una trenza de cada lado. Cuando tenía tiempo (hoy no), iba al salón de belleza para *darse la biaba*. Se puso una bombacha rosada con puntillas de encaje, una enagua verde y eligió un vestido rojo de seda natural. Tironeó del ropero un cinturón negro, ajustó la hebilla, se calzó los zapatos beige de taco alto (un poco vencidos), se pintó los labios y la cara, y salió a la calle con la cartera de gamuza al hombro y un sombrero azul de fieltro adornado con margaritas.

¡Ya le iban a impedir embriagarse! Tenía agallas porque llevaba en las venas sangre sanjuanina fuerte y corajuda. Estos porteños eran unas gallinas.

Aunque seguía inestable, caminó a buen paso hasta el boliche de Marconi, eligió una mesa y la golpeó con los nudillos.

- ¿Qué ocurre? ¿No despachan? - preguntó mirando a la trastienda y oyó la voz de don Pascual:

- ¡Va...! ¿Tan temprano por aquí? - le preguntó sonriendo.

- ¡Al que madruga Dios lo ayuda! - contestó ella de buen humor - ¿Habrás un vasito de caña de la buena? Tengo un asiento en el estómago y me va a caer al pelo.

- Con mucho gusto, doña Felisa.

- No ando demasiado bien el último tiempo ¿sabe? Debe ser del hígado. Estoy vomitando mucho. Me agarran unas arcadas del diablo y largo todo lo de adentro.

- ¿Ah sí? ¡Parece vender *salú!*

La esposa del boticario solía divertirse con los amigos en el *Bar y Expendio de Bebidas*. Hablaban de la mujer del cerrajero en amores con el maestro de escuela, del comisario envuelto en el *estofado* de la droga, del verdulero casado con una mina preñada por otro tipo...

Se sucedían las bromas y todos reían a carcajadas aunque no tuvieran gracia. Felisa las festejaba durante horas pero, algunas veces, alguien debía acompañarla de regreso para no equivocarse el rumbo.

- ¿No le parece suficiente, doña? - le preguntó ese día don Pascual después de llenar el vaso.

- Sólo yo digo cuándo debo terminar - contestó indignada pero sin fuerzas.

Se levantó a duras penas y, antes de llegar a la puerta, un borracho intentó manosearla y ella le descargó toda su bronca:

- ¡Andá a tocarle la concha a tu madre! - le gritó golpeándolo con la cartera, mientras volaba al aire el sombrero con margaritas.

Los parroquianos empezaron a arrojarse vasos y botellas, y aparecieron manchas de sangre en la ropa y en el piso. El sargento Moreira consiguió calmar el ambiente y quiso acompañar de regreso a doña Felisa:

- Ni muerta vuelvo a la botica - contestó ella.

- Entonces mando avisar a don Miguel o se viene conmigo a la comisaría.

- ¡Prefiero el calabozo a volver a casa! - exclamó la mujer con voz aguardentosa.

Pedro y don Miguel fueron a buscarla. El marido estaba indignado:

- Esta es tu última barrabasada...

Al día siguiente la internó para una cura de desintoxicación y los Negri aceptaron costear el tratamiento.

Doña Felisa estuvo un año en una habitación pequeña sin ventanas y le quitaron el alcohol. Pasaba los días gritando, no probaba bocado, se lastimaba con la cuchara de madera y arañaba las paredes pidiendo auxilio. Cuando no podían controlar la excitación, le inyectaban *Gardenal* y la ataban a la cama. Una vez se escapó y casi se tira a la calle desde el segundo piso. Otra, se cortó las venas con la tijera de la mucama. La encontraron desangrada en el piso y, a duras penas, le salvaron la vida. Le dieron insulina y *electroshock*. Poco después empezó a decir frases sin sentido, tenía la mirada vaga y se orinaba encima.

Los días sábado venían los familiares pero ella se negaba a recibirlos. Sólo admitía a Pedro en la habitación calefaccionada donde instalaban a los pacientes cuando tenían visitas.

- Sáquenme de aquí - le pedía.

- Pronto te vas a curar, mamá, y vamos a llevarte a casa.

- A casa no. Prefiero vivir acá - respondía.

Un año después los Negri quebraron y apenas alcanzó el dinero para internar a los viejos en un geriátrico.

Sin contar con los suegros, don Miguel trasladó la esposa al *Neuropsiquiátrico de Mujeres*, en Lomas de Zamora. Las enfermas se amontonaban en pabellones para treinta donde alojaban a más de cien. Casi todas tenían procesos judiciales o permanecían bajo la cautela de un juez. Muchas estaban condenadas de por vida porque nadie las recogía al darles el alta.

Transcurrió una década sin que la familia se acordara de doña Felisa hasta que le avisaron a don Miguel que había muerto de pulmonía. Viajó a Lomas a hacerse cargo del cadáver pero ya lo habían enviado a la *Facultad de Medicina de La Plata*. La anciana Sor Tránsito de los Angeles se acordaba de ella.

- No sufría - le dijo. - Era una loca linda. Hacía chistes y se reía sola. Le gustaba un sombrero de fieltro con margaritas, se hacía trenzas, caminaba con elegancia y pretendía usar ropa interior de seda y un tapado de visón. Usted sabe. Estaba chiflada. Acá nos ponemos contentas cuando conseguimos un poco de café.

Me contaron que, en la autopsia, el cerebro tenía el tamaño de una manzana, y el hígado era un pedazo de grasa amarilla y dura.

Pedro se despertó sobresaltado. Ya estaba oscuro. Intentó ponerse de pie, perdió el equilibrio y se golpeó en una columna de la pérgola. Casi se desmaya pero logró recuperarse, levantó el saco humedecido por el rocío e intentó huir.

- ¡Hola! ¿Todavía está aquí? - le preguntó el boticario al final del corredor. - Hace más de una hora lo perdí de vista y vine a ver qué le pasaba.

- Estoy bien - balbuceó Pedro. - ¡Estas paredes me traen tantos recuerdos! Algunos no muy gratos ¿sabe? De cualquier manera, no deje de llamarme si alguna vez va a España - agregó mientras le entregaba la tarjeta.

El viaje de regreso al Sheraton fue el más largo de su vida. Estaba ansioso por ver a *sus mujeres*.

- ¿Cómo? - preguntaron las niñas. - ¿Mamá no está contigo?

- No. ¿Le sucedió algo malo?

- Salió a dar un paseo hace tres horas y ya debería haber vuelto. Estaba triste y necesitaba caminar sola. ¿Te gustó tu casa, papá?

- Sí, mucho - contestó Pedro. - Pero más me agrada la nuestra en Barcelona.

- Volveremos pronto a Buenos Aires. Aquí hablan un castellano extraño - dijo Amparo. - ¡Pero las cosas son tan baratas...!

- ¡Ojalá sigan así - añadió Dolores - para regresar a menudo!

Maricarmen abrió la puerta, dijo que no se sentía bien y pidió descansar en el cuarto. No quiso contar dónde había estado. Le dolía la cabeza, tenía náuseas y se percibía un extraño olor en el aliento.

La mira en Andrómeda

- *Cerca del final* - continuó leyendo Varela -, *una cámara de televisión abandonada por los humanos transmitirá imágenes del Sol extinguiéndose en un desierto rojo lleno de humo mientras el vehículo espacial endereza hacia el nuevo hogar de la humanidad.*

- Esta frase me cambió la vida - susurró Varela-. Sé en qué galaxia se encuentra *el nuevo hogar*. Consta en los escritos de su papá.

- Bueno, hombre. No veo por qué lo preocupa un acontecimiento fortuito que, en todo caso, podría ocurrir dentro de millones de años - le respondí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas:

- Hace poco me enteré de que tengo SIDA y vine a entregarle sus bienes. Me hice cargo de ellos cuando él ya no los necesitaba.

- Es una manera singular de ver las cosas. ¡Usted lo mató!

- Llame a la policía, si le parece. A esta enfermedad no le interesa la justicia.

- ¡Qué novedad!

- Observe la foto en la libreta de enrolamiento de su viejo - me la mostró-. Es igual a mí.

- En efecto. El parecido es asombroso.

- Vea la fecha de nacimiento. Con excepción del año, es la mía. Dentro de poco se va a cumplir otro aniversario del accidente.

Sentí piedad por el infeliz que asesinó a mi padre:

- Hágase tratar y vivirá. En cualquier momento va a aparecer una forma de curarse.
- Me costaba aceptar que mi muerte era inevitable hasta que nos reunimos anoche - me dijo Varela mirándome a los ojos.
- ¿Con quién?
- Con el viejo, con su papá.
- Déjese de tonterías. Usted quiere contarme que soñó.
- Dije que me reuní con él. ¿Le parece extraño?
- Inconcebible.
- No es menos absurdo que usted y yo podamos dialogar como gente civilizada.
- A mí también me sorprende. En otra época juré vengar su muerte.
- Yo sólo lo maté físicamente, entiéndame bien. Le aseguro que su padre y yo siempre constituimos la misma persona - insistió el visitante.
- ¿La misma persona?
- Sí.
- ¿Quiere sugerir que usted y él...?
- No lo dude y, desde anoche, estamos dispuestos a partir.
- ¡Qué disparate!
- Centenares de iniciados comenzaron ya el éxodo hacia la galaxia de Andrómeda, *el nuevo hogar de la humanidad*. En ese lugar no existe el tiempo, y la vida es eterna. No queremos contaminar el universo con los gérmenes de

la Tierra. Tal vez por eso vinimos a devolverle los papeles y el dinero.
Viajaremos en cualquier momento. Quizás hoy.

Indice

La mira en Andrómeda	5
El inodoro	6
La mira en Andrómeda	14
Ceñida historia del Calzado Espejo	17
La mira en Andrómeda	29
La inversión.....	30
La mira en Andrómeda	40
Los asesinos	42
La mira en Andrómeda	59
La lección	60
La mira en Andrómeda	72
La cortina	74
La mira en Andrómeda	84
El escritorio	85
La mira en Andrómeda	96
<i>Racatracatrá</i>	97
La mira en Andrómeda	107
La boda	108
La mira en Andrómeda	122
Parábola	123
La mira en Andrómeda	133
Kadish	134
La mira en Andrómeda	146
La botica	148
La mira en Andrómeda	162

Nota biográfica.

Alberto Kaplan porteño como el tango nació en tiempos del jopo bastante después que Gardel en Toulouse. Aprendió los palotes en la escuelita de Tacural y completó la primaria en el barrio del Once a la sombra de Rivadavia. Concurrió al Colegio Nacional de Buenos Aires como Cané pero bastante más tarde, y a la Facultad de Medicina como Houssay, cuando la trasladaron del edificio antiguo al de muchos pisos. Ejerció y ejerce la profesión que aprendió con muy buenos maestros y con pocos que no lo fueron tanto. Recuerda con cariño a los primeros como Ricardo Finochietto y Earl Walker, y trata aún de olvidar a los otros. En muchos años al pie del cañón hace lo posible por ayudar a sus pacientes y conquistar su afecto y consideración. Casado, tiene cuatro hijos y once nietos. Contribuyó a educar a varias generaciones de facultativos y expuso su experiencia de galeno en publicaciones nacionales y extranjeras. Su ensayo *Memoria de un médico* mereció una Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores en 1994. Su libro *La Mira en Andrómeda*, vio la luz en Buenos Aires, en 1997. Tiene en preparación un par de libros de cuentos y una novela.

Comentarios

AK. Es difícil explicar la estructura de Andrómeda en términos de "ventajas". En verdad, la mente no tiene un trayecto lineal ni cronológico. Se maneja con asociaciones inconscientes utilizando un lenguaje simbólico. Los temas fueron trabajados durante un par de años y no aparecen en el orden cronológico con que se concibieron. Algunos fueron estructurados, corregidos o desarticulados decenas de veces hasta lograr la imagen estética que me parecía adecuada. El cuento abarcativo de Andrómeda tiene que ver con la muerte, la destrucción del individuo y la desaparición del Universo como ente vivencial cuando el ser humano se integra a un todo del que deja de ser testigo. Creo que en eso reside lo apasionante del proceso mental que llamamos vida. El libro asume que ésta es prioritaria y que excede los límites de nuestra galaxia. Cuando el Sol se enfríe, la vida continuará en otra parte.

Tampoco es seguro que se hubiera originado en el planeta Tierra. Quizá provenimos de otra zona del espacio y nuestro desarrollo actual es una etapa más del mismo proceso. Al final, el hombre se independiza de la Vía Láctea y se refugia en otro lado para sobrevivir. Ese es el quid de la cuestión. Sobrevivir. Alguien medita sobre esa paradoja y la asocia con otras experiencias a medida que se suceden palabras o frases claves que las disparan. Quizás esa fue la idea directriz en Andrómeda aunque ignoro por qué fue parida así. Andrómeda es como es. Uno de sus propósitos es lograr que el lector se lea en sus líneas y que la mente se enriquezca a través del placer estético de la lectura.

Vuelvo a donde comencé. La estructura del libro no tiene una raíz consciente que yo pueda explicar con palabras.

Leonardo Chait.

Recibí tu nota y entiendo los conceptos. Comparto muchos de ellos pero "Cuando el Sol se enfríe la vida continuará en otra parte". A lo mejor ya está continuando en otra parte y posiblemente sea muy diferente de lo que nosotros llamamos "vida". Lo mismo cuando decís. "Al final el hombre se independiza de la Vía Láctea y se refugia en otro lado para sobrevivir." Puede que sí y puede que no y para entonces, en caso de que "sí", puede ser que ya no sea ni parecido a lo que hoy llamamos "hombre". Nueva pregunta: No entiendo la cita de Kirkegaard en la pg. 44. Me pareció muy atractiva e interesante la idea de hilar un capítulo con el siguiente, usando las últimas palabras. Un "constraint" adicional como si no hubiera ya bastantes, pero brinda una sensación de continuidad.

Abrazos,
Leonardo.

AK. Muy interesantes tus comentarios. La ficción me permite toda clase de licencias y me complace abusar de ellas. Pueden hallarse otras vertientes a la "otra vida" que

aplaca la ansiedad de los religiosos. Sí, la existencia puede continuar en un mundo que no es "el otro mundo" si no Andrómeda, real, a la vuelta de la esquina y alcanzable con los medios de transporte espacial del turismo extraterrestre que sabemos estará en boga hacia el 2010 y, se habrá perfeccionado en la época en que el Sol se enfríe y la Tierra sea inhabitable.

El concepto dogmático aterrador y siniestro, se sustituye en el libro por la idea de un nuevo comienzo de lo que llamamos vida o de lo que reste de ella cuando llegue el momento de partir. En realidad, nuestro planeta y el Universo desaparecen cuando nos morimos y lo que se desvanece deja de ser asequible al conocimiento. En ese sentido Andrómeda es una alegoría de la muerte, pero de una muerte racional y no falaz como la de los devotos.

La preocupación fundamental del hombre, trastocada por los creyentes con una clara intención de dominar mediante el miedo, es precisamente sobrevivir a toda costa. No importa cómo. Andrómeda es una alternativa lógica y sensata.

Kirkegaard aclara que lo importante de la religión no es que sea verdadera. El secreto de su vigencia reside en el sostén que significa para el creyente. No es necesario probar su verosimilitud. Por otra parte, todas pretenden ser la única explicación posible del origen del hombre y del universo y no les importa probar que lo sean para brindar un refugio al hombre impotente ante la evidencia de su aniquilación inexorable. La tarea del ritual cotidiano aporta un sostén. No hay dilemas ni dudas bajo el manto de la devoción cotidiana. Dios no se equivoca porque su sabiduría es indiscutible y no debe probarse como si fuera una verdad científica. La fe no admite discusiones.